

OS DOS  
GENIOS

2015

~~BU~~  
~~8,989~~

H-A  
12015











SANTO  
**TOMÁS DE AQUINO**

EN PRESENCIA DE

**SAN ALBERTO MAGNO:**

Ó SEAN

**LOS DOS GENIOS.**

DIÁLOGO.

POR EL M. R. P. FR. JOAQUIN FONSECA,

Regente de estudios y Profesor de Teología de la Universidad de Filipinas.

CON MOTIVO DEL

**SEXTO CENTENARIO**

CELEBRADO EN HONOR DEL DOCTOR ANGÉLICO

POR EL HONORABLE CLAUSTRO DE DICHA UNIVERSIDAD,

el día 7 de Marzo de 1874.

CON UN HIMNO FINAL AL PRÍNCIPE DE LAS ESCUELAS

POR EL MISMO AUTOR.



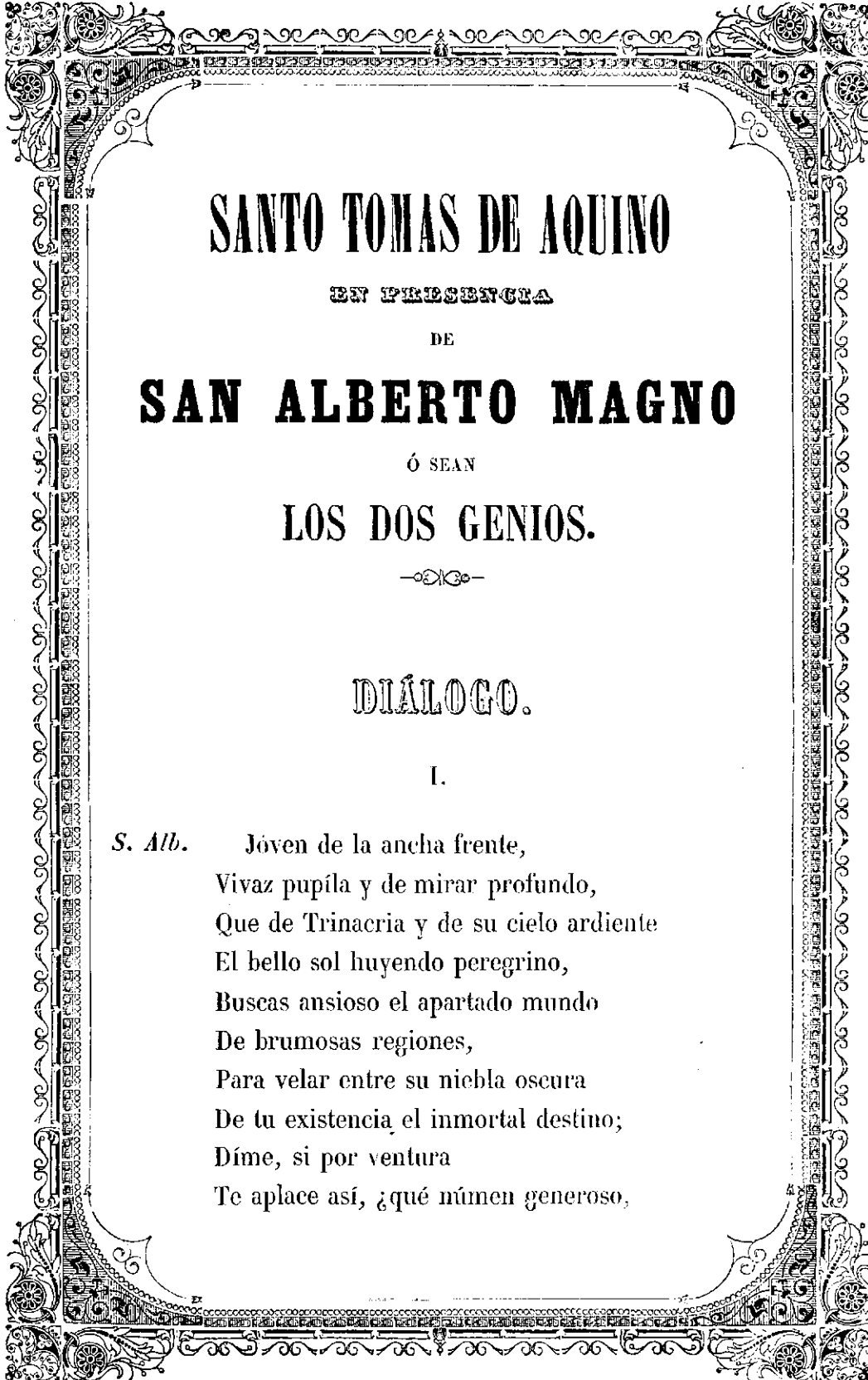
MANILA.

IMPRESA DEL COLEGIO DE SANTO TOMÁS

Á CARGO DE P. MENTIE.

1874.





**SANTO TOMAS DE AQUINO**  
EN PRESENCIA  
DE  
**SAN ALBERTO MAGNO**  
Ó SEAN  
**LOS DOS GENIOS.**



**DIÁLOGO.**

I.

*S. Alb.*      Joven de la ancha frente,  
Vivaz pupila y de mirar profundo,  
Que de Trinacria y de su cielo ardiente  
El bello sol huyendo peregrino,  
Buscas ansioso el apartado mundo  
De brumosas regiones,  
Para velar entre su niebla oscura  
De tu existencia el inmortal destino;  
Díme, si por ventura  
Te aplace así, ¿qué nimen generoso,

Qué oculta inspiracion su luz derrama  
En tu camino, y los paternos lares  
Guarnidos de blasones,  
Que avara atesoró la eterna fama  
De tu prosapia ilustre, abandonando, (4)  
Movió tu pecho y corazon piadoso  
Á desdeñar sus pompas seculares,  
De su furor la cólera arrojando?

*Sto. Tom.* Alto varon, cuyo glorioso nombre  
La mar cruzando y la anchurosa tierra,  
Llena hoy el mundo, en grave acatamiento  
Yo me postro ante tí. La clara lumbre  
De tu saber en la Teutonia fria  
No brilla sólo, y su modestia al hombre  
Dejando, te diré: que al firmamento  
Alcé mi vista un dia  
Desde el etrusco mar, y en cruda guerra  
Tu genio ví con la ignorancia oscura  
De tu siglo luchar. La muchedumbre  
Ví de los pueblos que, en su error insano,  
Al escuchar la fama portentosa  
De tu alta ciencia y tu saber divino,  
Con voz supersticiosa  
Te apellidára, en vano,  
Sabedor, nigromante y adivino.

Así á Gerbert, al jerosanta augusto  
Del sacro Tibre, el título famoso  
De mago poderoso (2)  
Le meració tambien su rara ciencia  
En apartada edad. Y ví que, injusto  
En todo tiempo el lenguaraz profano,  
Á quien la inteligencia  
De natura y sus leyes escondidas  
Otorgó nunca el cielo soberano,  
Con torpe error y frases doloridas  
Osó pintar á la ignorante plebe  
La figura inmortal del genio alado,  
Como un sér malladado  
Que su saber en los infiernos bebe.

Y abrióse más el firmamento puro  
Á mis ojos, y ví la muchedumbre  
De preclaros varones  
Que de su estola virginal ceñidos,  
De Astarte huyendo y de su amor impuro,  
Recorren hoy las plácidas mansiones  
Del claustro monacal. La dulcedumbre,  
Entónces, comprendí y la paz dichosa  
De su vida preciosa  
Á los ojos de Díos. ¡Ay! cómo henchidos  
De su amor celestial, cantan su gloria!

Y el templo, el bosque, el robledal umbrío,  
El manso arroyo y las canoras aves,  
Que oye estasiado el caudaloso río,  
En dulce son, sus ecos armoniosos  
Repiten sin cesar. Yo los acentos  
De sus cánticos suaves  
Oí, á la par de los alados vientos  
Que arrullaron mi infancia vagorosos  
Del gran Casino en los sagrados lares, (5)  
Donde reposan del saber profundo  
Los genios tutelares,  
Que por siempre serán la luz del mundo.

II.

Más ya del Imbrío airado,  
Y del Godo feroz la horrenda saña  
Pasó cual tempestad. Si el cielo justo,  
En su furor, del Bóreas enojado  
Las alas desató, y el cetro augusto  
Del romano poder, cual frágil caña,  
Arrebató furioso  
Aquilón impetuoso  
Por las iras de Dios precipitado;  
Si en el naufragio universal, horrendo,  
Del mundo sabio y de las artes bellas



Se hundieron ¡ay! con fragoroso estruendo  
La ciencia y la virtud; el arca santa  
De sus restos preciosos  
Fueron también los claustros silenciosos, (4)  
Dó la verdad sus últimas centellas  
Conservó siempre vivas,  
Semejando su luz á las estrellas.

Y ví que las edades  
Corrieron presurosas  
De siglo en siglo, y la barbarie impía  
Á la postre inclinó su ruda frente  
Ante la cruz.... Y nuevas sociedades  
Nacieron poderosas,  
Del ecuador hasta la zona fría,  
Bajo el soplo de Dios. Mi pecho ardiente  
Entonces respiró, y un nuevo mundo  
Ví salir renovado  
Del naufragio inclemente  
Que todo lo envolvió en su horror profundo,  
Ménos el don precioso y bienhadado  
De la fe, hija del cielo,  
Que alumbró siempre al tenebroso suelo.

Oh! sí: llegó el momento  
En que, por fin, el genio de la ciencia

No brille sólo en la mansion preciada (5)  
Del solitario monje. Al firmamento  
Miré otra vez, y ví que otros varones,  
De alta virtud y de saber divino,  
Bajaban á la tierra,  
Para luchar con la corriente airada  
Del vicio y del error, y, en cruda guerra,  
Dó quiera alzar sus ínclitos pendones  
Contra el genio del mal. Hoy, su destino  
Y su mision suprema,  
Es revelar al mundo el alto ejemplo  
De sus obras, y abrir un nuevo rumbo  
Á la nave social. El sacro lema  
De su empresa famosa,  
Es la pobreza y caridad ardiente  
Que les dieron sus alas celestiales,  
Para volar al encumbrado templo  
De la inmortalidad. Así pudieron  
Posar dó quier su planta gigantea,  
Y en su mano llevar de gente en gente  
El estandarte de la cruz gloriosa,  
Hasta dó alcanza de la luz febea  
La claridad radiante y ostentosa.

Viéralos yo desde la etérea cumbre  
Bajar al suelo, por su Dios mandados,

Y en alas del amor de polo á polo  
Estender los dominios bienhadados  
Del reino celestial. Su muchedumbre  
Á las estrellas sólo  
Se puede comparar. El ponto fiero  
Viólos cruzar sobre sus bravas ondas  
Por atrevidos rumbos ignorados;  
Y allá en su seno, á su pesar profundo,  
Abrióles paso el Aquilon bravío,  
Recogiendo medroso  
Sus negras alas y su aliento impío  
Ante el hombre de Dios que, mensajero  
De la nueva feliz, el ancho mundo  
Recorre presuroso,  
Para llevar hasta el confín postrero  
Del orbe su mision arrebatada,  
Y el don hermoso de su fe adorada.

Que, si de Anfon al fabuloso acento  
Se alzára, un dia, en la region umbrosa  
Del raudo Ismeno, la sonora Tebas  
De su divino origen orgullosa;  
Si allá del Hemo frio  
El trace Orfeo, al vagoroso viento  
Vibró sus ecos por la vez primera,  
Y de su voz al poderoso encanto

Paróse el hondo río,  
Para escucharle, en su veloz carrera;  
Y si su dulce canto  
Las rocas arrastró y la encina añosa  
En pos de sí, y la indomable fiera  
Tornóse, al fin, en hombre manso y pío,  
Al grato son de su armoniosa lira;  
Fueron, no más, sus ecos bienhadados  
Símbolos bellos de la eterna fama  
Que siglos ignorados  
Reservaban, tan sólo, á los varones  
De alta virtud y esplendoroso ejemplo,  
Que de su hermosa fe la viva llama  
Encendieron do quier, y en las regiones  
De la infidelidad el alto templo  
Alzaron de su Dios; mientras que el mundo,  
Bajo el poder de su palabra ardiente,  
La faz cambiaba de su ser profundo, (6)  
Enhiesta al cielo su inspirada frente.

III.

Y ví entre las falanjes numerosas,  
Que del seno de Dios á la honda tierra  
Bajaron á estender su reino augusto  
Por todo el orbe, al inmortal caudillo

Que, al frente de sus huestes poderosas,  
Dó quiera al torpe vicio ardida guerra  
Sin tregua declaró. Su alto destino  
Comprendí y prosternado, al varon justo  
Mi pecho descubrí de esta manera:

»Oh! tu, genio divino,  
»Sér inmortal, que en las remotas playas  
»De la alta Hesperia el bienhadado oriente  
»De tu vida, al nacer en régia cuna, (7)  
»Viste feliz; el Alba lisonjera  
»Debió bañar tus blancas vestiduras  
»En las regiones puras  
»De su esplendor, y tu estrellada frente (8)  
»Me revela de Dios al gran Vidente.

»Te reconozco, sí. Del fértil Duero  
»Las mansas ondas con susurro blando  
»Saludan, al cruzar por sus dominios,  
»Del gran Guzman el opulento alcázar  
»Que se alza erguido en el país ibero.  
»Más no el orbe nefando,  
»Dónde el hombre estampó su impura huella,  
»Pudo engendrar sobre la tierra impía  
»La estirpe celestial de tu alma bella.  
»Hija de Dios, en la mansion umbría  
»Del pecado no pudo su alta frente

»Nunca inspirar, ni el ceñidor glorioso  
»De su pureza angelical el mundo (9)  
»Ofrecerle jamás: que sólo al cielo,  
»Fué dado conceder el don precioso  
»De la virginidad al triste suelo,  
»Y hacer del hombre inmundo,  
»Concebido en el llanto,  
»Un sér divino, inmaculado y santo.

»Yo veo tus legiones,  
»De blanco lirio virginal ceñidas,  
»Recorriendo do quier el orbe insano,  
»Para estender el reino soberano  
»De la fe santa y de la ciencia unidas.  
»Ora en bravas regiones  
»Lucha inmortal contra Luzbel maldito  
»Sostienen, y la cruz enarbolando  
»Frente al poder del tártaro precito,  
»Invaden sus dominios tenebrosos,  
»En toda lid sus haces auyentando:  
»O bien, ora, piadosos  
»Vuelan al templo santo,  
»Para anunciar su celestial doctrina  
»Al pueblo fiel que, al poderoso encanto  
»De su palabra é inspiracion ardiente,  
»Renuncia al vicio inmundo

»Que abortó el mal del bátrato profundo:  
»Ora, por fin, de su mision divina  
»Dan testimonio á la apartada gente  
»Los gimnasios famosos  
»Que el mundo admira en la tendida tierra,  
»Dónde al error infatigable guerra  
»Declararon tus hijos generosos.

»Triple guirnalda airosa, floreciente,  
»Por la mano de Dios entretrejida  
»Ciñe su sien: la del martirio santo,  
»Tinta en su sangre por Jesus vertida,  
»Ostenta aquel en su rosada frente:  
»El otro brilla, en tanto,  
»Por el lauro inmortal de su alta ciencia;  
»Y el resto, en fin, por la triunfal corona  
»De su pudor y sus virtudes bellas,  
»Que, arrebatando el cielo  
»Con su dulce violencia,  
»Despreciaron del mundo las querellas  
»Y el su placer de que falaz blasona,  
»Elevando al mortal en rauda vuelo  
»Sobre el giro del sol y las estrellas.

»Oh! si me fuera dado  
»En esas tus falanjes generosas

»Contarme un día, y mi ignorado nombre  
»Inscribir!»... Dije: y el varón divino,  
Viéndome, aun, ante sus pies postrado  
Esperando del cielo el fallo justo,  
En frases amorosas  
Hablóme así, desde el empíreo augusto:  
»Preciado adolescente,  
»Que del mortal el mísero destino  
»Contemplas hoy en ese ponto airado,  
»Semblanza atroz del borrascoso mundo  
»Que sobre el polvo inmundo  
»A tus pies brama, espantador, rugiente,  
»Por el genio del mal siempre agitado;  
»Pláceme tu oración. Tu voto al cielo  
»Voló, y propicio el Padre soberano  
»Oyó tu voz y tu plegaria ardiente,  
»Colmando, al fin, tu generoso anhelo,  
»Pese al averno y su furor insano.

»Más ya Luzbel, de la tartárea trompa  
»Al son atronador, sus huestes llama  
»Contra tí, y sus legiones  
»En tu camino celestial derrama.  
»Viera yo, sí, al de la altiva frente,  
»De antiguo orgullo y de soberbia henchido,  
»Satan maldito, en los suntuosos lares



»De Aquino, el inmortal, su eterna fama  
»Y sus claros blasones  
»Astuto revolver allá en su mente,  
»Al resplandor de sulfurosa llama.  
»Y ví yo al fementido  
»Genio infernal sus hórridos pendones  
»Enarbolar al alto firmamento,  
»Y su rencor á tu prosapia ilustre  
»Osco inspirar, tan sólo al pensamiento  
»De ver hollada en tí su inmensa gloria  
»Y su poder, y amancillado el lustre  
»De cien generaciones heredado,  
»Que, olvidadas de tí, su ínclita historia  
»Verán hundirse en el sepulcro helado.

»Pero no temas el furor bravío (10)  
»Que Belial suscitó en su pecho airado.  
»Fía: que, si el averno temeroso  
»Pudo armar contra tí su brazo impío  
»Con su falaz inspiracion siniestra,  
»Tambien será, que el cielo bienhadado  
»Te conceda piadoso  
»Fuerza y valor, y poderoso aliento  
»Para vencer, al fin, su airada diestra.  
»Y querrá Dios que, ni la vana pompa  
»Del mundo, ni su gloria fugitiva

»El lazo oculto y generoso rompa  
»Que á la etérea region tu pensamiento,  
»Como á su pátria y su mansion nativa,  
»Liga ya dulcemente,  
»Sin tener en la tierra, peregrino,  
»Tu corazon morada permanente,  
»Y siendo el cielo tu inmortal destino.

»Más ¡ay! que no tan sólo arrebatada  
»Romperá, al fin, la cólera implacable  
»De Luzbel contra tí, y su brazo fiero  
»Caerá formidable  
»Sobre ti por la senda deseada  
»Que te guia á los claustros silenciosos.  
»Yo ví tambien ligero  
»Cruzar el aire oscuro  
»Al lúbrico Asmodeo,  
»Que viene en alas de su aliento impuro  
»A tenderte sus lazos tenebrosos,  
»Huyendo siempre el resplandor febeo.

»Como ladron nocturno el alto alcázar  
»Asalta fementido  
»En las tinieblas, y en su afan cruzando  
»La negra oscuridad con faz medrosa,  
»Sorprende, al fin, osado y decidido

»El tesoro que guarda silenciosa  
»Apartada mansion; así nefando,  
»El espritu infernal la forma impura  
»De procaz Mesalina (41)  
»Viste, y entrando en la mansion oscura  
»De tu prision, sus tiros peligrosos  
»Asestará á la virtud divina  
»De tu pureza... ¡Ay Dios! ¡Cielos piadosos!  
»Fortalecedle, oh! si, en la lucha horrenda  
»Que el dios del mal con su inocencia pura  
»Sostendrá, y que no prenda  
»En su pecho jamas la impura llama  
»Del torpe amor, en que el averno impío  
»Á la hermosura y juventud inflama  
»Del hemisferio austral al norte frío.

»Y entonces ví, que abrasadora téa  
»Brilló en tu mano, y con horror profundo  
»Ahuyentaste, en buen hora, al monstruo inmundo  
»Que, en brava lid vencido,  
»Fuera á ocultarse de la luz febea,  
»De su vergüenza y confusion corrido.  
»Y ví tambien, que el cielo  
»Abrióse presto al paraninfo alado  
»De la virginidad, que al hondo suelo  
»Raudo descende, en la derecha mano

»Trayendo el lauro y ceñidor glorioso  
»Por los ángeles bellos regalado  
»Al vencedor de Astarte, venturoso,  
»Que yace humilde ante su Dios postrado.

IV.

»Más ya sonó la hora  
»De proseguir tu celestial jornada,  
»Y libre, al fin, del aura pecadora  
»Que se respira en la mansion dorada  
»Del prócer orgulloso,  
»Dejarás á Trinácria y su euro blando,  
»Amigo del placer. Tu alto destino  
»Te espera fiel en la Teutónia oscura,  
»Dónde verás el astro esplendoroso, (12)  
»Que entre sus nieblas con fulgor divino  
»Brilla hoy, y al orbe en la su luz bañando,  
»Ilumina do quier el ancha tierra.  
»Él será para tí la estrella pura  
»Que ha de guiar tu genio en su camino,  
»Por nuevos mundos que su giro encierra.

»Mucho su ciencia vió. Bella natura  
»Revelóse á su mente,  
»Y la tierra, y el cielo, el mar profundo

»Abrieron paso á su mirada ardiente,  
»Que sorprendió en su origen la hermosura  
»De todo sér y las secretas leyes (15)  
»Que Dios depositó con sábia mano  
»En su seno fecundo,  
»Para regir el misterioso arcano  
»De la vida que anima el ancho mundo.  
»Y vió la luz y el vagoroso viento  
»Ir, y venir, y recoger sus alas,  
»Y volver á marchar del firmamento  
»A recorrer las espaciosas salas,  
»Por sendas que al mortal (a) no fuera dado  
»Conocer nunca, ay triste! (14)  
»En la mansion funesta del pecado  
»Que de luto y de horror el traje viste.

»Yo le hallé contemplando en flaco asiento  
»Del irritado mar las crespas ondas,  
»É interrogando al cielo el alta ciencia  
»Que preside al constante movimiento  
»De su flujo y reflujo. En donde, en donde  
»Encontrará su fin? La inteligencia  
»Midió su inmensidad. Sobre sus alas

(a) Indica mihi, si nosti, omnia, in qua via lux habitet, et tenebrarum quis locus sit: per quam viam spargitur lux, et dividitur æstus super terram. *Job. cap. 38. vv. 18, 19, et 24.*

»Voló del ponto á la postrer orilla,  
»Guiado por la luz del pensamiento;  
»Y fué hasta dó se esconde  
»Bajo del mar la rubia cabellera  
»Del sol ocaso, y dó rosada brilla  
»La soberana aurora  
»Que alza su sien del líquido elemento,  
»Su cólera aplacando y su ira fiera.

»Y el saber pudo tanto  
»En Albert, que la sirte aterradora  
»Viéra hervir sin espanto,  
»Del hondo mar bajo la blanca espuma;  
»Y pudo oir sin estupor profundo  
»Al piélago iracundo  
»Bramar del polo en el confin helado,  
»Donde su enojo espantador abruma  
»De nuestra esfera el eje diamantino  
»Que, recrugiendo al golpe redoblado  
»De su inmensa pujanza,  
»La suprema balanza  
»Tal vez perdiera y su nivel divino,  
»Á no afirmarle el cielo cristalino.

»¿Qué pudo entonces á la inspirada mente  
»Ocultarse de Albert? Su alma sublime,

»Arrebatada en su vision ardiente,  
»Tal vez columbra en la region sombría  
»Del porvenir los genios inmortales  
»De Gama y de Colon, que nuevos mundos (15)  
»Arrancarán á la tormenta impía  
»Del turbulento mar que al orbe oprime.  
»Númenes celestiales!  
»En vano fué, que el promontorio airado  
»Vedára el paso á la española gente  
»Por sus senos profundos,  
»Dó anida el huracan siempre enojado:  
»Que los reinos de Brama y Motezuma  
»Vuestra sombra verán cernerse, un dia,  
»Sobre sus playas, y la luz febea  
»No tendrá ya occidente  
»Para el pueblo de Hispal que su aurea vía  
»Sorprenderá en su veloz carrera,  
»Desde el ocaso hasta el confin de oriente.

»Viéra tambien los mónstruos numerosos  
»Que en los ecuóreos reinos ignorados  
»Habitan, y cruzando  
»De mar á mar los senos tenebrosos  
»Del hondo abismo, á los celestes hados  
»Murmuran su existencia

»Que el alma Providencia  
»Por siempre amamantó á su pecho blando.

»Oh! sí: al genio tan sólo  
»Fué dado conocer la ignota vía  
»Del Leviatan (*b*) y del cetáceo horrendo,  
»Reyes del mar, que al levantado polo  
»Llevan, tal vez, el temeroso estruendo  
»De su furor y cólera bravía.  
»Solo él pudo admirar el férreo pecho,  
»De triple cota fuerte guarnecido  
»Que natura otorgó con mano airosa  
»Al primer navegante que, atrevido,  
»De frágil tabla en reducido lecho,  
»Osó arrostrar la tempestad medrosa  
»Del ponto soberano,  
»Y de sus mónstruos el furor insano.

»Y ardió de Albert el vasto pensamiento  
»En ansia de saber. Acaso, un día,  
»Voló su fantasía  
»Allá dó Atlante fué, y su hondo cimiento  
»Buscó en el fondo de la mar sañosa.  
»Tal vez, trepando á la abrasada cumbre

---

(*b*) An extrahere poteris Leviathan hamo, et fune ligabis linguam ejus.  
*Job. cap. 40. v. 20*



»Del Etna mugidor, sin faz miedosa,  
»Contempla allí del horroroso averno  
»La fiel semblanza airada  
»En aquel horno bullidor, eterno,  
»Que de su seno hirviente  
»Vomita sin cesar fétido alumbre,  
»Envuelto en laba abrasadora, ardiente.

»Y, si al fragor y al hórrido estampido  
»Del trueno pavoroso,  
»Tiembra Trinácria y su espantada gente  
»En derredor, el suelo estremecido;  
»Del sabio Albert el genio poderoso,  
»En leda paz y con serena frente,  
»Asistirá al origen escondido  
»Del horrendo volcan, sus hondas leyes  
»Investigando en la profunda tierra,  
»Y los secretos que en su seno encierra.

»Y no fué que, tan sólo, el hondo arcano  
»Del fatídico monte  
»Se revelase al sabedor profundo  
»Que penetró sus senos cavernosos:  
»Viérale yo también los negros antros  
»Del globo registrar, y otro horizonte  
»Lumbroso abrir al pensamiento humano

»Que, sumergido en las siniestras sombras  
»De la ignorancia y del error impío,  
»Vagaba allá por mundos tenebrosos,  
»Restos aun de la barbarie fiera  
»Que sus destinos, por su mal, rigiera.

»Más, paso al claro día  
»Que de la noche el pavoroso velo  
»Desde su etérea cumbre  
»Rasgó, y al seno de la madre tierra  
»Descendió á derramar su clara lumbre  
»En los ocultos reinos de natura.  
»Campo al saber y al generoso anhelo  
»Del genio peregrino  
»Que, penetrando en la region oscura  
»Dó su poder latente el orbe encierra,  
»Viera formarse en su crisol divino  
»Los preciosos metales,  
»Y las fuerzas ocultas que presiden  
»Á la materia, que las artes bellas  
»Animan con sus gracias inmortales  
»Que Fidias esculpió sobre hondas huellas.

»Entónces vió del fósil espantable  
»La forma horrenda, y las profundas leyes  
»Que rigen la estructura

»Del mundo antiguo: el nacimiento estable  
»Del manso arroyo y bullidora fuente  
»Que, murmurando (c) con su linfa pura  
»Por la cañada, el bramador torrente  
»Engendra; y luego el caudaloso río,  
»Padre fecundo de las gayas flores  
»Y de la mies, que en la ribera umbrosa  
»Desdeña los rigores  
»Del caluroso estío,  
»Y vive, y crece y cójese abundosa;  
»Mientras, rauda, el cristal va desatado  
»Por la verde campiña al ponto airado.

»También al genio y al saber profundo  
»Abriósele fecundo  
»De Flora el seno, y las virtudes varias  
»Que fiel natura atesoró cuidosa  
»En la grama aromosa,  
»Que crece en las llanuras solitarias.  
»Allí la herbácea planta y la flor bella  
»Se descñeron de su airoso manto  
»Á la vista de Albert, sus ricas galas  
»Ledas poniendo ante sus piés, en tanto

---

(c) Quis dedit vehementissimo imbri cursum... ut plueret super terram... et produceret herbas virentes? Quis est pluvix pater? vel quis genuit stillas roris? *Job. cap. 38 vv. 25. 26. 27. 28.*

»El sabio estudia la profunda huella  
»Que Hacedor estampó en su rico seno:  
»Y allí, tal vez, el destructor veneno  
»Descubre su alta ciencia,  
»Bajo la pompa y la belleza pura  
»Que adornan la magnífica existencia  
»Del verde prado y la enramada oscura.

»¿Y quién, acaso, pudo,  
»En la ignorancia y el terror medroso  
»De su siglo, elevarse á la alta cumbre  
»Del Apenino, y ver dó el rayo ardiente  
»Se forma, y hiende en la celeste esfera  
»La nube infáusta que, á su choque rudo  
»Rásgase, y cruje el trueno fragoroso,  
»Amenazando (d) á la espantada gente  
»Que huye dó quier de la borrasca fiera?  
»Yo le ví: él no más, solo,  
»En alas de su genio arrebatado,  
»Remontarse pudiera  
»Del huracan á la mansion nubosa,  
»Y ver allí la formacion latente  
»Del relámpago airado,  
»Y la centella y tempestad furiosa,

---

(d) Et intonuit de cælo Dominus... fulgura multiplicavit, et conturbabit eos. *Psalm. 17. vv. 14. et 15.*

»Que hace temblar á la tendida tierra,  
»Y lleva al ponto asoladora guerra.

V.

»Entonces será, cuando,  
»Cerniéndose tal vez su fantasía  
»Del éter puro en la region velada,  
»Contemple Albert la poderosa mano  
»Del Padre soberano,  
»Al colocar en la estension vacía  
»Del grande espacio el universo mundo  
»Que brotára, á su voz, de la honda nada.  
»Y viera el nacimiento  
»Del globo y las columnas inmortales  
»Que sostienen la tierra (e) en su ancho asiento,  
»Ceñida en derredor del mar profundo;  
»Y quién del firmamento  
»Las aguas superiores  
»Mantiene en la region del aire vago  
»Que, en forma de pañales,  
»La tierra envuelven con su dulce halago.

---

(e) Ubi eras quando ponebam fundamenta terræ? quis conclusit ostiis mare, cum ponerem nubem vestimentum ejus, et caligine illud quasi pannis infantis obvolverem? *Job. cap. 38. vv. 4. 8. et 9.*

»Viera tambien los orbes centellantes  
»Que, en raudos giros, la celeste esfera  
»Atraviesan brillantes,  
»En concertada marcha numerosa:  
»Y donde Orion esconde lisonjera  
»Su leda faz; la Hiada lluviosa  
»Dó tiene su mansion; dó el Cancro ardiente  
»Lanza los rayos de su luz febea;  
»Ó donde la Osa helada  
»Eleva su alta frente  
»Léjos de Toro; y dó la hermosa Astrea  
»Tiene, por fin, su celestial morada.

»Faltábale tan sólo  
»Leer del hombre en la inspirada frente  
»El hondo arcano de su gran destino,  
»Y, monarca del (*f*) mundo,  
»Su trono alzar sobre la esfera ardiente  
»De las estrellas, que á su rey divino  
»Rinden (*g*) en noche oscura  
»El homenaje de su amor profundo.  
»Y vióle Albert, y de su cuerpo grave  
»Lloró tal vez la frágil envoltura (16)

(*f*) Ad imaginem Dei creavit illum. *Genes. cap. 1. v. 27.*

(*g*) Ut illuminent terram. *Genes. cap. 1. v. 15*

»Que aprisiona, infeliz, al pensamiento,  
»Abatiendo su vuelo  
»Que busca ansioso el cielo  
»Dó la inmortalidad tiene su asiento.

»Mas quién podrá del sabio el raudo vuelo  
»Seguir, y el soplo inspirador ardiente  
»De su saber al tenebroso suelo,  
»Comunicar? Á él solo fuera dado  
»Eleva en la tierra su alta frente  
»Sobre el cerco del sol mas apartado,  
»Y allá dó el genio su divina lumbre  
»Bebe, apurar la cristalina fuente  
»De la verdad. Yo ví en el Norte frio  
»Al Salomón de los modernos tiempos,  
»Del claustro silencioso  
»Su vista alzar hasta la etérea cumbre,  
»Y al Padre bondadoso  
»De quien desciende al valladar sombrío  
»Del orbe toda luz, su ardiente ruego  
»Dirigir humildoso,  
»Y abrir su inteligencia  
»Á toda inspiracion. ¿Quién de su ciencia  
»Midió la inmensidad?  
»Solo del cielo  
»La oral sabiduría

»Y el Verbo sustancial guió su mente  
»De la verdad al mundo refulgente.

»Más esta luz que, en su constante anhelo  
»Se reveló á su espíritu generoso,  
»Irradiará, por fin, al hondo suelo  
»Mas vastos horizontes  
»Que cruzará otro sér mas venturoso,  
»Predestinado en bienhadada hora  
»Á recorrer los eternales montes  
»Dó la divinidad velada mora.  
»Anda; que tu oracion es ya cumplida,  
»Y será Albert el númen poderoso  
»Y el gran mentor de tu futura vida»  
Dijo: y desapareció la vision bella,  
Hendiendo el éter cual fugaz centella.

El presagio divino  
Del gran Guzman, hasta el feliz momento  
De verte, se cumplió. Que en vano, en vano  
Las huestes de Satán, en mi camino  
Su red tendiendo con artera mano,  
Combatieron do quier mi pensamiento.  
En vano el mundo y sus mundanas pompas,  
La gloria, y el placer y la riqueza,  
Y de la fama las henchidas trompas,  
Y aun la violencia odiosa,



Osáran combatir el alto alcázar  
En que pusiera Dios mi fortaleza:  
Que dióme el cielo, en su bondad piadosa,  
Asaz valor y voluntad potente,  
Para arrostrar de frente  
Cuanto se oponga á la inmortal jornada  
De la verdad y de la dicha pura  
Que, allá de Dios en la eternal morada,  
Nos ocultan su faz y su hermosura.

Héme aquí, pues, en tu presencia augusta:  
Que ardió mi fantasía  
En ansia de admirar el disco ardiente  
Del astro celestial que hoy lumbrá el mundo,  
Desde el cenit de la Teutonia fría  
Al ponto hercúleo y su postrera gente.  
Peregrino y errante, el ancha tierra  
Vengo cruzando en pos de mi destino,  
Que me trae hácia tí, cual pobre arroyo  
Va impelido por Dios al mar profundo  
Que su descanso y su ventura encierra.  
Jóven, sin patria, y sin virtud ni ciencia,  
El alma Providencia  
Me envía á tí, para que seas mi apoyo,  
Mi mentor y mi padre, y de tu mente  
Un rayo ilustre mi abrasada frente.

VI.

*S. Alb.* Oh! te conozco, sí: la llama pura  
Que arde en tus ojos y tu sien colora  
Me revelan tu sér. Recuerdo ahora,  
Con grato corazón, la donosura  
Y bella faz del ángel luminoso  
Que ví, en un sueño hermoso,  
Alumbrando á la tierra en noche oscura.

Era un abismo: el huracan horrendo  
Sus negras alas bramador tendía  
Sobre el caos profundo,  
Del austro al setentrion con saña impía.  
Petos, no mas, y universal estruendo  
De hierro y malla el anchuroso mundo  
Dó quier estremecía;  
Y tinta en sangre la medrosa tierra,  
Y de tinieblas por do quier velada,  
Sólo al Dios de la guerra  
Viérasele inclinar su frente airada,  
En el horror de aquella noche umbría.

Misera humanidad! Á dó caminas?  
Á donde vas ligera,

Tensa la lona al aquilon sañoso,  
¡Nave infeliz! las fugitivas hondas  
Del tiempo hollando en tu veloz carrera?  
Cuál es tu rumbo, el puerto venturoso  
Que buscas ay! con ansia aterradora  
Por ese mar sin norte y sin orillas?  
Nubes siniestras por el cielo airoso  
Vense rodar en la tiniebla fria,  
Y astro ninguno con su luz te guia  
A traves de esa noche espantadora.  
Do quier, ay Dios! las iras turbulentas  
Del ponto borrascoso  
Azotan bravas tu indefensa quilla,  
Y, trás largos azares, aun no brilla  
La esperanza felice que sustentas.

¿Y pudo tanto el crimen lamentable  
Del padre Adan? ¿Y por ventura, en vano  
Fuera que Dios, en el Eden hermoso,  
Clemente y generoso,  
Prometiera salvar al hombre impio  
Que osára hollar su veto formidable?  
De que valió, que el Padre soberano,  
Siempre amoroso y pio,  
Revelase á la tierra una esperanza  
En su Verbo inmortal; y la fe ardiente

Del patriarca inocente  
Viera la luz en bella lontananza?  
Alzad, oh! sí, profetas inmortales,  
Alzad la frente de la helada tumba,  
Y decidnos si, al fin, la dulce lira  
Del régio Vate y de Salen piadosa  
Sonára en vano; y si los trenos ronecos  
Del gran cantor que la celeste ira  
Anunció á los mortales,  
Por su impiedad, en balde resonaron  
Y al mundo universal arrebataron?

Y nada fuera aun, que de las gentes  
El Dios tan deseado,  
Luz de la tierra, espectacion del mundo,  
Descendiese, por fin, al suelo inmundo  
En las formas dolientes  
Del hombre triste, á padecer penado?  
De nada fué, tal vez, que el mónstruo horrendo  
Que abortó el dios mal, de su alto alcázar  
Rodase á los abismos con estruendo,  
Y no mas ya su sólio  
El sangriento tirano  
Soberbio alzase y su potente mano  
Sobre el despedazado capitolio?

Yo ví, yo ví en mi sueño arrebatado  
Los imperios caer estrepitosos,  
Y, uno tras otro, en el sepulcro helado  
Hundirse los colosos  
Que al orbe con horror esclavizaron;  
Y tras lagos de sangre y cruda guerra,  
Vencieron la ancha tierra,  
Y al carro vencedor fieros la ataron.  
Todo cambió. Del inmortal collado  
Del Gólgota sagrado,  
Bajó el libertador de su destino,  
Que, al pedazar las bárbaras cadenas  
De su vil servidumbre, bienhadado  
Alzára al hombre (*h*) hasta su sér divino,  
Poniendo fin á sus antiguas penas.

Mudó la faz del mundo.  
Mas ¡pobre humanidad! ¿que triste guía  
Te lleva, sin cesar, por la corriente  
Del mal, y á la luz bella  
De bienhadada estrella  
Prefieres ¡ay! las nieblas espantables  
Que negro esparce en tu apartada vía  
El torpe error, y tu elevada frente

(*h*) Si exaltatus fuero á terra, omnia traham ad meipsum. *Joan. cap. 12.*  
v. 32.

Inspiran sólo en el pecado inmundo?  
¡Ay! como huyera el tiempo venturoso,  
En que el alma verdad, hija del cielo,  
Hablaba por su boca al triste suelo  
Que, fecundado á su palabra ardiente,  
Brotaba de su seno generoso  
Apóstoles divinos  
Que, recorriendo el mundo, peregrinos,  
Alumbraron al orbe tenebroso.

Pobre bajel! El bóreas siempre airado  
Bramó en el norte frío,  
Y levantó las ondas resonantes  
De ese mar turbulento y agitado  
Que acusa sin cesar tu rumbo impío.  
¡Ay! como sólo en el santuario brilla  
La luz que huyó de la terrestre esfera (17)  
En noche oscura, y trás su velo umbrío  
Vense tan sólo, á intervalos distantes,  
Astros de Dios que la postrer ribera  
Alumbran de ese férvido oceano  
Que amenaza tragar tu débil quilla,  
De su poder só el cetro soberano.

Y ví que las estrellas,  
Acá y allá esparcidas

Del firmamento en el espacio oscuro,  
Por una ley oculta y misteriosa  
De sus órbitas bellas,  
Sintiéronse atraídas  
No más que á un centro esplendoroso y puro;  
Y allí formaron de su luz hermosa  
Un sol resplandeciente  
Que, absorbiendo en su disco refulgente  
Todos los rayos de su albor divino,  
Los esparció desde el empíreo cielo  
Sobre el caos profundo y nebuloso  
Que surcas, ¡ay! por tu infeliz destino,  
Triste bajel! en ese mar sañoso.

VII.

Salve, astro celestial, sol de la ciencia,  
Que, iluminando al anchuroso mundo  
En derredor, sus velos tenebrosos  
Á la razón y al alma inteligencia  
Disipaste dó quier: tu luz bendita,  
Al averno profundo  
Lanzó la hidra horrenda  
De cien cabezas que abortó el abismo  
De sus hirvientes senos cavernosos.  
Oh! Salve, á tí: la humanidad precita,

Roto el bajel, en ignorada playa  
No irá á morir, ni de la mar tremenda  
Que en torno á ella se agita,  
Las crespas ondas y el furor eterno  
Desviarán jamás su débil quilla  
Del rumbo sempiterno,  
Que fiel conduce á bienhadada orilla.

Y dijo Dios así: «Que un ángel sea  
»Ese astro luminoso,  
»Y que de Aquino en la elevada cima  
»Tienda sus alas á la luz febea,  
»Para ahuyentar á las tartáreas sombras  
»Con el fulgor que ardiente centellea  
»En su faz bella y su mirar lumbroso.  
»Yo le daré poder y alto reinado  
»Sobre la tierra umbría,  
»Y el siglo suyo y las edades todas  
»Admirarán al genio bienhadado,  
»Que se cernió sobre Trinácria, un día,  
»En mi Verbo inmortal siempre inspirado.

»¿Qué importa, que natura  
»De frágil envoltura  
»Su origen celestial velára triste,  
»Si el hombre al ángel, de su ser divino



»Participando el generoso aliento,  
»Asemjára, fiel, su alto destino;  
»Y en raudo vuelo hasta mi trono augusto,  
»Á dó el ángel asiste,  
»Elevára tambien su pensamiento?  
»Así lo quise; y por decreto justo  
»De mi eterna razon, al grande Aquino  
»Un vástago nació que el alma ciencia  
»De todas las edades  
»Tesorará en su vasta inteligencia,  
»Desde que hubieron sér las sociedades.

»Si algun fulgor de mi escondida mente  
»Brilló en el genio ardiente  
»Del hijo de Estagira; si Ecademo (18)  
»Se levantó de su sepulcro helado,  
»Para escuchar la voz del que la tierra  
»Apellidára, un tiempo,  
»El divino Platon; si el desgraciado  
»Genio, que halló en la cicuta insana  
»De su aciaga existencia el fin extremo,  
»Vió alguna luz en las siniestras sombras  
»Que el torpe error en su manida encierra;  
»Y si el saber preciado  
»De Itálica y Elea (19)  
»Columbró, acaso, en lontananza bella

»Á la verdad, trás del error impuro  
»Que amancilló la gloria de Eritrea; (20)  
»Toda esa luz, que al genio poderoso  
»De los pasados siglos inspirára  
»De la verdad la señalada huella,  
»Acumulóse en la espaciosa frente  
»Del hijo de Trinácria  
»Que, descorriendo audaz el velo oscuro  
»Del paganismo y de su ciencia ignara,  
»Bañó el saber incierto y nebuloso  
»Del orbe antiguo en la sagrada fuente  
»De su ciencia divina,  
»Y en el Jordan de su inmortal doctrina. (21)

»Mas yo solo pudiera,  
»En mi amor sacrosanto,  
»Darle sabiduría  
»Para abarcar la dilatada esfera  
»De la razon y de la fe preciosa,  
»Y probar á los siglos su armonía  
»Por la fe misma y la razon lumbrosa.  
»Yo le diera á beber el raudal santo  
»Del grande Arcopagita,  
»Y de Justin la inspiracion bendita,  
»Y de Iren y los hijos inmortales  
»Que al orbe dió la sábia Alejandria;

»Y los que amamantó la bella Aténas,  
»En los claros raudales  
»Que fecunda brotó de sus arenas.

»¿Quién, sinó, por ventura,  
»Pudo bañar su pensadora frente  
»En la corriente pura  
»De la verdad que el grande Nacianzeno  
»En mi Verbo apuró, y el genio ardiente  
»Del divino Atanasio  
»Sostuvo fiel y con razon profunda  
»Del falso Arian contra la secta inmunda?

»¿Quién de Basilio, el Magno, y del Niseno,  
»Del siro Efren, y de Epifánio, el justo,  
»Y del sabio inmortal que en rios de oro (22)  
»Regó á Bizancio, un tiempo,  
»Con su palabra y su decir augusto,  
»La comprension inmensa le daría?  
»¿Ó quién, por fin, del Nilo  
»La ardiente fantasía,  
»Y el fecundo tesoro  
»Del divino saber, la madre ciencia,  
»Que á Clemente engendró y al gran Cirilo,  
»Pudiera revelar al hondo anhelo  
»De su alta inteligencia  
»Que alzára yo sobre el etéreo cielo?

»Y si del claro oriente  
»La inspiracion y el númen poderoso  
»Plúgome atesorar, con larga mano,  
»Del sol de Aquino en la radiosa frente;  
»Tambien solo pudiera  
»Mi querer soberano  
»Enriquecer su espritu generoso  
»Con la alta ciencia y el saber profundo  
»Del dorado occidente,  
»Que en larga edad á la gloriosa esfera  
»Del empíreo sus genios inmortales  
»Envió tambien.

»Y el cetro venturoso  
»De la verdad sobre el estenso mundo,  
»En mi alta providencia,  
»Diérale yo; las tiendas bienhadadas  
»De Sem abriendo á la apartada gente (25)  
»De Jafet y su ilustre descendencia,  
»Siempre abundosa en héroes celestiales  
»Que, en mi bondad y en mi clemencia pia,  
»Conforme á mis promesas no olvidadas,  
»Llamára yo á heredar su alto destino  
»En la tierra; y alzando el fuerte alcázar  
»De la fe santa, el resplandor divino  
»Ahuyentára, feliz, del orbe oscuro  
»El torpe error y la infernal arpía,

»Que al hombre mata con su aliento impuro,  
»De su dolor en la mansion impía.

»¿Qué pudieron Satán ni el hondo averno  
»Contra mí, ni los siglos tenebrosos?  
»Por mi Verdad y por mi nombre eterno,  
»Yo juré á los mortales  
»De grado, ó bien á su pesar, la tierra  
»Poseer, y á sus dioses infernales  
»Mis huestes oponer que, en el estadio  
»Del error y sus tiempos nublados,  
»Al mal y á la mentira cruda guerra  
»Harán por mí, sus antros pavorosos  
»Á la luz de mi Verbo penetrando,  
»Y sus nieblas oscuras disipando.

»En vano el mónstruo impío  
»Su sér precito y su espantosa frente,  
»Sañudo é irreverente,  
»Revuelve contra mí, su diestra al cielo  
»Con faz airada y con mirar tremendo,  
»En actitud de herir, mísero! alzando.  
»En vano el polvo inmundo,  
»El vil gusano arañador del suelo,  
»Preñado de impiedad, ciego, impotente,  
»Conmueve en su furor el ancho mundo

»Contra la luz que su pupila ardiente  
»Hiere do quier: lo dije, y mi palabra  
»No faltará jamás.

Si el hombre iluso,  
»Que con sus goces su desdicha labra,  
»Pretende emancipar su frente erguida  
»De mi yugo y mi ley, y el cetro augusto  
»De mi reinado eliminar dó quiera,  
»Yerra, ¡infeliz! Que, si el error confuso  
»Y su alma pervertida  
»Huyen de mi Verdad, la mano fiera  
»De mi poder alcanzará su planta,  
»Huya do quier; y si no reino agora,  
»Por el amor sobre su pecho insano,  
»Reinaré, al fin, en su alma pecadora,  
»Por mi furor y mi justicia santa. (24)

VIII.

»Miseros! ellos cierran  
»Sus ojos á la luz: si tristes yerran,  
»Tal es su voluntad. El firmamento  
»Brillará siempre, á su pesar odioso,  
»Con los astros divinos  
»Que puse yo por escabel glorioso

»Bajo mis piés en el etéreo asiento,  
»Dó anuncian mi poder á la honda tierra,  
»Y revelan al hombre los destinos  
»Que para el justo mi morada encierra.

»Así brillára un tiempo,  
»En el cielo africano, (25)  
»El gran Lactancio, que en su boca de oro  
»Llevó puro el raudal de mi alta ciencia,  
»Mereciendo á los siglos el renombre  
»De Ciceron cristiano,  
»Que de Libia ilustró la noche horrenda.  
»Así Ciprian de mi glorioso nombre  
»Dió testimonio y clara inteligencia  
»Al mundo, y el tesoro  
»De la verdad, con sangre generosa  
»Selló en la tierra su cabeza hermosa.

»¿Y quién de Ambrosio el genio, y la grandeza  
»De su saber, en número y medida  
»Pudo fijar? y de Hieron la mente,  
»Que á mi divina alteza  
»Me plugo modelar ¿hasta la aurora,  
»Quién pudiera seguir con raudo vuelo,  
»Para admirar al eremita santo  
»De Belen, que, en su gruta bendecida,

»Eclipsó al orbe, en bienhadada hora,  
»Con la luz oriental que al occidente,  
»Por decretos del cielo,  
»Bañó en los prismas de su rico manto?

»Así el grande Agustino,  
»Admirador profundo  
»Del sabio peregrino, (26)  
»Arrebató las libicas arenas

»Al encanto inmortal de su alta ciencia,  
»Que, invadiendo atrevida y humildosa  
»Las regiones serenas  
»De mi divinidad, al ancho mundo  
»Reveló los recónditos arcanos  
»De mi Sér, que la flaca inteligencia (27)  
»Del hombre y su mirada tenebrosa  
»Comprendiera jamás, ni ojos profanos  
»Pudieron ver con la su luz medrosa.

»Tambien bañé, á mi agrado,  
»Del Crisólogo fiel la sien radiante  
»En un mar de oro; y su palabra augusta,  
»Bella y sonora, y de decir brillante,  
»Á mi Verbo humanado  
»Vengó de Eulíque y de su hueste odiosa  
»Que, en mi furor y en mi sentencia justa,



»A triste opróbio, un día,  
»Condené, y al horror y al odio eterno  
»De la posteridad.

Mas si, furioso,

»El Aquilon sonante  
»Ruje en el polo, y el profundo averno  
»Engendra al sér monstruoso  
»Que yo elegí para terror del mundo  
»Y azote de mi mano vengadora;  
»Plugo á mi amor profundo,  
»Del fiero Atila en el fatal camino,  
»Poner al Jerofanta poderoso  
»Del padre Tibre, y su inspirada frente,  
»Que el rayo solo de mi luz colora,  
»Ceñir de majestad. Así el destino  
»De Leon, el divino, (28)  
»Trazára yo en mi profunda mente,  
»Para humillar al bárbaro caudillo  
»Ante el genio inmortal, dios de la tierra,  
»Que ahuyentó al mónstruo, al poderoso brillo  
»De la palabra que en su pecho encierra.

»Y Roma se salvó, y el sacro fuego  
»De la verdad los hijos de Quirino  
»Vieron arder en sus antiguos lares,  
»Sin extinguirse nunca. En vano, luego, (29)

»El negro error y la ignorancia oscura  
»Estendieran sus sombras infernales  
»Por el orbe latino:  
»En vano la hidra impura  
»De brazos mil y de cabezas ciento  
»Que abortó el dios del mal, la eterna llama  
»Del genio ardiente y del saber divino  
»Quiso apagar con su rabioso aliento,  
»En derredor de la tendida tierra:  
»Que mi poder y mi bondad derrama  
»La luz do quier, cuando á mi mente place;  
»Y si yo mando, al fin, que un astro sea,  
»Al punto ese astro nace,  
»Tal vez más bello que la luz febea.

»Así brillára el monje tiberino  
»Gregorio, el Magno, el sabedor profundo  
»De mi alta ley, y el Damasceno pío  
»Que del oriente al Héspero sombrío  
»Enviára aun sus rayos luminosos,  
»Para alumbrar al apartado mundo,  
»Dó impera el mal y ensueños tenebrosos  
»Se ciernen sin cesar. Así el alpino, (50)  
»Ínelito Anselmo, en la Britania, guía  
»Fuera, y la luz y el ornamento puro  
»De mi alma grey preciosa.

»Y Bernardo el melífluo,  
»Más que el Ilimeto á dó la abeja posa,  
»Y el gran Lombardo, el firmamento oscuro  
»De aquella edad bravía  
»Iluminaron con su luz radiosa.

IX.

»Mas ¡ay! de tí, infeliz, raza adamita  
»Que, en raudos torbellinos,  
»Del mal por la corriente arrebatada,  
»Te precipitas ciega y orgullosa  
»Por el rumbo infernal de tus caminos,  
»Siempre esquivando la virtud preciosa  
»Que enseña el bien, y á practicarle invita.  
»¿Hasta cuando, precita,  
»Abusarás de mi paciencia ajada  
»Por tu impiedad, y á la verdad hermosa  
»Cerrarás tu pupila malhadada?

»Bastáran ya de ceguedad horrenda  
»Las pasadas edades.  
»Y si los astros bellos que trazaron  
»Á tus caminos luminosa senda,  
»Esparciendo su luz, de tiempo en tiempo,  
»Del cielo en las inmensas soledades,

»Á tu ciega razon no revelaron  
»De mis designios la bondad inmensa;  
»Si tu ignorancia densa  
»No alcanza, aun, á descubrir la lumbre  
»Que ha de rasgar el tenebroso velo  
»De todo error en la anchurosa tierra,  
»Yo haré que el sol de Aquino,  
»Brillando, oh! sí, desde la eterna cumbre  
»De mi Verdad con su fulgor divino,  
»Recoja en sí, tan solo,  
»Los rayos esplendentes  
»Y la luz toda que, piadoso, el cielo  
»Proyectára en sus astros refulgentes, (31)  
»De sol á sol hasta el helado polo.

»Y dije en mi bondad: «un genio sea  
»Grande, inmenso, profundo,  
»Que absorba la verdad, que absorba el mundo  
»Y las edades todas en su mente:  
»Sea un hombre solo, que en su ciencia vea  
»Cuanto vieran los genios inmortales  
»De los pasados tiempos, y en su frente  
»Puedan leer los siglos venideros  
»Cuanto de grande y de saber precioso  
»Descubran los mortales  
»En la verdad y en sus eternos fueros.»

»Y esc hombre fué, y de Trinácria, un dia,  
»Apareció radiante el cielo hermoso  
»Que su cuna arrulló; y la bella aurora  
»Brilló feliz para la tierra umbría,  
»Que no verá jamás del sol naciente  
»Eclipsarse la luz consoladora,  
»Que eterna radiará de gente en gente. (52)

»Como las claras fuentes cristalinas,  
»Las cascadas mugientes,  
»Y los mansos arroyos,  
»Y los bravos torrentes,  
»Los hondos rios y los raudales todos,  
»Que atraviesan el valle resonantes,  
»Van á perderse al mar, que al ancha tierra  
»Devolverá despues su linfa pura  
»En benéficas lluvias fecundantes,  
»Que llevan la abundancia y la amenura  
»Dó quier, y el fruto que su seno encierra;  
»Así tambien las límpidas corrientes  
»De la verdad que por el mundo han ido  
»Corriendo, sin cesar, al grande abismo  
»De su genio profundo  
»Llamára yo con poderoso acento,  
»Y en alas reverentes  
»Vinieron presurosas

»Á perderse en el mar del pensamiento  
»Del gran trinarca, que, á su vez, al mundo  
»Reveló fiel el misterioso arcano  
»De su saber con generoso aliento,  
»Y de Belial al mónstruo aborrecido  
»Debeló, y á sus haces tenebrosas  
»Que el suelo agitan, en su error vencido.

»¿Qué region apartada  
»Del nuevo sol las ondas luminosas  
»No alumbraron jamás? ¿Qué pueblo ignoto (55)  
»De su ciencia abundosa los raudales  
»No bañaron, por fin?

»La mies dorada  
»De la verdad, al fecundante rayo  
»Del astro celestial, trojes copiosas  
»Dó quier alzó, y en lánguido desmayo  
»Cayó Luzbel y su reinado impío,  
»Que, deslumbrado por la luz radiante  
»Del sol de Aquino, al bátrato sombrío  
»Huyó confuso con su hueste fiera,  
»Perseguida, sin tregua, en lid constante  
»Por la verdad preciada  
»Que invade su morada,  
»Y rinde al mónstruo en su final trinchera.

»Y la ciencia pagana,  
»Que de Estagira el genio poderoso  
»Lanzára al mundo entre la niebla impura  
»De errores mil, á la verdad cristiana (54)  
»Abandonó su campo tenebroso  
»Que, inundado de luz, su faz oscura  
»Tornó en hermoso día  
»Ante el astro inmortal. Así la fría,  
»La negra noche, al asomar flotante  
»Febo, no más, su ardiente cabellera,  
»Disípase medrosa,  
»Y desatando el luminar brillante  
»En hebras mil sus ricas trenzas de oro,  
»Baña el collado y la cañada umbrosa  
»Con clara lumbre, y la terrestre esfera  
»Goza dó quier el celestial tesoro.

»De nada fué, que el reino de las sombras  
»Se agitate, y del orco las legiones  
»Alzáran sus pendones,  
»Al resonar de las tartáreas trompas:  
»Nada sirvió que la Gorgonia horrible,  
»De sierpes mil la frente coronada,  
»Derramase sus huestes numerosas  
»Por el orbe, y terrible  
»Guerra cruda y airada

»Suscitase, al girar de las edades,  
»Contra el genio inmortal del grande Aquino:  
»Que su ciencia inspirada,  
»En toda lid las hidras pavorosas  
»De la impiedad y del error tirano  
»Vencerá siempre, y su saber divino  
»Presidirá á las nuevas sociedades  
»Que rendirán su culto, generosas,  
»De su alta ciencia al cetro soberano.»  
Así habló Jehová en el alto cielo,  
Y adoré su bondad, mi frente al suelo.

XI.

Entonces ví en mi sueño luminoso  
Un bello jóven de humildoso pecho,  
Hondo mirar y pensadora frente,  
Que, mudo y silencioso,  
Dijera yo que el dilatado mundo  
Á su grandeza estrecho  
Viniera un dia, y que su voz potente  
Despues resonaría  
En la ancha tierra y en el mar profundo,  
Como el fragor de tempestad bravía.  
Y ví que un monte de empinada cumbre,

(53)



Falda escarpada y hórrida espesura,  
Alzabase á sus ojos, rebramando  
El mar en torno, y con feroz bravura  
El escollo fatal siempre azotando.

¡Ay! como fieras las hinchadas ondas  
Combaten de la roca el hondo asiento,  
Que, guarnecido por tajantes peñas  
Y acantilados riscos fraguosos,  
Tan solo ostenta en las riberas hondas  
Restos infaustos, malhadadas señas  
Del soberbio bajel que estrelló el viento  
Sobre sus arrecifes pavorosos.

Y parecióme ver la faz divina  
De una Virgen velada en nubes de oro  
Y de zafír, que al jóven estasiado  
Acercándose allí, con peregrina  
Y dulce voz y pecho alborozado,  
Miróle lisonjera,  
Y hablóle al corazon de esta manera.

«Oh! tu, feliz mortal, jóven dichoso,  
»Á quien Dios hoy me envía  
»Para servirte fiel de norte y guía  
»Á mi elevado templo venturoso.

»Si te aplace saber quién, por ventura,  
»Será la mensajera  
»Que viene á tí desde el empíreo santo  
»Para alumbrar tu bienhadada senda  
»En esta del error mansion oscura;  
»Pues soy la Ciencia misma, que, al encanto  
»De tu virtud y generoso anhelo,  
»Vengo, en nombre del cielo,  
»A presidir tu celestial destino  
»En el arduo camino  
»De la verdad.

»¿No ves la enhiesta cumbre  
»Que á tus ojos se eleva temerosa,  
»Dó brilla sin cesar la clara lumbre  
»De la fe santa y de la ciencia hermosa?  
»Ágria es la altura, y mónstruos espantables  
»Anidan el collado  
»Que ostenta aquí su frente nebulosa;  
»Mas yo seré á tu lado,  
»Y venciendo á las sierpes formidables,  
»Connmigo treparás á la eminencia  
»Dó la alta Providencia  
»Mi templo colocó y mi bien preciado.

»Son esos mónstruos hórridos, impíos,  
»Los errores sombríos

»Que Dios lanzára al espantoso averno  
»Con el fiero Luzbel y sus legiones,  
»Desde que alzáran bélicos pendones  
»Contra su sólio en la celeste esfera.  
»Allí encerrados, el Furor eterno,  
»Los Odios implacables,  
»La horrenda Saña y la Venganza fiera,  
»Por la mano de Dios aherreojados,  
»Unos con otros sin cesar hirvieran  
»En luchas espantables,  
»Sin que á la tierra perturbar pudieran  
»Sus iras y rencores malhadados,  
»Si los hombres culpables  
»Su cárcel triste y su prision no abrieran.

»Mas ¡ay! que el hombre, su primer destino  
»Y su hermosa inocencia amancillando,  
»Quiso imitar el espantoso ejemplo  
»De Satán, el soberbio, amenazando  
»Robar al cielo su saber divino,  
»Y alzando en el Eden, soberbio, un templo  
»Al bien y al mal, cabe la higuera triste  
»Que de su crimen la vergüenza viste.

»Desde entonces sonaron  
»Sobre sus goznes las ferradas puertas

»Del bátratro infernal, y al mundo abiertas  
»Para siempre quedaron,  
»Dando salida á los vestiglos fieros,  
»Que hoy asaltan dó quier mis sacros fueros. (56)

»Su mansion escogida  
»Son estos bósques de verdor sombrío,  
»Dó les plugo fijar sus negras tiendas,  
»Para espiar en su infernal manida  
»Al mísero mortal que osára, impío,  
»Sin Dios hollar las escarpadas sendas  
»Del terrible collado,  
»Que conducen al templo bienhadado  
»Del alma ciencia en su fragosa cima.  
»Mas tú los vencerás.

Dios en tu frente

»Grato encendió la abrasadora llama  
»Del genio, y á la luz resplandeciente  
»Que tu pupila brilladora inflama,  
»Ahuyentarás los mónstruos temerosos  
»De estos lóbregos antros cavernosos.»

Iba diciendo así la diva Ciencia,  
Cuando una sierpe horrenda y espantable,  
De marmóreas escamas guarnecida,  
Lanzóse airada en la vereda umbrosa

Contra el mortal, que al mónstruo formidable  
Fuera osado turbar con su presencia,  
En su oscura mansion aborrecida.  
Allí, invisible, la verdad hermosa  
Desatando sus labios falaguera,  
Volvió á decir, sus ecos resonando  
Con dulce acento y blando,  
Cual aura matinal, de esta manera.

»No temas, no, de la Gorgonia impía  
»La fiereza y doblez de sus escamas,  
»Ni de sus ojos las horrendas llamas  
»Que su mirada aterradora envía.  
»Ni temas ver en ese ponto airado,  
»Que bate del escollo el firme asiento,  
»Los despojos siniestros que, espantado,  
»Contempla aquí tu hermoso pensamiento.

»Son memoria, no más, del orgulloso  
»Y fiero navegante, que, atrevido,  
»Osára hollar con su bajel airoso  
»Aqueste mar vedado  
»Al hombre audaz, que, de soberbia (i) henchido,  
»Pretende abrir un rumbo peligroso

(i) Abscondisti hæc á sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. *Math. cap. 11. v. 25.*

»Á la nave infeliz y endeble quilla  
»De su flaca razon, triste abordando  
»Del torpe error la tenebrosa orilla,  
»Por combatir en su furor infando  
»Á la verdad que sobre el monte brilla.

»Tampoco temas á la vista horrenda  
»De esos cráneos siniestros esparcidos  
»De la montaña en la vertiente umbrosa.  
»Ni tiembles, si, al subir su áspera senda,  
»Viéras dó quier arneses destruidos,  
»Y escudos rotos, que á tu faz medrosa  
»Indicarán los hórridos estragos  
»De numerosas lides,  
»Sostenidas aquí por los endriagos  
»Del poder infernal.

Si al alta cumbre,  
»Dó la fe y la verdad tienen asiento,  
»Algún soberbio (*j*) y temerario Alcides,  
»De altivo pensamiento,  
»Llegar quisiera, y su radiosa lumbre  
»Ver por sí solo, el cielo soberano  
»Permite al orco insano  
»Sus huestes derramar por la espesura

(j) *Dispersit superbos mente cordis sui. Cant. B. M. V. v. 6.*

»Del fatídico bosque. Así el impío,  
»Lanzado por Belial en la fragura,  
»Maldice el monte umbrío  
»Y la verdad que en su cenit fulgura. (57)

»Sígueme oh! sí: que tu humildad profunda  
»Y el hondo sentimiento de tu nada (58)  
»Te ampararán (*k*) contra los mónstruos fieros  
»Que nos salgan al paso. Hueste inmunda  
»Del impío Satán, contra mis fueros  
»Nada podrá, ni contra tí que, asido  
»De Dios á la verdad, su fuerza airada  
»Por siempre vencerás.» Dijo: y tomando  
Al jóven de la mano, presurosos  
Trepan la sierra y valladar infando,  
Dó anidan los vestiglos temerosos  
Sangre, y furor, y muerte respirando.

Mas al andar de su inmortal camino,  
Y respondiendo leda  
Al pensamiento oculto y silencioso  
Del jóven peregrino,  
Díjole así: «Querrás de esa arboleda  
»Los hados conocer, y como han sido

(*k*) Exaltavit humiles. *Cant. B. M. V. v. 7.*

»En la tierra esas fieras alimañas.  
»Querrás saber las causas ominosas  
»De su existencia y su infernal destino,  
»Y por que tristes miserables hazañas  
»Su suerte han merecido  
»Esas horribles sierpes venenosas.

»No temas esas llamas  
»Que sus ojos despiden fulgurantes,  
»Ni su ademán, ni su actitud bravía  
»Temas, ni sus bramidos resonantes:  
»Que es la horrenda herejía,  
»Hija del mal y la soberbia insana,  
»Temible sólo á la razón humana  
»Que abandonó de la verdad la guía.  
»Mírala sólo, y tu mirar profundo  
»La hidra lanzará al averno inmundo.

»Nada importa que el monstruo aborrecido  
»Retuerza aquí su cola matizada  
»De horrendos prismas, y en su seno herido  
»Desate su fiera arrebatación  
»Contra la luz de tu pupila hermosa.  
»No importa que el dragón horrible y feo,  
»Cual infausto proteo,  
»Astuto se deslice en la enramada,  
»Y transformado en ave canorosa,



»En blando arroyo, ó rumoroso viento,  
»Pretendiera escapar al pensamiento  
»De tu razon y mente poderosa:  
»Que de tu genio el rayo fulgurante  
»Le herirá el pecho y corazon odioso,  
»Bajo todas las formas fementidas (39)  
»Que ose tomar errante  
»El endriago feroz en sus manidas»  
Dijo: y el jóven al dragon furioso  
Contempló con fijeza,  
Y á su mirada abrasadora, ardiente,  
Huyó el vestiglo al tártaro inclemente,  
De muerte herido en su infernal cabeza.

XII.

Á los silvos medrosos  
Que el espectro feroz en su caida  
Estruendosa arrojó, nuevos dragones,  
Serpientes mil y endriagos pavorosos  
Salen de su manida,  
Y aprestan á la lid sus escuadrones,  
Para impedir al genio de la ciencia  
Su paso vencedor al alta cumbre,  
Dó se divisa ya á su inteligencia  
Del sacro templo la radiosa lumbre.

«Tampoco temas, dijo  
»Al paladin su hermosa mensajera:  
»Mírame á mí que tus destinos rijo,  
»Y vencerás esa falanje fiera.  
»Son esas alimañas venenosas  
»Las míseras pasiones  
»Y los errores todos de los tiempos,  
»Que hubo y habrá en las edades todas,  
»Y un solo rayo de tus ojos bellos  
»Que penetre sus miras tenebrosas,  
»Dispersará sus horridos pendones,  
»Y la impiedad ahuyentarás con ellos.»

Una dulce mirada  
Del héroe contestó á la Ciencia diva  
Que así le hablaba; y su pupila ardiente  
Hirió despues á la falange armada,  
Cual centella fugaz que, allá, la estiva  
Y airada tempestad rápida hiende.  
No tan medrosas huyen la corriente  
Del huracau las aves agoreras;  
Ni huye tan presto de la luz febea  
El buho, al asonar el sol de oriente,  
Como las huestes fieras  
Huyeron de la luz, que centellea  
Del adalid en la inspirada frente.

Vencidos ya los mónstruos temerosos  
Del hondo averno y su escuadron ufano,  
Plúgoles descansar só los umbrosos  
Árboles, al andar de un valle ameno  
Que arrullaba favónio allí cercano.  
Hermosa alfombra de pintadas flores  
Bordaba el blando seno  
Del oasis encantado, y la ambrosía  
De sus dulces aromas, inundando  
De un placer casto el valle peregrino,  
Mezclaba los primores  
De dicha tanta al son y á la armonía  
De mil cantores, que su pecho blando,  
Su harpada lengua y su cantar divino,  
Desataban en trinos á porfía.

Náyades numerosas,  
De plectro armadas y de liras de oro,  
Van saliendo, entretanto,  
De las bellas cañadas nemorosas,  
Y se aprestan al canto  
Con dulce voz en acordado coro.  
»¿Ves esas hadas? dice, al jóven santo  
»La Ciencia pensadora;  
»Pues son de Astarte y de su amor impuro  
»Adoradoras torpes. La primera

»Es hija de Citéres, Cipria diosa,  
»Enemiga mortal del sacro fuego  
»Que arde en las aras de mi templo puro,  
»Dó se alimenta la verdad hermosa.  
»Mas no las temas; que al mirarte, luego  
»Se alejarán de tí: porque es la fama,  
»Que los ángeles bellos  
»De su divino ceñidor vistieron  
»Tu talle virginal; y que la llama  
»Del santo amor, en que se abrasan ellos,  
»En tu pecho encendieron,  
»Matando para siempre en tu alma bella  
»Del fuego impuro la infernal centella.» (40)

Tal vez aun prosiguiera,  
En su plática fiel, la dama augusta,  
Sí, al ver las ninfas del collado ameno  
La casta faz del peregrino hermoso,  
No abandonarán raudas la pradera,  
Cual visiones falaces que en su seno  
Encerró, al fin, el orco pavoroso.  
Así en ignoto mar las breves quillas  
Huyen la roca y de su firme asiento,  
Dó se estrella el furor del elemento  
Que ruje bramador en sus orillas.  
Y así también las cabras saltadoras

Desparecen, tal vez, en la eminencia,  
Huyendo en el collado tembladoras  
Del temible leon y su presencia.

Despejada, por fin, la áspera senda  
Que del saber al monte misterioso  
Conduce siempre al genio poderoso,  
Que aspira de la ciencia al trono alzado;  
Y libre ya de las visiones vanas,  
Cuyas huestes villanas  
El paso vedan al feliz reinado  
De la verdad, en esta lucha horrenda,  
Prosiguen su jornada victoriosa  
Trepando con valor al alta sierra,  
Dó avistan ya los muros esplendentes  
Del sacro templo que la Ciencia airosa  
Ostenta allí á la anchurosa tierra,  
Cual faro y luz de las humanas gentes.

Un paso mas, y la fragosa cima  
Dominan ya, donde el santuario escelso  
De la Verdad se eleva fulgurante  
Sobre un hermoso plano. Allí la oliva,  
El laurel verde y la elegante palma,  
Abren campo al dichoso caminante,  
Y sirven de dosel al aureo busto

Del alma Paz y la tranquila Calma,  
Que serán de su anhelo el premio justo.

Alta portada de bruñido bronce  
Elévase atrevida  
Sobre el vergel que se descubre entonces  
Ante el umbral del templo venturoso,  
Que toca al cielo con su frente erguida,  
Coronada del sol esplendoroso.  
El pórtico sagrado  
Que le circuye esbelto, fabricado  
Por los ángeles bellos, se sostiene  
Sobre columnas de oro; y Dios mantiene  
Transparentes sus muros,  
Como el cristal, dó se reflejan puros  
Los rayos todos (1) del saber divino  
Que arde en el templo. Allí retratan bellas  
Su hermosa faz las fúlgidas estrellas,  
Y el hombre admira su inmortal destino;  
Y ostenta allí su pompa el firmamento,  
Y sus galas la tierra, el mar profundo,  
La flor, el ave, el viento  
Y cuanto abraza el universo mundo.

---

(1) Et ponam in lucem scientiam, et non prateribo veritatem. Sap. cap.  
6. v. 24.

De grandes margaritas,  
Y ornadas de amarantos,  
Eran sus ricas (m) puertas cinceladas,  
Obra y primor de un querubín hermoso, (41)  
Que, fiel guardian de sus umbrales santos,  
Preséntase allí luego  
Con su espada de fuego,  
Y al acercarse el paladin glorioso  
Con la reina del templo, ambos batientes  
Hace girar, dejando franqueadas  
Sus hojas reverentes,  
Sólo al error y á la impiedad cerradas.

Soberbia y majestosa  
Se ostenta de repente,  
Desde el dintel, á su mirada airosa  
Cúpula audaz que al sacro firmamento  
Parece remontarse arrebatada,  
Descansando su frente  
Sobre altivo pilar de mármol duro  
Y de topacio puro,  
Que, enhiesto, se alza en el santuario ardiente.  
Cual límpido cristal, el pavimento  
Brilla al fulgor de la radiosa lumbre

(m) *Portæ nitent margaritis,  
Adytis patentibus. Himno á la Dedicacion de la Iglesia.*

Que inunda en un mar de oro el templo augusto;  
Y estriba allí la inmensa pesadumbre  
Del sacro altar en cimentado suelo,  
Que es de jaspe y zafir, (n) como el del cielo.

Bajo la inmensa nave esplendorosa  
De pórvido y jacinto, un globo ardiente  
Elévase, cual sol, que en su alta esfera  
Ostenta fiel la imágen luminosa  
De la ciencia inmortal: rayos divinos  
Parten do quier de su inspirada frente  
Que el templo bañan en su luz hermosa;  
Y los grandes destinos  
Brillan allí (ñ) de la razon severa,  
En coyunda amorosa  
Con la fe santa y la Verdad primera.

Pica dorada en la derecha mano (42)  
De la imágen augusta se divisa,  
Y en la siniestra lleva el soberano  
Divino escudo de su fiel divisa.  
Su celestial belleza y su semblante,  
Siempre sereno, y dulce, y amoroso,

(n) *Fundamentum primum jaspis: secundum sapphirus. Apocal. cap. 21.*  
v. 19.  
(ñ) *Rationabile obsequium vestrum Roman. 12. v. 1.*



Son el reflejo, en su mas alto grado,  
Del bello original, que allí radiante  
Estaba de placer. Un mónstruo odioso  
Sus pies hollaban, y Luzbel postrado  
Yacía á sus plantas en su frente herido,  
En actitud de blasfemar airado  
Contra el Verbo de Dios, el fementido!  
Que cierra allí sus ojos tenebrosos,  
Rodeado de vestiglos pavorosos.

XIII.

»Viste, por fin, el luminoso alcázar  
»Del saber, exclamó con blando acento  
»La dulce mensajera:  
»Hora verás en su elevado asiento  
»Los grandes genios que en el mundo han sido,  
»Desde su origen y su edad primera.»  
Dijo: y guiando al jóven silencioso  
Á un claustro primoroso,  
Que en el atrio exterior se ostenta erguido,  
Su oracion continuó de esta manera:

«Hé aquí los bustos para siempre helados  
»De los claros varones,  
»Que el paganismo en el eden umbroso

»De su mejor edad lanzó á la tierra,  
»Y que, á pesar de sus propicios hados,  
»Se elevaron jamás al alta cumbre  
»De la verdad y los supremos dones  
»Que el interior de mi santuario encierra.  
»Por eso aquí apartados  
»Los ves del templo y su divina lumbre  
»Que al genio del error sus puertas cierra;  
»Por más que conquistados  
»Tengan algunos títulos preciosos  
»Á la verdad sus sábios orgullosos.

»Ahí ves las estátuas colosales  
»De los hijos de Esparta y de Estagira, (45)  
»Y las que Atenas bella y vanidosa,  
»Y Tebas, la encantada,  
»Erigiera á sus genios inmortales,  
»Que, á traves de los siglos, aun admira  
»La humanidad altiva y orgullosa.  
»Si á edad mas apartada  
»Prefieres remontar tu pensamiento,  
»Puedes mirar los polvorosos bustos  
»Del viejo Egipto y del pais de Brama, (44)  
»Que ahí se ven en triste apartamiento,  
»Cual momias sepulcrales  
»Que vieron caducar la eterna fama

»De su antiguo saber, por hados justos,  
»Que cecipsaron sus glorias orientales.

»Mas si te aplace así y es de tu agrado,  
»Dejemos prestamente  
»Esos grandes colosos  
»Del paganismo y su razon impía:  
»Que, si algun rayo de la ciencia, un dia,  
»Con brillo refulgente,  
»Iluminó sus genios tenebrosos,  
»Tú sabrás recogerlo y al santuario  
»Llevarlo en alas de tu genio ardiente.  
»Y hora volemós á mi templo augusto,  
»Donde verás el coro solitario  
»De los sábios divinos  
»Que bebieron en Dios la luz preciada  
»De la verdad, y al orbe el premio justo  
»De sus largos afanes  
»Allí ledos ostentan, su alta frente  
»Ceñida de laurel; y sus destinos  
»Ocupan ya en la inmortal morada  
»Del sacro firmamento,  
»Donde libre respira el pensamiento.»

Diciendo así, al recinto immaculado  
De la Verdad volvieron presurosos,

Donde el arte inspirado  
Evocó audaz de la callada tumba  
Los grandes genios que la eterna fama  
Hará vivir gloriosos,  
Mientras el cielo con su luz febea  
Alumbra el mundo y en su dulce llama  
Bañe los orbes, y la tierra sea.

Allí se ven los bustos inmortales  
Del fiel Abraan y Moisé el divino,  
Y de David, el manso,  
Y del gran Salomón cuya alta ciencia  
Asombró á los mortales,  
Sin dar jamás á su saber inmenso  
Ni treguas ni descanso,  
Mientras, fiel á su Dios y á su destino,  
No anubló su razon el velo denso  
De su impura conciencia,  
Que oscureciera, al fin, su inteligencia.

»Ves ese grupo arrebatado al cielo  
»De vates inspirados?  
Dice la Ciencia al peregrino amante  
De la verdad: «pues son del triste suelo  
»Los divinos videntes.  
»Son de Dios los profetas bienhadados,

»Que en la tierra de Sem sus arpas de oro (45)  
»Vibraron con acento resonante;  
»Ora anunciando á las humanas gentes  
»La salud de la tierra, ora tronando  
»Con santa indignacion su airado coro  
»Contra el vicio nefando,  
»Que tal vez arrancó sonos dolientes  
»A sus pechos ardientes,  
»Y endechas tristes y abundoso llanto.

»Sígueme, y mira con mirar profundo  
»Estos bajos relieves que el sol dora,  
»Dó brillan otros héroes coronados  
»De lauro y mirto. En bienhadada hora  
»Fueron la luz del universo mundo,  
»Cuando el orbe yacía  
»En negras sombras, y horridos nublados,  
»De aspecto pavoroso,  
»Rodaban ¡ay! sobre la tierra impía.  
»Cayó, cayó el alcázar temeroso  
»Que al triste error la humanidad insana (46)  
»Alzára un tiempo, y la romana gente  
»Vió con espanto y con afan medroso  
»Caer rodando al suelo  
»El dios capitólino,  
»Mónstruo infernal, execracion del cielo.

»Que fiero, omnipotente,  
»Y blasonando de su sér divino  
»Avasallára al mundo y su destino.

»En vano, en vano el espantoso averno  
»Vomitará su cólera bravía  
»Contra esas (o) redes que, á sus piés, gloriosas (47)  
»Se tienden. La ancha tierra  
»Y el mar tendido, en lazo sempiterno,  
»Serán presas dichosas  
»De ese cerco feliz que al orbe encierra  
»En el redil de Dios. Hombres del cielo,  
»Magüer que (p) pescadores,  
»Trasformarán la sociedad y el mundo,  
»Dó quier su planta el suelo  
»Pise, y su voz los ecos voladores  
»Lleven tronando al paganismo inmundo.  
»Y verán las edades  
»Esas redes crecer, y el oceano  
»Venir estrecho á la potente mano  
»Que ha de encauzar las nuevas sociedades,  
»Trazando á su bajel rumbo seguro  
»Entre las sirtes del error impuro.

(o) Mittentes rete in mare. *Math.* 4. v. 18.

(p) Faciam vos fieri piscatores hominum. *Math.* 4. v. 19.

»Y esos que ves, varones inmortales,  
»Que al águila, y al toro,  
»Y al hombre, y al leon, símbolos bellos (48)  
»De su destino, en altos pedestales  
»Ostentan, y en sus manos el tesoro  
»Llevan de la verdad que vieron ellos  
»Cara á cara; pues son, ya los conoces,  
»Las divinas trompetas,  
»Con que el Verbo de Dios la eterna fama  
»De su doctrina y celestiales voces  
»Por el mundo derrama,  
»Al inspirado son de sus profetas.

»Mas la clara verdad que, toda (q) entera,  
»Se reveló á su mente,  
»Esparcióse dó quier rauda y ligera  
»Por diferentes vias. El oriente,  
»Cuna y origen de su luz divina,  
»Guardó sus tradiciones  
»En monumentos de eternal memoria;  
»Y aquí verás su celestial doctrina  
»Grabada en duro mármol que la historia  
»No olvidará jamás.

Esos varones

---

(q) Cum autem venerit ille Spiritus veritatis, docebit vos omnem veritatem. *Joan. cap. 16. v. 13.*

»Que ahí se ven en prolongado coro,  
»Ceñida de laurel su ínclita frente,  
»Son los hijos que al ciclo, en feliz hora,  
»Diera en saber la célebre Antioquía,  
»Rival, un tiempo, de la hermosa Atenas;  
»Y los que el tracio ponto en sus arenas  
»Viera crecer; y los que el Nilo, un día,  
»Bañó en su linfa de oro,  
»Y alimentó la grande Alejandría.

»¿Ves esa nave inmensa, portentosa,  
»Que ciñe el templo en derredor, y admira  
»Por sus estátuas bellas?  
»Ahí verás la pléyade lumbrosa  
»De las grandes estrellas  
»Que iluminan al cielo de occidente,  
»Oscureciendo el sol que en torno gira.  
»Yo ví, yo ví de la ribera etrusca  
»Los genios inmortales,  
»Y los sabios del Tiber prepotente  
»Arrebatar á la radiante aurora  
»Su bella luz, y en raudos manantiales (49)  
»Derramarla dó quier.

Yo de la Iberia

»Ví los claros varones  
»Que del Nalon al Bétis caudaloso (50)



»Asombraron al mundo: y ví la hora  
»En que un rayo divino  
»Iluminó á la apartada Hesperia  
»Para llevar su lumbre á otras regiones. (51)  
»Aquí verás el genio poderoso  
»De Hispal brillar en la inspirada frente  
»De esos héroes divinos,  
»Cuyos altos destinos  
»Se revelan aquí á tu clara mente.

»Mas sigue y vé: estos son los afamados  
»Hijos del Sena y del Tesin bravío, (52)  
»Que, henchidos de saber, su claro nombre  
»Hicieron resonar por la ancha tierra,  
»En toda edad. Aquí del orco impío,  
»La enemiga legion de alto renombre,  
»Que allá del Rhin la historia bienhadada  
»Ofrece al mundo y á la ciencia hermosa,  
»Verás tambien por siempre coronada  
»Con lauro, y mirto, y purpurina rosa.  
»Y si, tal vez, de la africana gente  
»Te place ver los héroes levantados,  
»Que robaron al sol un rayo ardiente  
»Para alumbrar con lumbre venturosa  
»Á los hijos de Cán, mira esos bustos  
»Llenos de inspiracion, que, en su alta ciencia, (55)

»Erigieran también con sabia mano  
»Monumentos augustos  
»Á la verdad contra el error insano.

»Y ahora ven, y en rico apartamiento,  
»Por la mano de Dios aquí labrado,  
»Contempla bien ese querube hermoso,  
»Inundado de luz y de ambrosía,  
»Que, en alas de su genio arrebatado,  
»Raudamente se lanza al diáfano elemento,  
»Huyendo de la tierra.... El cielo pío  
»Arrullóle en su cuna, y generoso  
»Plugo al amor del Padre soberano  
»Atesorar con abundosa mano  
»En su prócer natura  
»Inmensos dones, que la raza impura  
»Del viejo Adán, estirpe delincuente,  
»Mereciera jamás, de gente en gente,  
»En esta de dolor mansión oscura.

XIV.

»En sombras de pecado  
»Nacido al mundo, el tenebroso velo  
»De la ignorancia rompe desalado,  
»Y remontando el atrevido vuelo

»Sobre el giro del sol, el sacro alcázar  
»De la verdad sorprende en su alto asiento.  
»Y allí, henchido de Dios su pensamiento,  
»Vuelve á la tierra impía,  
»Rico de ciencia y de saber divino,  
»Que derramó su genio peregrino  
»Del negro error sobre la noche umbria.

»Así, tras nube infausta y pavorosa,  
»Que cubre el cielo y la montaña erguida  
»Brilla, tal vez, la vuelta apetecida  
»De Febo en la alta esfera,  
»Huyendo allí la tempestad medrosa  
»Al asómar su rubia cabellera.  
»Y mereciólo así:

que el temor santo

»De Dios por siempre ha sido  
»El principio inmortal (*r*) de toda ciencia; .  
»Y él miró y adoró su Providencia,  
»De temor poseído,  
»Ora se arme de amor, ora de espanto.

»Él temió á Dios, cuando en el mar profundo  
»Medroso brama, y cuando su airado aliento

---

(*r*) *Initium sapientiæ, timor Domini, Eccli. capit. 1. v. 18.*

»Ruje en la tempestad; cuando enojado  
»Tal vez cabalga el desatado viento;  
»Y temió por el mundo,  
»Cuando retumba el fragoroso trueno  
»Ensordecido el valle y el collado,  
»Al rasgar de la nube el hondo seno.  
»Temiera, en fin, cuando la diestra mano  
»Del Padre Omnipotente,  
»Al sacudir el eje diamantino  
»De entrambos polos, la tendida tierra  
»Estremece en su asiento soberano,  
»Para terror de la precita gente  
»Que provocara su furor divino,  
»Al profanar su ley turba insolente.

»Nunca, empero, turbada  
»Fuera jamás su calma venturosa;  
»Magister que fueron en su dulce pecho  
»Temor y amor. La colorada rosa,  
»Por todos aclamada  
»Reina del valle en su pintado lecho,  
»Hízole amar la divinal belleza  
»De su Hacedor; y el ave su armonía;  
»Y el blanco lirio su inmortal pureza;  
»La mar su inmensidad; y su hermosura,  
»Su poder y su gloria

»Los orbes todos que su Dios regía  
»Con pompa y majestad.

En su memoria

»Hallaba, y en su amor la donosura  
»Del huerto ameno y de la flor gayada,  
»Orgullo del pensil: la selva umbría  
»Sin cesar repetía  
»La voz del ruiñeñor en la ramada;  
»Y el manso arroyo que la luz febea  
»Riela en su cristal, clara y hermosa,  
»Le revela su amor cuando serpea  
»Por el vergel y la pradera umbrosa.  
»Así temor y amor su alma inundaron,  
»Y de la ciencia al templo le guiaron.

»Y hora contempla el busto esplendoroso  
»De ese genio divino,  
»Y díme si en tu pecho generoso  
»Sientes acaso de tu gran destino  
»La inmensa dulcedumbre  
»Y el peso celestial.» Dijo: y su frente (34)  
Inclinó reverente  
Ante el héroe glorioso,  
Que respondió en su humilde mansedumbre  
A la sábia beldad de esta manera:  
«Ilustre vírgen del celeste coro,

»Que del trono de Dios la clara lumbre  
»Ves sin cesar en su gloriosa esfera,  
»Y de la ciencia el inmortal tesoro  
»Te plugo revelarme; el rostro al suelo  
»Y mi frente en el polvo sepultada,  
»Yo me postro ante tí: que en tu presencia,  
»Para mí siempre augusta y bienhadada,  
»Yo no sé hablar; y por la vez primera  
»Voy á soltar mi lengua balbuciente,  
»Y á revelarte el escondido anhelo  
»Que se agita en mi mente,  
»Porque así plugo al bondadoso cielo.

»Yo nada sé: pero tal vez pudiera  
»Llegar un tiempo en que, por tí inspirado,  
»Lanzára audaz mi alado pensamiento  
»Por las moradas de Sion, y henchido  
»De ciencia y de verdad, todo arrobado  
»En tu seno inmortal siempre amoroso,  
»Hendiera el firmamento,  
»Del mundo abriendo á la mansion postrera  
»El alcázar lumbroso  
»De aquel Dios escondido,  
»Que Atenas adoró, mal de su grado,  
»Bajo el nombre de un Dios desconocido,

»Que anunció Sáulo (s) á la asombrada Atenas  
»Y á los sabios del Pórtico orgulloso,  
»Que él confundió en el estadio, airoso.

»Que ardió en mi pecho abrasadora, un día,  
»El ánsia de saber. Y desatada  
»Del cuerpo vil mi aprisionada mente,  
»Tal vez volára al Atica famosa,  
»Y á Delfos dó Piton su culto infando  
»Recibe, reverente,  
»Fuera yo pavorido contemplando.  
»Y allá dó Osír su religion impia (55)  
»Tiene; y á donde Ormuzd, en pugna ardiente  
»Con Ahriman por la verdad amada, (56)  
»Se agitan con furor; dó la India hermosa  
»Adora á Brahma, por su mal creido;  
»Y á donde, en fin, la populosa gente  
»Del gran Catay sus dioses infernales  
»Evoca de la tumba, y culto odioso  
»Rinde á Koung-faz, y á Jehová perdido (57) (58)  
»Del tiempo entre las sombras sepulcrales,  
»Viera yo con horror, estremecido.

(s) Præteriens enim, et videns simulacra vestra, inveni et aram, in qua scriptum erat: *Ignoto Deo*. Quod ergo ignorantes colitis, hoc ego annuncio vobis. *Act. cap. 17. v. 23.*

»Todo á mi vista, si á mi Dios querido  
»Aplace así, el escondido arcano  
»De la verdad ruinosa  
»Revelará, y mi espíritu enriquecido  
»Con sus bellos despojos, luz preciosa  
»Que el paganismo en su sepulcro encierra, (39)  
»Les prestará el generoso aliento  
»Que tú me inspiras, y del polvo insano  
»Suscitará á la vida el pensamiento  
»De Dios, oscurecido,  
»Que, infiel, adulteró el mundo pagano  
»En el revuelto error y en el olvido.

»Oh! si me fuera dado  
»Retroceder al tiempo venturoso,  
»En que el negro pecado  
»Aun no estendiera el manto tenebroso  
»Del error sobre el mundo; ni maldita  
»Fuera por Dios aun la humana gente  
»Que, execrada y precita,  
»Cual cometa siniestro, el ancho espacio  
»Fugaz recorre en su infeliz destino.  
»Mas, si á tanto no alcanza  
»Mi poder y mi ciencia,  
»Lloraré al menos la perdida herencia  
»De aquel Eden divino



»Que presenció la celestial venganza  
»Provocada, ay de mí! por el sér triste,  
»Que anubló la verdad en la ancha tierra  
»A la raza de Adan, y en su camino  
»De un crimen primordial la enseña viste,  
»Que á la ciencia resiste  
»Y al bien declara espantadora guerra.

»Lloraré sí, y el resplandor divino  
»De la verdad preciada y sin mancilla  
»Buscaré sólo en la abrasada cumbre  
»Del Sinay, dó aterradora brilla  
»La majestad de Dios. Allí la lumbre  
»Veré ¡ay de mí! que al pueblo peregrino  
»Iluminó su tenebrosa mente,  
»Al fulgor de los rayos fragorosos  
»Que arrojó el cielo á la montaña ardiente.

»Allí veré el destino  
»Del hombre y los arcanos pavorosos  
»De su escondida mente;  
»Y á la luz celestial que en la alta frente  
»Brilló de Moysés, la triste historia  
»Y el génesis del mundo  
»Podré leer; y el horroroso estruendo  
»De las iras de Dios en mí memoria

»Recordaré con estupor profundo.  
»Y allí del vicio horrendo  
»Veré la fealdad, y al grande abismo  
»Su paso vencedor dar en la tierra,  
»Anegando en sus aguas espantables  
»Á los precitos (t) que en su seno encierra.  
»Y viera yo asimismo  
»Las aguas eritreas  
»Alzarse reverentes,  
»Y abrir su seno (u) en alas formidables  
»Á las tribus hebreas,  
»Para dar paso enjuto á los creyentes,  
»Y desplomar despues su onda bravía  
»De Faraon sobre la hueste impía.

»Y viera yo tambien de roca dura  
»Saltar hermosa y cristalina fuente,  
»Para aplacar la sed devoradora  
»Del pueblo fiel en arenal ardiente.  
»Y viera andar la nube guiadora,  
»Clara en la noche y para febo oscura,  
»Ante las bellas tiendas numerosas  
»De Jacó; y con asombro

(t) Cumque vidisset Deus terram esse corruptam.. dixit.. Ecce ego adducam aquas diluvii super terram. *Genes. cap. 6. vv. 12. et 17.*

(u) Stetit unda fluens: congregatæ sunt abyssi in medio mari. *Cánt. Moy. Exod. 15.*

»Viera yo de los cielos apiadados  
»Llover en noche umbría  
»El nectar celestial y la ambrosía,  
»Que hartó las muchedumbres quejumbrosas  
»Traves de los desiertos apartados,  
»Sólo, tal vez, franqueados  
»Á la fiera espantable  
»Que cruza aquellos sitios desolados,  
»Al son de su rugido formidable.

»Aun del Sina brillante  
»Viera la luz, que la ribera umbrosa  
»Alumbra del Jordan, y fiera inspira  
»Al vate de Israel su voz tonante  
»Contra la infiel Salen.

Y ví llorosa

»Á la hija de reyes,  
»Que, en larga edad, el universo admira,  
»Roto su cetro y desceñido el manto,  
»Marchar despues al cautiverio odioso,  
»Sin ara, sin hogar, sin patrias leyes,  
»Bajo el furor de la celeste ira  
»Que, por su mal, el aquilon rugiente (60)  
»Con aliento impetuoso,  
»Trajo en sus alas al Cedron medroso.  
»Y aun me parece oír el son doliente,

»Y los suspiros de sus arpas tristes,  
»Al recordar en su infeliz memoria  
»La amancillada gloria  
»De Sion y su templo refulgente,  
»Bajo el sauce sombrío (v)  
»Que baña raudo el babilonio rio.

»Y ¿será que, por siempre, el cielo airado  
»Contra su pueblo, el yugo vergonzoso  
»Le haga sufrir de incircuncisa gente;  
»Y no verá su templo al Deseado  
»Que ha de venir, ni el esplendor glorioso  
»Volverá de su culto en el oriente?  
»Volverá, sí: y el tiempo  
»Será, en que Dios, cual ave (x) sus polluelos  
»Cobija tierna en su amoroso seno,  
»Congregará en Sion las dispersiones  
»De su Israel, y cesará la triste  
»Hórrida esclavitud en la ancha tierra; (64)  
»Y callará del vate el ronco treno,  
»Y el mundo callará, y la cruda guerra  
»Al orbe en paz dejando,  
»Convertirá en arado el hierro infando.

(v) Super flumina Babilonis, illic sedimus et fleuimus; cum recorda-  
remur Sion. *Psalm.* 136.

(x) Jerusalem, Jerusalem... quoties volui congregare filios tuos, que-  
madmodum gallina congregat pullos suos sub alas... *Math. cap.* 23. v. 37.

»Y será entonces el esperado instante,  
»En que, al fulgor de la celeste esfera,  
»Aparezca en Sion la luz del mundo.  
»Y la verdad velada  
»Su divino semblante  
»Mostrará, al fin, en tan dichosa era  
»Al universo. En ella su morada  
»Hará mi mente, y del error inmundo  
»Huirá siempre ante la faz hermosa  
»Del Verbo-Dios, que en frágil envoltura  
»Se reveló en Salen clara y lumbrosa  
»Á toda criatura;  
»Y en su palabra el tenebroso suelo  
»Pudo ver la verdad hija del cielo.

»Piedra (*y*) angular, divina,  
»Del sacro altar, donde la llama pura  
»De la ciencia inmortal arde y se eleva  
»Al Padre Dios, desde la tierra oscura,  
»Yo anidaré mi alado pensamiento  
»En esa roca dura, (62)  
»Donde los siglos que rodando lleva  
»El sol en su carrera arrebatada,  
»Estrellarán sus hondas fugitivas,

(*y*) Hic factus est in caput anguli. *Math.* 21. v. 42. *Marc.* 12. v. 10.  
*Luc.* 20. v. 17.—Ipsò summo angulari lapide Christo Jesu. *Ephes.* 2. v. 20.

- »Siempre inmutable el eternal cimiento
- »De la verdad.

En hora malhadada

- »El orco armó sus huestes primitivas
- »Contra la luz que el Gólgota sangriento
- »Reflejó sobre el mundo: en vano el hombre
- »Se asociará á Satán y á sus legiones,
- »Para apagar el esplendor divino
- »Del Verbo celestial: que su alto nombre
- »Será adorado entre la humana gente,
- »Hasta que el orbe, en su infeliz destino, (65)
- »De su ruinoso fin las convulsiones
- »Sienta, y en su agonía
- »Se hunda en el polvo la soberbia frente
- »De los imperios todos, y la arpia
- »Del error huya al báratro, impotente.

XV.

- »Oh! vive, sí, en mi mente, verdad santa!
- »Y eterna execracion al hombre sea,
- »Que ose tus aras bellas
- »Amancillar con su asquerosa planta;
- »Y huyan los rayos de la luz febea
- »De mis ojos, y el cielo y sus estrellas

»Nieguen su luz desde la etérea cumbre,  
»Antes que tu la bienhadada lumbre  
»Del sol divino á la tendida tierra  
»Ocultes ¡ay! tras pavoroso velo;  
»Y abandones al hombre, sin ventura,  
»En la region oscura  
»De la impiedad que su desdicha encierra.

»Mas no será: que los raudales puros  
»De la Verdad y del saber divino  
»Inundarán al mundo, y toda gente  
»En los siglos futuros  
»Posará sólo su mirada ardiente  
»Sobre el monte Sion, (z) dó brilla hermoso  
»El astro esplendoroso  
»De su esperanza y celestial destino.  
»Quien ¡ay! de los mortales  
»No columbró, tal vez, en sus ensueños  
»Esa lumbre de Dios que niega, insano,  
»Allá en sus bacanales  
»El sibarita cenagoso; en tanto  
»Que le sorprende en sueños  
»Con medroso pavor y hórrido espanto?  
»¿Quién no tembló de hallarse en la presencia

(z) Et erit in novissimis diebus preparatus mons domus Domini... et elevabitur super colles, et fluent ad eum omnes gentes. *Isai. cap. 2. v. 2.*

»De su propia conciencia,  
»Ante esa luz, á quien se cierra en vano  
»El paso al corazon y al hondo arcano  
»De la vida interior? Yo ví al impío  
»Estremecerse en solitario lecho,  
»Cuando el rayo de Dios hirió su pecho  
»É iluminó su porvenir sombrío.

»Por esa luz y su divina senda  
»Fueron los sabios (aa) que en el mundo han sido;  
»Y si el cielo piadoso, en dulce prenda  
»De su amor, me otorgára el don precioso  
»Del saber inmortal, yo, agradecido,  
»Buscára las corrientes  
»De la verdad por la anchurosa tierra;  
»Y recogiendo fiel los hilos de oro (64)  
»Que esparcieron dó quier las claras fuentes  
»De la ciencia de Dios, y enriquecido  
»Con tan bello tesoro,  
»Al crudo error inaplacable guerra  
»Hiciera acaso en los futuros tiempos.  
»Y fuera quizá entónces,  
»Que saturada de la verdad mi mente,  
»Alzárale un altar y una ara hermosa,

(aa) Qui sequitur me ambulat in tenebris. Joan. 8. v. 12.



»Donde esculpiera en eternos bronce  
»Su bella faz y su inspirada frente,  
»La sien ceñida de su luz radiosa.

»Oh! si la ciencia luego  
»Me otorgára este don, acaso, un día,  
»Alzára yo sobre la tierra impía  
»Una inmensa pirámide de fuego, (65)  
»Que estribando en la idea  
»De Dios, perdiera el vértice lumbroso  
»En el empíreo, y á la luz febea  
»Eclipsára tal vez el rayo ardiente  
»De la verdad que, desde el almo cielo,  
»Iluminára el plan que acá en mi mente  
»Bulle y se agita con hervor profundo,  
»Cual hondo mar que tiende poderoso  
»Á desbordarse sobre el ancho mundo.

»Que de un númen supremo  
»Sintiera yo inspirado el pensamiento,  
»Y en alas del saber al firmamento  
»Remontando mi vuelo,  
»Tal vez leyera allí el profundo arcano  
»Del Sér divino y las eternas leyes  
»Que presiden al sólio soberano  
»De mi Hacedor. Y, por acaso, viera

»Tras velos misteriosos  
»Á Jehová en la montaña (*bb*) santa  
»De su Divinidad.

Ah! si me fuera

»Dado el mirar los rayos luminosos  
»Del Sol eterno, y con ligera planta  
»Tregar á la eminencia  
»Donde el Verbo inmortal la clara ciencia  
»Bebe del Padre, y la perenne (*cc*) llama  
»Del mútuo Amor, abrasadora, ardiente,  
»Brilla, sin fin, y para siempre inflama  
»Del Infinito el seno refulgente! (66)

»Tálamo sacrosanto  
»Del soberano Sér, templa un momento  
»Tu luz inaccesible y tus fulgores  
»Á mi flaca vision. Y deja, en tanto,  
»Que mi audaz pensamiento,  
»Estática de amor el alma mia,  
»Pueda ver sin espanto  
»En su trono inmortal los resplandores  
»De tu Sabiduría  
»Y las riquezas de su alcázar santo.

(*bb*) In monte sancto ejus. *Psalm.* 47. v. 2.

(*cc*) Tres sunt qui testimonium dant in celo: Pater, Verbum, et Spiritus Sanctus; et hi tres unum sunt. I. *Joan.* cap. 5. v. 7.

»Que ardió en mi mente oscura  
»Del saber claro el generoso anhelo,  
»Y abominando la mansion impura  
»Del vicio y del error, al ancha tierra  
»Pedí la ciencia y á la mar salada;  
»Y huyendo, raudo, el suelo,  
»Tal vez volaba á la radiante esfera  
»De los astros divinos,  
»Para beber su lumbre bienhadada  
»É interrogar al mundo sus destinos.  
»Mas nada ¡oh Jehová! nada en el mundo  
»Ansió tanto mi mente,  
»Como lanzarme con amor ardiente  
»De tu divino Sér al mar profundo.

»Que allí tan sólo viera  
»Toda verdad con estupor mi mente;  
»Y allí sólo pudiera  
»Brotar de la honda nada (67)  
»El universo, á su querer divino,  
»Cuando su voz potente,  
»En alas de su amor arrebatada,  
»Llamára al mundo al inmortal destino  
»De su existencia. Entonce  
»Fuera tambien, que el Padre soberano  
»Mandára, al punto, á la tiniebla umbría

»Huir del caos con su horror insano;  
»Y dijera, por fin, que «la luz sea»  
»Sobre la noche impía,  
»Y fué la luz (*dd*) en la region febea.

»Oh! quien pudiera, en tan feliz momento,  
»Ver salir de la mano poderosa  
»Del Hacedor los orbes centellantes  
»Que bañan en su luz el firmamento;  
»Y á la falanje hermosa  
»De los ángeles bellos (68)  
»Leda cruzar los mundos fulgurantes  
»Del éter celestial! Quien, á par de ellos,  
»Pudiera ver las bases inmortales  
»En que Dios colocára el firme asiento  
»Del vasto mundo y la pesada tierra!  
»Y cual dijo á la mar y á su onda brava:  
»No pasarás de aquí: tú eres mi esclava» (*ee*)  
»Y allí sus iras, cual fatal cadena,  
»Aprisionó la movediza arena.

(*dd*) Dixitque Deus: Fiat lux. Et facta est lux. *Genes. cap. 1. v. 3.*

(*ee*) Usque huc venies, et non procedes amplius, et hic confringes tu-  
mentos fluctus tuos. *Job. cap. 38. v. 11.*

XVI.

»Bello es el sol, hermosas las estrellas,  
»Y rico asaz el mundo engalanado  
»Por la mano de Dios. Las pompas bellas  
»Del verde prado y del Eden florido  
»Inundan de placer mi pecho ardiente,  
»Que suspira latente  
»De la eternal belleza enamorado.  
»Y viera yo que la inmortal natura (69)  
»Del universo, esplendida morada  
»Era no mas de un rey desconocido  
»Que aun no existe en la tierra: era del hombre  
»La mansion encantada,  
»Y el regio alcázar de su sér divino;  
»Y el hombre fué, (ff) en su primer destino,  
»El monarca del mundo,  
»Mientras, fiel á su Dios, su santo nombre  
»Honró y amó de corazon profundo.

»Mas ay! que el orbe, impío  
»Tornóse, al fin, por el orgullo insano  
»De Satán y del hombre, que al Eterno  
»Osaron presto, en el horror sombrío

---

(ff) Et creavit Deus hominem ad imaginem suam. *Genes. 1. v. 27.*

»De su soberbia, el cetro soberano  
»Usurpar, y cual dioses inmortales  
»Proclamarse.... Insensatos! El averno,  
»Mansion de horror y espanto,  
»Fué su destino en tan aciaga hora;  
»Y su impiedad, cual ominosa mancha,  
»Su faz siniestra ensancha (70)  
»Por cielo y tierra, oscureciendo triste  
»Del mundo la belleza encantadora,  
»Que de luto y horror entónces viste,  
»Y al orbe endecha en su letal quebranto,  
»Con voces tristes y abundoso llanto.

»Velóse el sol, y funeraria luna  
»Alumbró tristemente  
»Del mísero mortal la infausta cuna,  
»Que meciera Satan en el oriente.  
»Negros nublados la fugaz centella  
»Iiende en el éter: la pintada aurora  
»Hermosa, un tiempo, cuando Dios quería,  
»Perdió su rosicler, y la flor bella,  
»Triste y marchita agora,  
»Llora violada en la pradera umbría.

»¡Oh Padre celestial! ¡Oh Padre Excelso!  
»Padre amoroso! En malhadada hora,

»El hombre osó tu nombre soberano  
»Ajar, y una tan sola  
»De tus leyes violar su pecho insano.  
»Oh! sí: fuérale dado  
»No haber nacido, ni la luz hermosa  
»Mirar del sol, y el útero (*gg*) materno  
»No haber dejado hasta el sepulcro frío,  
»Antes que el pecho impío  
»Abriera al mal y al hórrido pecado,  
»Aborto del infierno,  
»Que amancilló tu nombre sempiterno.

»Y no será, buen Dios, que á tanta cuita  
»La humanidad precita  
»Halle remedio, y que tu amor hermoso  
»Tome dulce venganza  
»De tanto mal, el corazon bondoso  
»Abriendo al hombre, y de su dicha, un día,  
»Dando á su fe la célica esperanza?  
»Oh! sí: que tu Hijo amado  
»Ofrécese (*hh*) propicio  
»Á redimir al mundo, y del pecado  
»Triunfará, al fin, y de la hueste impía

(*gg*) Quare de vulva eduxiste me? Qui utinam consumptus essem, ne oculus me videret. Fuissem quasi non essem, de utero traslatus ad tumulum. *Job.* 10. vv. 18. et 19.

(*hh*) Oblatus est quia ipse voluit. *Isai.* cap. 53. v. 7.

»Que en su envidia y furor del orco horrendo  
»Le arrastrára, infeliz! al precipicio,  
»Dó cayera Luzbel con ronco estruendo.

»Entonces fuera, cuando,  
»Atraves de esa aurora,  
»Siguiera yo del hombre el gran destino,  
»Y estudiára en su sér las huellas tristes (71)  
»Del pecado nefando  
»Que le estraviára en su fatal camino,  
»Y que hoy aún la sociedad deplora.  
»Yo ví en su corazon el vicio inmundo  
»Nacer, crecer, y desbordarse fiero,  
»Cual hinchado torrente,  
»Que arrastra bramador al mar profundo  
»Cuanto se opone á su feroz corriente.  
»Y viera yo las tenebrosas sendas,  
»Por donde el mal lijero  
»Corre, y se esconde, y desalado vuela;  
»Ó bien, procaz, las malhadadas riendas  
»De sus pasiones lúbricas, impías,  
»Por el campo vedado, torpe anhela  
»Soltar sin freno en públicas orgías.

»Oh! y cuanto mal la saturada tierra  
»Anida en sus entrañas! Negro velo



»Corriera yo á la fatal memoria  
»De sus nefandos crímenes, si al cielo  
»Fuera dado ocultar su horrenda historia,  
»Y el mal profundo que en su seno encierra.  
»Oh Roma! Oh Grecia! Oh Babilonia altiva!  
»Imperios todos, bárbaras naciones,  
»Y sociedades cultas, que á la arpía  
»Del vicio y del error torpes altares  
»Consagrásteis dó quier. ¿Porqué destino  
»Hoy no son yá los hórridos blasones,  
»Ni el polvo aún de los soberbios lares  
»Que escándalo y terror al orbe fueron?  
»Cayeron, sí: rodaron  
»De su cenit con fragoroso estruendo,  
»Al soplo airado del furor divino;  
»Y consigo arrastraron  
»La eterna execracion y el odio horrendo  
»De las edades todas que pasaron. (72)

»Mas vendrán otros siglos,  
»Que á la presente edad tambien severos  
»Juzguen, y el mundo, en sucesion constante,  
»Verá marchar la humanidad precita  
»Por los tristes senderos  
»Del negro error, que guardan los vestiglos  
»De Satanás y su legion maldita.

»Y en tan horribles pavorosas sombras  
»Que en la faz de la tierra  
»Estendiera el pecado, oh Dios clemente!  
»¿No habrá virtud ni ley? ¿no habrá varones (75)  
»Que, allá desde el Eden, á tí tan sólo  
»Sirvan y adoren con amor ardiente,  
»Henchidos de tu fe sus corazones?  
»Oh! sí: que la (ii) esperanza  
»De un Salvador futuro  
»Alijera voló de polo á polo;  
»Y engendró justos que en feliz bonanza  
»Anduvieron dó quier por los caminos  
»De su corazon puro,  
»Y hallaron en el cielo altos destinos.

»Yo ví, yo ví cómo la virtud santa  
»Nació en su seno pura,  
»Y en ramas mil, cual vigorosa planta,  
»Se dividió, y sus frutos sazonados  
»Diera despues sobre la tierra impura.  
»En ella bienhadados  
»Se inspiraron los genios inmortales,  
»Que, en todo tiempo, ante las aras bellas (74)  
»Del Verbo-Dios la iluminada frente

(ii) Et ipse erit expectatio gentium. *Genes. 49. v. 10.*

»Doblaron, y su nombre á los mortales  
»Dieran á conocer con celo ardiente,  
»Cual ángeles enviados  
»Á la tierra y al mundo,  
»Para elevar su faz del polvo inmundo.

»No, empero, fuera dado  
»Al hijo del pecado  
»Tornarse (*jj*) en dios, y de la baja tierra  
»Elevarse hasta el cielo,  
»Si alguna luz su pensamiento oscuro  
»No iluminára, y con secreta mano  
»El Padre soberano  
»No ablandára, tal vez, su pecho duro,  
»Siempre apegado al miserable suelo.  
»Por eso las corrientes (75)  
»De Dios y de su gracia poderosa  
»Regaron siempre el corazon insano  
»De los hijos de Adan, que su alma triste  
»No endurecieron ay! en los caminos  
»De la maldad, y á las divinas fuentes,  
»Que de su corazon la tierra hermosa  
»Bañan fecundas, con tenaz porfía,  
»No cerraron, tal vez, la oculta vía.

(*jj*) Ego dixi: dii estis, et filii Excelsi omnes. *Psalm.* 81. v. 6.

»Oh! quién pudiera tanto,  
»Que, allá de Dios las escondidas sendas,  
»Por donde su amor santo  
»Conduce siempre el hombre á su destino,  
»Viera tal vez; y viera  
»De su bondad las amorosas tiendas  
»Abrirse al flaco y triste peregrino  
»De su destino en el dolor profundo!  
»¡Quién de la fe, y la esperanza hermosa (76)  
»Viera el rayo feliz que al ancho mundo  
»Iluminára; y las eternas leyes  
»Que impuso el alto cielo  
»Á la razon y á la moral del hombre (77)  
»En esta del dolor mansion umbrosa!  
»Mas ya en Sion el adorado nombre,  
»Espectacion del suelo,  
»Resonó, al fin, y de su monte santo,  
»Cruzando los collados eternos,  
»Bajó (kk) el Verbo de Dios al cerco frio  
»De la tierra, que en triste servidumbre  
»Tuviera á los mortales,  
»Desde el Eden y su pecado impío.

»Dios, cómo el Padre, y de su Amor herido  
»El Verbo personal, el Hijo amado

(kk) Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis. Joan. 1. v. 14.

»Humillóse ante el mundo, y revestido  
»En traje de pecado  
»Apareció en la mitad (II) del tiempo,  
»Cómo el libertador del hombre esclavo. (78)  
»El cielo, el mar y la tendida tierra  
»Pudieron dar, y dieron testimonio  
»De su presencia y celestial doctrina,  
»Que al pecado y al mal eterna guerra  
»Hizo y hará hasta la airada ruina  
»Del universo....

»Oh templo! Oh sacerdocio!

»Oh Vates de Salen! cesad, un dia,  
»De plañir la tardanza  
»Del que habia de venir. Mi fantasía  
»Me eleva hora á Belen, hora á la cumbre  
»De Sion, la famosa,  
»Y desde allí contempla la esperanza  
»De los siglos cumplida. Oh! si la hermosa  
»Ribera del Jordan, la clara lumbre  
»Del glorioso Tabór, y las orillas  
»De Teberiade, y la veloz corriente  
»Del gran Cedron, testigos inmortales  
»De tantas maravillas

(II) In medio annorum notum facies: cum iratus fueris, misericordiam recordaberis. *Habac. cap. 3. v. 2.*

»Me fuera dado ver!

Libano escelso!

»Huerto sagrado! dó la triste oliva

»Viera correr de su divina frente

»La sangre brotadora; sierra altiva!

»Dó tremoló la enseña bienhadada

»Del vencedor *(mm)* del mundo!... Ah! si á mi mente

»Un rayo solo de la luz divina

»Que irradiara esos sitios venturosos,

»Descendiera! Tal vez, arrebatada,

»Los orbes luminosos

»Viera eclipsarse *(nn)* ante la muerte impía,

»Que diera á su Hacedor turba insolente,

»En su furor y cólera bravía.

»Murió el Verbo de Dios.... Misterio santo!

»Que tras del velo oscuro

»De natura te ocultas, y en el hombre

»Salvas al hombre y su inmortal destino,

»Deja que yo á la region del llanto

»Revele de tu amor el plan divino;

»Y como el suelo impuro

»Cambió su faz horrenda y tenebrosa

»Ante la cruz hermosa

*(mm)* Qui vincit mundum. *Joan.* 5. v. 5.

*(nn)* Et obscuratus est sol. *Luc.* 23. v. 45.

»Que derribo dó quier las negras aras  
»Del impío Satan. Deja, que el vuelo  
»Mi esritu remontando  
»Sobre el tiempo fugaz á la alta esfera,  
»Comtemple allí estasiado  
»La obra inmortal del Redentor del mundo;  
»Y como fué, que, en su amoroso anhelo  
»Yendo á su Padre amado,  
»Quedara, al par, en el oscuro (*ññ*) suelo,  
»Por un misterio de su amor profundo.

»Apóstoles divinos,  
»Que la mision y el sacerdocio santo  
»Del nuevo templo, en bienhadada hora,  
»Recibísteis de Dios y de su Cristo,  
»Decid, cual peregrinos  
»Recorristeis la faz aterradora  
»Del orbe ciego; en tanto  
»Que, á vuestra voz, las saltadoras (*oo*) fuentes  
»Del Salvador en la anchurosa tierra  
»Brotaron, y la gracia sus corrientes  
»Manó dó quier en límpidos raudales,  
»Bajo los sacros velos inmortales  
»Que el nuevo altar en su destino encierra.

(*ññ*) Ecce ego vobiscum cum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi. *Math.* 28. v. 20.

(*oo*) Haurietis aquas in gaudio, de fontibus Salvatoris. *Isai.* 12. v. 13.

» Como el yermo arenoso,  
» Que, lejos del raudal, siempre agostado,  
» Sólo abrojos y espinas punzadoras  
» Produjo; si la mano diligente  
» Del labrador, tal vez, riego abundoso  
» Le envía del torrente,  
» Que le brinda sus aguas corredoras,  
» Verdece al punto, y tórnase alfombrado  
» De flores y de mieses  
» Que serán de oro en los estivos meses,  
» Y le darán su fruto sazonado;  
» Así el mundo perdido,  
» Desde el Eden umbroso,  
» En el estéril yermo del pecado,  
» Al crimen sólo y la impiedad fecundo,  
» Su seno ¡ay Dios! abriera el fementido.

» Mas, al correr las fuentes desatadas  
» De la sangre de Dios al suelo inmundo,  
» Abrióse al hombre el manantial profundo  
» De su divino amor, y anchas corrientes  
» De gracia (*pp*) celestial su impuro seno  
» Regaron, bienhadadas,  
» Y parecieron virtudes florecientes  
» Allí dó esteril se ocultaba el cieno.

(*pp*) Gratia Spiritus Sancti effusa est. *Act.* 10. v. 45.



»Divinos sacramentos! (79)

»Velos sagrados del amor hermoso,  
»Que brindais la salud, la vida, el cielo  
»Al mísero mortal, dejad que, un tiempo,  
»Inspirado en la fuente soberana  
»De vuestras gracias bellas,  
»Entregue yo á los alados vientos  
»En vuestro honor un cántico armonioso, (80)  
»Que suba arrebatado á las estrellas;  
»Y vea, en fin, sobre la tierra insana  
»Puros correr los claros manantiales,  
»Que harán brotar del aterido suelo  
»Divinas flores y frondosas plantas,  
»Dó anidarán, cual aves inmortales,  
»Almas hermosas, y virtudes santas.

»En vano, en vano el huracan futuro  
»Azotará sus ramas temblorosas:  
»En vano la segur y el orco impuro  
»Troncharán ¡ay! las flores aromosas  
»Del divino vergel: con nueva vida,  
»Con mas vigor la tierra, fecundada  
»Por sangre mártir, de su seno ardiente  
»Brotará nuevas plantas, atrevida,  
»Y al mundo en derredor las ramas bellas,  
»Que siempre alimentó raudal divino,

»Estenderán su sombra bienhadada,  
»Protegiendo dó quier las santas huellas  
»De la virtud, y su inmortal destino  
»Contra el furor del dios capitolino.

»Vencísteis, sí: varones inmortales!  
»Vírgenes puras, mártires gloriosos!  
»Vencísteis (qq) á la tierra. Allá plantados,  
»Cual árboles frondosos,  
»Cabe los cristalinos manantiales  
»Del Salvador, por vuestra fe preciosa  
»Y por su amor, los reinos malhadados  
»De la impiedad, y al paganismo horrendo  
»Dó quier vencísteis, sí... ¡Guay del tirano,  
»Qué osó manchar su mano criminosa  
»Con vuestra sangre pura! El ronco estruendo  
»Escucho, ya, de su poder impío,  
»Que se derrumba con fragor insano  
»Al averno sombrío,  
»Bajo el furor del cielo soberano.  
»Y vosotros, en tanto, palma hermosa,  
»Verde laurel y mirto floreciente,  
»Ceñid en el empíreo (rr) á vuestra frente.

(qq) Sancti per fidem vicerunt régna, operati sunt justitiam, adepti sunt repromissiones. *Heb.* 11. v. 33.

(rr) Et cum apparuerit princíps... percipietis immarcescibilem gloriæ coronam.

XVIII.

»Tal es la ley moral, tal el destino  
»Providencial del mundo.  
»En tanto el orbe sea;  
»En tanto el hombre hienda, peregrino,  
»Las edades, y el mal se cierna inmundo  
»Sobre la tierra; el justo  
»Será siempre el espectro temeroso  
»Del criminal, que hasta la luz febea  
»Teme; y que solo estima su ventura  
»Eliminar de Dios el nombre augusto  
»De su réprobo pecho; y que, ganoso  
»De obrar el mal sin freno,  
»Tiende á borrar en la anchurosa tierra  
»De la virtud y el bien la senda pura,  
»Para hundirse sin ley allá en el cieno  
»De las pasiones que su pecho encierra.

»Pero no triunfará. Si el cielo, un dia,  
»Por mal pecado de la humana gente,  
»Permite acaso á la falanje impía  
»De los precitos su execrada frente  
»Alzar contra las aras inmortales

»De Jehová; si la ominosa mano  
»Del tiempo airado, en malhadada hora,  
»Humilla á los mortales  
»Bajo el poder de baladí tirano,  
»Que á la virtud y á la inocencia oprime  
»A su placer, y su esplendor desdora;  
»Y si, al pasar las fugitivas ondas  
»Del tiempo, alguna vez el orbe gime  
»Só la coyunda impura  
»Del vicio y la maldad aterradora;  
»No será eterno su feroz reinado,  
»Ni eterna habrá de ser la desventura  
»De los pueblos: que Dios su airada diestra  
»Descargará, por fin, sobre el malvado  
»Reptil cenoso, que el soberbio alcázar  
»Del poder escaló en hora siniestra.

»Y si á humillar la impudorosa frente  
»Del mísero y procaz, aun no bastára  
»De su caída el pavoroso estruendo,  
»Bajo la eterna execracion del mundo,  
»Que siempre señaló con odio horrendo  
»A la pagana Roma y sus tiranos:  
«Si aún Dios no desátara  
»Todo el raudal de su furor ardiente  
»Sobre el mónstruo feroz que el orco inmundo,

»En sus odios insanos,  
»Abortó de sus antros cavernosos;  
»Vendrán, al fin, los tiempos temerosos,  
»En que la ira de Dios, atesorada  
»Por luenga edad en la celeste esfera,  
»Llamará á juicio ante su faz severa  
»Á la estirpe de Adan desventurada,  
»Para fallar el postrimer destino  
»Del justo y pecador (ss) con fiel divino.

»Oh! sí: pueblos mortales!  
»Pueblos de un dia, en la veloz corriente  
»Del fugitivo tiempo arrebatados,  
»La eternidad espera á sus umbrales  
»Vuestra llegada. Por bastados siglos  
»Prevaricado habeis: hartas maldades  
»Llenaron ya de la precita gente  
»La copa y la medida; y ya llegados  
»Son los dias (tt) de espanto y de tristura,  
»En que las sociedades,  
»Desde el Eden lloroso confundidas,  
»Van á formar sobre la tierra oscura  
»Dos opuestas ciudades,

(ss) Qui reddet unicuique secundum opera ejus. *Roman.* 2. v. 6.

(tt) Ululate, vœ, vœ diei: quia juxta est, et appropinquat dies Domini.  
*Ezechi.* 30. vv. 2, et 3.

»En triste apartamiento divididas,  
»Que Dios separará con mano fuerte,  
»Para anunciarlas su futura suerte.

»Ciudad de Dios! y tu, ciudad del hombre!  
»Justos atribulados!  
»Víctimas ¡ay! del miserable ateo  
»Que aborreciera siempre vuestro nombre:  
»Y vosotros, malvados,  
»Que allá esquivando el resplandor febeo,  
»El crimen maquináis, y á la inocencia  
»Tendeis los lazos de su infausta ruina;  
»Llegará el tiempo, sí, que el cielo justo  
»Vengará á la virtud siempre oprimida  
»Por tanta iniquidad, (*uu*) y el cetro augusto  
»Del soberano Juez su ley divina  
»Hará triunfar del pecador aleve,  
»Que á la virtud escarnecer se atreve.

»No siempre había de ser que el hombre impuro,  
»De corazón avieso y depravado,  
»La ley imponga en este suelo oscuro  
»Al varón justo en la virtud probado.  
»Ni siempre fuera dado

---

(*uu*) Tu Domine deridebis eos. *Psalm.* 58. v. 9.

»Á la procacidad y á la impudencia  
»Triunfar de la inocencia,  
»De la infame pasion al trance duro:  
»Que si en el tiempo del gozar mentido,  
»Acaso el fementido  
»El triunfo alcanza del placer insano,  
»Caerá, al fin, del cielo soberano  
»Sobre su frente (vv) el anatema horrendo,  
»Y las iras de Dios con rudo estruendo.

»Oh, si mi vista en los futuros tiempos  
»Pudiera penetrar! Entonces viera  
»Las horrendas señales pavorosas  
»Que anunciarán al espantado mundo  
»Su triste fin, y de su edad postrera (81)  
»La horrible convulsion, y su agonía.  
»Siniestras sombras cruzarán medrosas  
»Del firmamento en la estension vacía,  
»Y los astros (xx) sus discos sanguinosos,  
»Cual crinados cometas malhadados,  
»Con giro incierto en el espacio oscuro  
»Al éter lanzarán arrebatados,  
»Sia alumbrar la sociedad precita,

(vv) In furore suo conturbabit eos. *Psalm.* 2. v. 5.

(xx) Erunt signa in sole, luna, et stellis, et in terris præssura gentium, præ confusione sonitus maris. *Luc.* 21. v. 25.

»Que, libando el placer con labio impuro,  
»De su Hacedor blasfemaré, maldita.

»Mísera humanidad! Desheredada  
»De la inocencia, en el Eden perdido  
»Por sonreír á la pasión vedada,  
»Llegó tu fin. Tus crímenes horrendos  
»Subieron hasta el cielo y anublaron  
»De su esplendor la luz abriantada.  
»En vano fué, que el pecho enternecido  
»Del Padre celestial á su Hijo amado  
»Enviase al mundo, y signos estupendos  
»Anunciáran su amor á la ancha tierra.  
»En vano fué, que el orbe fementido  
»Oyese un día el acordado acento  
»De los bardos de Dios, y en alta sierra  
»Fuera su Verbo en fin sacrificado  
»Por nuestro amor.

»Y fuera

»Vano también, que, en su piedad bondosa,  
»Su ley y su doctrina,  
»Y los misterios de salud que encierra  
»Del Redentor la religión divina,  
»Nos dejara en su altar. Que si la hermosa  
»Ciudad de Dios, con fervoroso anhelo  
»Respondió siempre á los eternos fines



»De tanto amor y de clemencia tanta;  
»Si la pléyade santa  
»De los justos vivió vida del cielo,  
»Bajo el influjo y la virtud preciosa  
»De la sangre de Dios, que en los confines  
»Del oriente vertió el Verbo humanado;  
»Tambien fué, que el pecado  
»Reinó sin freno en la ciudad del hombre,  
»Que, apartado de Dios y sus altares,  
»Ultrajó siempre su adorado nombre,  
»De su existencia en los inmundos lares.

»Mas ay! que pasó el día  
»Del hombre; y el de Dios inexorable  
»Cayó, por fin, sobre la inmensa orgía  
»Del mundo, cual sudario pavoroso  
»Sobre el féretro odioso  
»De un sér, tal vez, precito y execrable.  
»Día de horror y llanto!  
»Día de ira y de letal tristura!  
»Deja, que á tí mi alada fantasía  
»Vuele, y al orbe en su mortal quebranto  
»Contémple; y luego vea  
»Al cielo, al mar y á la mansion impura  
»Del hombre en confusion revuelta, airada,

» Cual si del caos á la region velada  
» Volvieran, otra vez, sin luz febea.

» Rios de fuego abrasador, hirviente,  
» Veo no mas, y las hinchadas ondas  
» Que en el ponto bravío  
» Rebraman sin cesar, amenazando  
» Saltar la valla en su furor potente,  
» Para ser del mortal sepulcro infando  
» Y disputar su presa al fuego impío.

» Al hórrido fragor, natura bella  
» Estremecióse en su afirmado asiento,  
» Y desceñida de su régio manto,  
» Vió apagarse, por fin, su última estrella  
» Tras del crespon sangriento,  
» Que sumió al mundo en pavoroso espanto.  
» Entonces estallaron  
» Los frios polos de la oscura tierra,  
» Y en cruda lid y en espantable guerra  
» Los montes con los montes se encontraron,  
» Y abrieron ancha huesa  
» Al mísero mortal hecho pavesa.

» Mas ay de mí! que la pausada trompa  
» Resuena ya del ángel (yy) temeroso;

---

(yy) Et septimus angelus tuba cecinit. *Apoc. cap. 10. v. 15.*

» Y retumbando en los sepulcros fríos  
» Su fatídico son, hace que rompa  
» La humanidad su triste cobertura;  
» Y al valle de Cedron justos é impíos  
» Acudan ¡ay! ante su Juez glorioso,  
» Á responder de su conciencia pura,  
» Ó de su corazon negro y cenoso.

» Oh! pueblos y naciones,  
» Islas del mar, imperios dilatados,  
» Que al orbe estremecísteis en su asiento  
» Con el fragor del hierro sanguinoso,  
» ¿Dó están vuestras legiones?  
» Dónde vuestro poder? ¿dónde los hados  
» De vuestra falsa y fugitiva gloria?  
» Y ¿dónde están los bravos corazones,  
» Y el fiero orgullo, y el furor sangriento,  
» Que en vuestro pecho airado y tormentoso,  
» Tal vez alimentó efimera historia  
» Enalteciendo vuestro error odioso?

» Grande Alejandro, Cesar venturoso,  
» Pompeyo ilustre, dioses de la tierra,  
» Que al orbe de rodillas  
» Visteis á vuestras plantas, tembloroso,  
» ¿Qué sois aquí? ¿Dó están vuestras coronas?

»¿Dó de vuestro valor las maravillas?  
»¿Dónde el cetro del mundo? ¿Dó la guerra  
»Que estremció las zonas  
»De la ancha tierra, y en afan miedoso  
»Vieron pasar los siglos espantados?  
»¡Miseros de vosotros! Vuestra suerte  
»Aun os fuera dichosa,  
»Si, con los justos, á la diestra mano  
»Del temeroso Juez, allí sentados,  
»Oyérais la sentencia venturosa  
»Que les ofrece el cielo soberano,  
»Como premio divino  
»De su virtud y su inmortal destino.

»Mas, si por caso, y por desdicha vuestra,  
»Como es justo creer, con el precito,  
»Ocupais vuestro asiento á la siniestra  
»Potente mano de Jesús bendito,  
»¿De que sirvieron el valor glorioso,  
»Ni el poder, ni la fama  
»De un instante fugaz, si al orco horrendo  
»Con vuestro nombre odioso  
»Rodais, tal vez, con espantable estruendo,  
»Para ser pasto de la eterna llama  
»Que allí atormenta al réprobo furioso?  
»Oid, oid el fallo sempiterno

»Que la boca de Dios sobre su frente  
»Lanza, veloz, cual trueno fragoroso:  
«Id malditos (zz) de mí, y al fuego eterno  
»Marchad á respirar su llama ardiente.»

»Apena el rayo del furor divino  
»Hirió su ser impuro,  
»Huyen bramando á su infeliz destino  
»Los hijos de Belial que, al fuego oscuro  
»Del tártaro lanzados,  
»Y en alas de Satán arrebatados,  
»Van á encerrarse en la region del llanto  
»Para siempre jamás... Y viera, en tanto,  
»Allá en mi mente la falanje hermosa  
»De los hijos de Dios que, destinados  
»Al cielo, ocupan la derecha mano  
»De su Juez majestoso,  
»Y oyen allí con plácida alegría  
»El fallo venturoso  
»Que emanó dulce de su boca pía.

»Venid, hijos benditos  
»De mi pecho amoroso:  
»Dice Jesús, enarbolando al punto

---

(zz) *Discedite á me maledicti, in ignem æternum. Matth. cap. 25. v. 41.*

»La enseña augusta de su cruz divina:  
»Venid, benditos de mi Padre (*aaa*) amado,  
»Á poseer el reino venturoso  
»Que os está preparado,  
»Desde que di constitucion al mundo»  
»Y entonces ví del escuadron glorioso  
»La inmensa muchedumbre  
»Agitarse, á su voz, y en raudo vuelo,  
»Ceñidas á su sien coronas bellas,  
»Remontarse hasta el cielo,  
»Siguiendo de Jesús las claras huellas.

»Y ya no habrá mas tiempo...(*bbb*) Así el destino  
»Se cumplirá del mundo:  
»Tal será el fin, y el desenlace horrendo  
»De ese gran drama que el furor divino  
»Permite hoy á la ciudad del hombre,  
»Entregada al error y al vicio inmundo,  
»Que ha de rodar con temeroso estruendo  
»En el gran dia al tártaro profundo.  
»Y tal será, á la par, el fin glorioso  
»De la ciudad de Dios, á cuyo nombre  
»Dobláran su rodilla las naciones

(*aaa*) Venite benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum á constitutione mundi. *Math. cap. 25. v. 34.*

(*bbb*) Et juravit per viventem in sæcula sæculorum... quia tempus non erit ampliús. *Apoc. cap. 10. v. 6.*

»Que guardáran su fe, y en sus pendones  
»Ostentáran su cruz á la ancha tierra,  
»Y al mar tendido que en su seno encierra.

»He dicho: hé aquí el diseño,  
»El plan oscuro, y la constante idea  
»Que se agita en mi mente,  
»Cómo una inspiracion, cual aureo sueño  
»Que sonríe á mi amor. Que el cielo sea  
»Propicio al pensador que el pecho ardiente  
»Siente latir ante la hermosa ciencia,  
»Faro de su razon y existencia;  
»Y con su auxilio, en la conciencia mia,  
»Tal vez el pensamiento  
»Tomará forma y crecerá robusto,  
»Cual cedro añoso en la montaña umbría,  
»Y á la ciencia de Dios un templo augusto,  
»Fiel alzaré sobre eternal cimiento.

»Cómo en noche nubosa  
»La negra tempestad sus alas tiende  
»Sobre el cántabro mar, amenazando  
»Despedazar la temeraria quilla  
»Que velera y fugaz sus olas hiende;  
»Si el navegante hácia la costa oscura  
»Descubre alguna luz, el miedo infando

»Huye al instante de su pecho, y brilla  
»En su alma triste la esperanza hermosa  
»De su destino y salvacion futura:  
»Ó bien, cual se levanta  
»Antiguo templo en promontorio airado,  
»Para aplacar la cólera medrosa  
»Del mar que, bravo, al marinero espanta;  
»Sí, al fin, columbra el mísero cuitado  
»El santuario famoso en lontananza,  
»Mira allí su esperanza,  
»Y encuentra yá su rumbo deseado;  
»Así no mas quisiera,  
»Al cabo de este mar siempre iracundo  
»De siglos y de errores,  
»Que el tiempo arrastra en su fugaz corriente,  
»Alzar un faro, cuya luz pudiera  
»Clara estender al anchuroso mundo  
»Sus bellos resplandores,  
»Á traves del olvido; y refulgente  
»Dominar las edades,  
»Y del error las bravas tempestades»  
Dijo: y al punto ví en mi dulce sueño  
Á la dama inclinar su hermosa frente  
Ante el jóven mortal, y generosa,  
Hablóle así melíflua y gasajosa.



» Rey de la inteligencia,  
» Genio divino que en la etérea gloria  
» Te ciernes inmortal, tú eres mi esposo.  
» Hé aquí mi templo: el trono de la ciencia,  
» Y mi vida, y mi historia  
» Te pertenecen: de mi cetro hermoso  
» Compartirás la dulce pesadumbre  
» En estas soledades:  
» Que, al fin, pesa también al alma pura,  
» El saber (ccc) la tristura  
» Y la vil servidumbre  
» Del mísero mortal, y sus maldades»

Dijo: y abrióse al punto el firmamento  
Para dar paso á las falanjes bellas  
De los querubes que el celeste espacio  
Raudos hendiendo, á la terrestre esfera  
Descienden, y al momento,  
Cual movibles estrellas,  
Cubren el monte y la llanura hermosa  
Dó se levanta el encumbrado templo:  
Y allí sus arpas de oro,  
Y su lira armoniosa  
Pulsan al son del melodioso canto,

(ccc) Vidi cuncta, quæ fiunt sub sole, et ecce universa vanitas, et afflictio spiritus. *Ecclesiast. cap. 1. v. 14.*

Con que celebra el acordado coro  
El maridaje y desposorio santo.

Despues ví yo, que el jóven venturoso  
Creció cómo un gigante,  
Siendo del mundo el luminar brillante,  
Que recorrió la esfera dilatada  
De los tiempos, jamás oscurecido  
Por el error mentido,  
Que siempre huyó de la verdad preciada.  
Oráculo del orbe  
Fuera, por siempre, y los ungidos reyes (82)  
Le pidieron sus leyes,  
Y Roma su saber claro y profundo,  
Para miedo y terror del orco inmundo.

Mas ay! que el sueño hermoso  
Se tornó triste, y un celaje oscuro  
Veló mi mente. En funerario lecho  
Me parece mirar al jóven santo  
Que, al acercarse el fin y el trance duro  
De la muerte, gozoso  
Sintió latir el abrasado pecho  
En el divino amor. Cual cisne entonce  
Pensó ensayar un melodioso canto, (85)  
Que en raudos giros la amorosa llama  
De su pecho, jamás amancillado

Por el negro pecado,  
Exhala dulce y por dó quier derrama.

» ¡Oh divina Verdad! Oh luz preciosa!  
» Esclama el héroe, ¡oh! sí: ¡velada ciencia!  
» Que fuiste siempre mi adorable encanto,  
» Deja que vaya á tí; que harto gravosa  
» Me fuera ya la flébil existencia  
» Lejos de tu beldad. Tú sabes cuanto  
» He llorado tu ausencia;  
» Y como el sol hácia el ocaso triste  
» Me vió pensando en tí, y la aurora bella  
» Aun oyó mi querella  
» Cuando su albor tornasolado viste.  
» Ay! siempre habia esperado,  
» Como el favor y la suprema dicha  
» De mi vida fugaz, este momento  
» Para mí bienhadado,  
» Que, rompiendo, por tí, las ligaduras  
» De la materia odiosa,  
» Me dejará volar al firmamento,  
» Para aspirar allí las auras puras  
» Y las delicias de tu faz hermosa.

» Ay! cuan bellos serán, Verdad eterna,  
» Tus ricos pabellones!  
» ¡Cuan hermosas tus tiendas! ¡Cuan preciadas

»Tus divinas (*ddd*) mansiones!  
»En vano ¡ay triste! á la pesada tierra,  
»Y al ancho mar profundo,  
»He interrogado en mi amoroso anhelo  
»Por los tesoros que tu seno encierra:  
»Pálida luz no mas refleja el mundo  
»De tu sabiduría:  
»Tristes reflejos sólo  
»De tu hermosura reverbera el suelo,  
»Y desde el austro hasta el opuesto polo  
»Sólo puede mirar tu faz el cielo.

»De nada fué, que á la pagana gente  
»Pidiera yo razon de la aurea lumbre  
»Que de tu trono ardiente,  
»Cual rayo, descendió á la humana frente:  
»En vano fué tambien, que el alta ciencia  
»De las edades todas registrando  
»Acá en mi mente, á la elevada cumbre  
»De tu saber divino  
»Aspirára, tal vez, mi fantasía;  
»Que, si el faro inmortal del sacro templo  
»Y la fe augusta al celestial camino  
»De la verdad guiaron mi existencia;

(*ddd*) *Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum: concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini. Psalm. 83. v. 2. et 3.*

»Si de los genios todos, á porfía,  
»La ciencia, y el saber, y el alto ejemplo  
»Ilustraron mi espíritu nebuloso;  
»Nunca pudo mi mente  
»Verte, ó clara Verdad, sin tosco velo,  
»Ni contemplar tu rostro luminoso,  
»Mas que el sol refulgente,  
»Cual se revela en el etéreo cielo.

»Oh! deja, sí, á mi mente poseida  
»De tu belleza, al eternal asiento,  
»Dó tienes tu morada,  
»Subir al punto, y la pesada tierra,  
»De mi amor siempre huida,  
»Abandonar: que ya mi pensamiento  
»No es de este mundo. Á la Sion gloriosa,  
»Sobre jaspe y zafir edificada,  
»Volaré, y la insondable maravilla  
»Veré de tu hermosura,  
»Allá dó clara é indeficiente brilla  
»Con eterno esplendor tu faz radiosa,  
»Que se revela allí á la mente pura  
»Sin velos tristes...» Dijo: y su alma ardiente  
Se desató ligera  
Del cuerpo triste, y la celeste esfera  
Rauda cruzando, á su gloriosa frente

Ciñó la ciencia y la virtud hermosa  
Doble corona y lauro floreciente. (84)

Todo esto ví en mi sueño peregrino.  
Y ví despues escrito allá en el cielo  
Del genio de Trinacria el gran destino,  
Que será siempre iluminar al suelo,  
Mientras la tierra sea,  
Y el orbe gire ante la luz febea.

Murió el esposo amado  
De la ciencia inmortal; pero su nombre  
No morirá jamás, (eee) y su memoria  
El tiempo arrebatado  
Á las cien trompas de la eterna fama  
Entregará, y su ciencia alto renombre  
Alcanzára en la futura historia,  
Dó quiera el sol en la tendida tierra  
Los bellos rayos de su luz derrama.  
Y él será en las edades  
Que han de venir el astro refulgente,  
Que irradiará las nuevas sociedades (85)  
A traves de los siglos, y su gloria  
Por siempre volará de gente en gente.

(eee) Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requirretur á generatione  
in generationem. *Eccli. cap. 33. v. 13.*

## NOTAS.

*ADVERTENCIA.* La necesidad imperiosa de ceñirme á los breves límites de un trabajo que, por su alusión, premura y circunstancias, no es susceptible de grandes proporciones, me impide dar á estas notas mayor estension, y descender á detalles biográficos, científicos y bibliográficos, á que se presta grandemente el asunto de este pequeño poema.

(1)

Santo Tomás, uno de los más grandes talentos que han aparecido al través de los siglos, lumbrera de la Iglesia, gloria de la religion dominicana y oráculo de las escuelas, fué de alto y esclarecido linaje. Su padre, Landulfo, era de la ilustre casa de los condes de Aquino, una de las mas nobles del reino de Nápoles, pues estaba entroncada con los reyes de Sicilia, Aragon, Francia y con muchos otros soberanos de Europa. Teodora, su madre, era hija del conde Chieti, descendiente de los príncipes normandos que, en otro tiempo, conquistaron los reinos de Nápoles y de Sicilia. Vino al mundo nuestro Santo en el mes de Marzo de 1225, en el castillo de Rocca-Sicca, poco distante de la ciudad de Aquino; y recibió en el bautismo el nombre de Tomás, como lo había predicho un venerable ermitaño.—(Santoral extractado de los principales autores católicos.)

(2)

Gerberto, sabio profundo del siglo X, que mereció ser elevado al sumo Pontificado de la Iglesia con el nombre de Silvestre II. Este hombre extraordinario se habia hecho famoso por su saber y por su ciencia, aun antes de ser promovido á la dignidad pontifical. En todo habia manifestado una penetracion tan prodigiosa, que sus contemporáneos (por la rudeza y simplicidad de aquellos tiempos) le calificaron de mago abiertamente. Entre las invenciones útiles que

se le atribuyen, es una la del reló de balanza que estuvo en uso hasta el año 1650, en que Huyghens sustituyó con ventaja la péndola á la balanza.

Tambien se le atribuye la invencion de las máquinas de vapor, que no son de invencion moderna más que por su aplicacion y resultados. (Vease á Berault en su «Historia de la Iglesia» año de 999, y á *Echard de Scriptoribus Ord. Prædicat.* Vida de San Alberto Magno.)

(5)

A la edad de cinco años enviáronle sus padres á Monte Casino, para que, bajo la direccion de aquellos religiosos, se educase en el santo temor de Dios, y empezase á aprender los primeros rudimentos de las ciencias. El niño Tomás fué la admiracion de sus maestros, los cuales decian que nunca habian tenido un discípulo que descubriese tanto talento, y que al mismo tiempo manifestase tan felices disposiciones para la virtud. (Santorál citado.)

(4)

Son admirables y profundos los designios de la Providencia en la mision señalada por su mano á los Institutos monacales, en órden á salvar los monumentos de la sabia antigüedad del naufragio que sufrieron todas las instituciones sociales del mundo civilizado, al desbordamiento formidable de los bárbaros del Norte, que tuvo lugar en el siglo V de nuestra era cristiana. La historia y la crítica modernas, que tan brillantes trabajos nos ofrecen sobre un tema tan sabido, nos escusan de dar mayor estension á esta nota.

(5)

El siglo XIII fué verdaderamente notable en la historia de los tiempos, por haberse operado en aquella edad una de las trasformaciones sociales más profundas que se conocen en la vida de la humanidad y de los pueblos. Todo cambió, ó se modificó en aquella época: ideas, costumbres, códigos, instituciones. Era, pudiera decirse, la gran crisis, la reaccion victoriosa de la religion cristiana contra la irrupcion de la ignorancia, la supersticion y la barbarie. Replegados en un principio los pabellones del santuario ante las avalanchas arrolladoras de las regiones polares, se venia realizando en el seno de las sociedades, animadas por el soplo civilizador del cristianismo, una lucha lenta y suave contra la feroz violencia de los bárbaros, que debía dar por resultado el triunfo social de los vencidos sobre sus rudos vencedores. A un cambio tan radical en la vida de los pueblos, debian



responder nuevas instituciones, nuevos pensamientos, nuevos hombres y nuevo modo de ser en la constitucion social de las naciones, que conservaron siempre viva la llama sagrada de su fè y de sus tradiciones religiosas. Las cruzadas fueron uno de los grandes elementos que contribuyeron á empujar las sociedades europeas por este nuevo camino, y á dar esta nueva direccion al pensamiento.

Dado este cambio profundo en las corrientes sociales, la santidad y la ciencia, replegadas hasta entonces en las grandes abadías de los institutos monacales para guarecerse allí de la ignorancia y de la barbarie de los tiempos, debian salir y salieron de su asilo, como otro Noé del arca santa, para encauzar y dirigir el movimiento social que se iniciaba bajo los auspicios poderosos del catolicismo y de la Iglesia. De aquí los nuevos institutos religiosos que, con el título de mendicantes, pulularon del seno fecundo del santuario, y que añadiendo á los deberes de la vida contemplativa y monacal, los de la vida activa y apostólica, aparecieron en el mundo como los grandes obreros que la Providencia deparaba á las nuevas sociedades, para edificarlas sobre bases incontrastables y profundas. La pobreza de su vida, su palabra evangelizadora y elocuente, y el ejemplo extraordinario de su santidad y sus virtudes, eran las armas poderosas de estos nuevos campeones de la fè, que respondian perfectamente á las nuevas necesidades de los tiempos.

No hubieran podido, sin embargo, llenar tan cumplidamente su mision providencial, si, apoderándose al mismo tiempo de la ciencia, cuya llama inextinguible ardía esplendorosamente en las grandes abadías monacales, no la hubieran traído felizmente al seno de las sociedades, abriendo academias sábias, creando institutos de enseñanza que llevasen la luz á todas partes, y abriendo á la inteligencia nuevos rumbos. Á este gran designio obedecía la fundacion religiosa de las Órdenes mendicantes, que Dios providencialmente habia inspirado á los grandes Patriarcas de occidente en este siglo.

El angélico Doctor habia comprendido con su mirada de águila la trasformacion social que se venia realizando al andar de aquellos tiempos; y obedeciendo á la gran necesidad de aquella época, habia preferido un puesto humilde entre las filas de una Orden mendicante, á la elevada posicion que su gerarquía aristocrática le permitía esperar en la grande abadía monacal del monte Casino.

(6)

Acerea de los trabajos apostólicos y las grandes conquistas religiosas llevadas á cabo en todo el orbe por las Órdenes mendican-

tes, pueden verse los Autores Eyzaguirre, («El catolicismo en presencia de los disidentes»); Henrion, («Misiones católicas»); el autor de la «Historia de los PP. Dominicos en las Islas Filipinas»; el P. Parras («Gobierno de los Regulares de la América»); Guglielmotti («Memorias de las Misiones Católicas en el Tun-Kin»); «Anales de la fé» «Cartas edificantes» y la «Revista Católica».

(7)

«Santo Domingo, de la ilustre casa de los Guzmanes, nació en 1170 en Caleruega, Villa de Castilla la Vieja. Su madre, la beata Juana de Aza, de cuyos famosos antepasados la historia de España hace tan honorífica mención, aun fué mucho mas recomendable por su gran virtud, que por su calificada nobleza. (Santoral citado.)

(8)

La tradición nos pinta á Santo Domingo de Guzman con una estrella en la frente. «Llegó el día deseado del sagrado bautismo (dice el B. Francisco de Posadas «Vida de Santo Domingo» Lib. 1. n.º 6.) en que renace á la gracia todo el concebido en culpa, y viste aquella ropa blanca, símbolo de la inocencia que debe guardar intacta hasta el instante de aquella estrecha cuenta; y puesto en la pila para recibir el sacramento que nos hace hijos de Dios, renunciando las humanas y diabólicas pompas, se vió su frente coronada de una estrella que comunicaba luces á todo el rostro, como escriben unidas las plumas de todos los historiadores.»

(9)

Nadie ignora que Santo Domingo de Guzman, inspirado por Dios en los últimos momentos de su vida, manifestó á sus religiosos la gracia especialísima que Dios le habia concedido de haber conservado siempre ileso y sin mancilla el tesoro de su virginidad, recomendándoles encarecidamente esta virtud angelical, como el último y supremo encargo que les hacia en este mundo, y que les dejaba en cierto modo como un precioso testamento.

(10)

Á pesar de la viva oposición de su padre, tomó el hábito de religioso dominico en el Convento de Nápoles el año 1243. Noticioso el jóven novicio de que su madre se encaminaba á Nápoles, resuelta á sacarle de la religion, suplicó á sus superiores que le alejasen de la ciudad. Enviáronle á Roma, al Convento de Santa Sabina. Allí

le siguió la afligida Señora; pero no le encontró ya, porque, recelándose de ello los superiores, le habían enviado á París para que completase en aquella Universidad sus estudios. Mas informados de su marcha sus dos hermanos mayores, Landulfo y Reinaldo, que servían en el ejército del emperador Federico II, hicieron guardar los caminos con tanta vigilancia, que cogieron á Tomás cerca de Acquapendente, y le condujeron con buena escolta al castillo de Rocasicca. Adivinanse los esfuerzos que haría la condesa, su madre, para apartarle de su vocacion cuando le tuvo en su poder: ruegos, razones, lágrimas, amenazas, todo lo empleó aquella señora; pero inútilmente. Viendo entónces que nada adelantaba, le hizo encerrar estrechamente en un aposento del palacio, sin permitirle comunicacion ni trato con nadie, sino con sus dos hermanas, esperando que estas triunfarían al cabo de su resistencia. Rudo, en verdad, fué el ataque; pero nuestro Santo supo pintarles tan al vivo la vanidad de las cosas de la tierra y la hermosura de la virtud, que las hizo participar de sus sentimientos, é indujo á una de ellas á abrazar el mismo estado. (Santoral citado).

(41)

« En esto, sus dos hermanos Landulfo y Reinaldo, concluida la campaña, volvieron del ejército y hallando á Tomás, contra lo que esperaban, firme en su propósito, recurrieron á la violencia. Encerráronle en la torre del castillo, rasgáronle en mil pedazos el hábito, llenáronle de improperios y le hicieron sufrir mil tratamientos indignos. Pero viendo que nada adelantaban por este camino, apelaron á un ardid que solo el demonio pudo inspirarles. Introdujeron en el aposento del Santo á una ramera de peregrina hermosura, prometiéndole una gran recompensa, si lograba seducirle.

Tomás, conociendo el riesgo inminente que corre su inocencia, levanta el corazon á Dios, implora el auxilio de María y no pudiendo huir, coge un tizon encendido con el que pone en precipitada fuga á la pérfida beldad. Premió el Señor el heroismo de su siervo; pues habiéndose quedado dormido, sintió que dos ángeles le ceñían los riñones con un cingulo en señal del don de la pureza, y desde aquel punto, como lo atestiguó el Santo pocos días antes de morir, jamás volvió á sentir los estímulos de la carne. Por fin, despues de un año ó dos de cautiverio, una noche su hermana le descolgó por una ventana de la torre, al pié de la cual estaban esperando algunos religiosos disfrazados que se lo llevaron á Nápoles, donde profesó el año siguiente. (Santoral citado).

(12)

Alberto el *magno*. Diéronle este ilustre sobrenombre, no porque hubiese nacido en un siglo en que los hombres eran pequeños, como dice un célebre escritor, ni tampoco porque la palabra *magno* fuese traduccion, como suponen otros, de la palabra Grot, ó Groot, apellido de una rama de su familia, sino por sus vastos y admirables conocimientos.... Haría un bien á la literatura el sabio que registrase los 21 tomos en folio que han quedado de Alberto, y estrajese de ellos los hechos y las reflexiones que no debieran ciertamente olvidarse; aunque Alberto magno tiene asegurada su gloria con solo haber sido el maestro de un Santo Tomás de Aquino. («Diccionario histórico» por una sociedad de literatos).

Este sabio profundo fué natural de Larwingen ó Lavinga, en la Turingia, y segun Echard nació el año de 1193; aunque otros biógrafos fijan la época de su nacimiento algunos años despues. Descendiente de los antiguos régulos holstatenses, recibió una esmerada educacion que perfeccionó con sus estudios en las Universidades de París y Padua, donde recibió últimamente el hábito de Santo Domingo de manos del B. Jordan de Sajonia, que habia sucedido al Patriarca en el Magisterio y gobierno de la Orden. Habiendo regresado á su patria en su nuevo estado, enseñó publicamente las facultades de Filosofía y Teología en varias academias, fijándose por fin en Colonia, donde tuvo la gloria de recibir por discípulo á Santo Tomás, cuya fama inmortal y sabiduría futura profetizó al poco tiempo.

Opinan algunos de sus biógrafos, que el Beato Alberto no reveló en su primera juventud los grandes y extraordinarios talentos de que Dios le habia dotado, y aun se quiere suponer que son debidos á la aparicion y favor extraordinario de la Virgen que le consiguíó del cielo este don especialísimo, que no le era natural en tal concepto. Echard califica de legendaria y fabulosa esta circunstancia de su vida; pero, que haya mucho de providencial y extraordinario en su genio, lo prueba hasta la época en que Dios le enviara al mundo para preparar los caminos de su famoso discípulo, que estaba predestinado á imprimir una nueva direccion al pensamiento, y obrar una revolucion completa en el mundo intelectual. Es verdad que fueron genios de diferente índole; y que mientras el Ángel de las escuelas estaba llamado á producir esa revolucion en las ciencias filosóficas, teológicas y morales, el B. Alberto Magno inauguraba en el mundo una nueva era en orden á los estudios físicos, químicos y mecánicos, casi desconocidos en su época.

Sin embargo, y por lo mismo, se completaron mutuamente estos dos

hombres extraordinarios, viniendo á formar, en cierto modo, como una entidad científica destinada á cambiar la faz del mundo, y abrir á la inteligencia nuevos rumbos y mas dilatados horizontes.

Hemos dicho que sus escritos conocidos componian 21 tomos voluminosos, y estos 21 tomos en folio contienen, segun Echard, todas las obras genuinas de este genio extraordinario que se han podido coleccionar, y que se han dado á luz bajo los auspicios sucesivos de los Maestros generales de la Orden, RR. PP. Fr. Tomás Turco, Fr. Nicolás Rodulfo y Fr. Juan Bautista de Marinis.

Las materias contenidas en estos 21 tomos, y el orden y distribucion de las respectivas á cada uno de ellos, segun la edicion de Lion, se espresan á continuacion bajo sus propios títulos originales.

**TOMO I.** *Vitæ Alberti Magni, ex gravissimis auctoribus, excerpta epitome.*

*Logica, ac 1. De prædicabilibus tractatus IX.*

2. *De prædicamentis tractatus VII.*

3. *De sex principiis Gilberti Porretani tractatus VIII.*

4. *Super duos libros Aristotelis Perihermenias tractatus VII.*

5. *Super librum priorum analyticorum primum tractatus IX.  
Super secundum tractatus VII.*

6. *Super librum posteriorum analyticorum primum tractatus V. Super secundum tractatus V.*

7. *Super libros octo topicorum.*

8. *Super duos libros elenchorum.*

**TOMO II.** 1. *Super octo libros Physicorum.*

2. *Super quatuor libros de cælo et mundo.*

3. *Super duos libros de generatione et corruptione.*

4. *Super quatuor libros Meteororum.*

5. *Super quinque libros Mineralium.*

**TOMO III.** 1. *In tres libros de anima.*

2. *Libri XIII metaphysicorum.* Al fin de esta obra hace el sábio autor la salvedad, de que no ha hecho sino esponer la doctrina de los peripatéticos, guardándose de manifestar su propia opinion sobre las materias y cuestiones que contiene dicha obra; y aun advirtiendo espontáneamente, que no se debe considerar su comentario como verdadera espresion de su sentir.

**TOMO IV.** 1. *In decem libros Ethicorum.*

2. *In octo libros Politicorum.*

**TOMO V.** *Parva naturalia.* 1. *De sensu et sensato.*

2. *De memoria et reminiscentia.*

3. *De somno et vigilia*, ubi lib. 3. agit. *de divinatione et prophetia*.
  4. *De motibus animalium*.
  5. *De juventute et senectute*.
  6. *De spiritu et respiratione*.
  7. *De morte et vita*, ubi tractatu 2 agit *de causis longioris et brevioris vitæ*.
  8. *De nutrimento et nutribili*.
  9. *De natura et origine animæ*.
  10. *De unitate intellectûs contra Averroem*.
  11. *De intellectu et intelligibili*. Lib. 2. agit *De naturali perfectione intellectûs*.
  12. *De natura locorum*.
  13. *De causis et proprietatibus elementorum*.
  14. *De passionibus aëris*.
  15. *De vegetabilibus et plantis*.
  16. *De principiis motûs progressivi*.
  17. *De causis et processu universitatis à causa prima*.
  18. *Speculum astronomicum*, in quo *de libris licitis et illicitis*.
- Tomo VI.** *Libri xxvi animalium*. Acerca de estos libros hace el B. Alberto la misma salvedad que la indicada anteriormente sobre « los Metafisicos ».
- Tomo VII.** *Commentarii in Psalmos*.
- Tomo VIII.** *In Threnos Jeremiæ*.
2. *In librum Baruch*.
  3. *In librum Danielis prophetæ*.
  4. *In xii Prophetas minores*.
- Tomo IX.** *Commentarius in Mattheum*.
2. *In Marcum*.
- Tomo X.** *In Lucam*.
- Tomo XI.** *In Joannem*.
2. *In Apocalypsin*.
- Tomo XII.** 1. *Sermones de tempore*.
2. *Orationes super evangelia Dominicalia totius anni*.
  3. *Sermones de Sanctis*.
  4. *Sermones xxxii de Sacramento eucharistiæ*.
  5. *De muliere forti*.
- Tomo XIII.** *Commentarii in Dionysium Areopagitanum*.
1. *De cælesti hierarchia*.
  2. *De ecclesiastica hierarchia*.
  3. *De mystica theologia*.

4. *In undecim epistolas Dionysii.*  
TOMO XIV. *In librum 1 Magistri sententiarum.*  
TOMO XV. 1. *In secundum.*  
2. *In tertium.*  
TOMO XVI. *In quartum.*  
TOMO XVII. *Prima pars summæ theologiæ.*  
TOMO XVIII. *Secunda pars.*  
TOMO XIX. *Summa de creaturis divisa in duas partes, quarum prima est de quatuor coævis, scilicet materia prima, tempore, cælo et angelo.*  
*Secunda de homine.*  
TOMO XX. 1. *Super evangelium Missus est, quæstiones CCXXX.*  
2. *De laudibus B. Virginis, libri duodecim.*  
3. *Biblia Mariana.*  
TOMO XXI. *Miscellanea.*  
1. *Philosophia pauperum, sive isagoge in libros Aristotelis de physico auditu, de cælo et mundo, de generatione et corruptione, de meteoris et de anima. Pr. Philosophia dividitur in tres partes etc. Recenset Valleoletanus: Item scripsit parvam summam philosophiæ, quæ incipit. Philosophia dividitur etc. ut in editis.*

(13)

Véase á Echard: *De Scriptoribus Ordinis Prædic.* (Vida de San Alberto Magno, año de 1262) donde, si bien niega, con Tritemio y sabias razones críticas, las anécdotas relativas al convite dado al emperador, en el que, al decir del vulgo, aparecieron flores y frutas propias de otras estaciones por arte del sabio encantador; y si bien niega asimismo la existencia del autómeta atribuido al dicho sabio, en el sentido de que le consultaba sus secretos nigrománticos; confiesa, sin embargo, la calificación de mago y nigromante que le diera el vulgo contemporáneo, incapaz de comprender ni de elevarse á la altura y profundidad de sus conocimientos físicos, mecánicos y químicos, en los que se adelantó inmensamente á la ciencia de su siglo.

(14)

Véase la nota anterior sobre los conocimientos profundos de aquel sabio en las ciencias físicas; conocimientos muy superiores á su siglo, y que le ocasionaron las imputaciones que Tritemio califica de injuriosas, con relacion á tan grande hombre. *Quod autem de necromantia accusatur, vim patitur vir Deo dilectus:* dice este sabio crítico.

(15)

Habla el patriarca Santo Domingo que, gozando de la vision divina, conoce en Dios los sucesos futuros de la historia que se relacionan con su Orden y el bien general de la Iglesia.

(16)

San Alberto estudió la constitucion frenológica del hombre, y sentó principios luminosos sobre el organismo cerebral que, sin resentirse de materialismo como algunos sistemas modernos, dan una idea bastante precisa de las facultades sensitivas y sus respectivos órganos.

(17)

En el cataclismo universal que sufrió la civilizacion del imperio romano bajo el hierro devastador de la barbarie, apenas quedó otra luz que pudiera guiar á la humanidad á través de aquella noche tenebrosa, mas que la antorcha de la fe que permaneció siempre inextinguible en el fondo del Santuario, y alguno que otro genio extraordinario que brillara en la oscuridad de aquellos tiempos; como San Leon y San Gregorio Magnos, San Isidoro, San Juan Damasceno y algun otro.

(18)

Academo: héroe antiguo de la Grecia que, segun Timon, dió su nombre á la Academia, ó sea al célebre gimnasio en que Platon daba sus lecciones á la juventud de Atenas, y que estaba situado cerca de la ciudad, al lado de un jardín de propiedad y patrimonio del mismo Platon. (Puede verse á Diógenes Laercio «Vidas, opiniones y sentencias de filósofos ilustres.» Lib. 3o.)

(19)

Es sabido que Pitágoras fué el fundador de la escuela Itálica. Entre los muchos errores que deshonraron su sistema filosófico, véanse los esfuerzos extraordinarios de su razon poderosa para hallar el principio de unidad, como causa y principio universal del mundo: unidad descompuesta por las escuelas de Anaximandro, Anaximeno y Diógenes de Apolonia, que sólo eran una corrupcion y degeneracion lastimosa de la escuela jónica, y que abandonando el terreno ideológico y psicológico en que Tales habia fundado su escuela, (reconociendo la existencia de Dios, ó de una mente suprema, alma universal del mundo) todo lo querian explicar, como ciertos filó-



sofos modernos, por los sentidos y por las diferentes combinaciones de la materia.

(20)

Eritrea: ciudad de Jonia en el Asia menor, sobre el mar. Fué patria de la famosa sibila de este nombre, que vivia en tiempo de la guerra de Troya, y vaticinó la destruccion de esta ciudad. Lactancio refiere que el senado de Roma envió una diputacion á Eritrea, para recoger los versos de esta sibila que condenaban el politeismo, y que no admitian mas que un solo Dios, criador del cielo y de la tierra, ó sea del universo. Eusebio de Cesarea, en su historia eclesiástica, (lib. 5.<sup>o</sup>) cita 27 versos de esta misma sibila que hablan de la Encarnacion del Hijo de Dios, y de su segunda venida al mundo en gloria y majestad, para juzgar á la universalidad de los humanos. Hablan de estos famosos vaticinios Eusebio etc. (en el libro citado), Lactancio, *lib. 1. divin. instit. cap. 6., et de ira Dei cap. 22.*, San Agustin, *de civitate Dei lib. 18. cap. 13.*, Sixto Sencuse, *lib. 2. biblioth.*, Blondel, *de Sybil.* y Moreri, Diccionario Histórico, letra E.

De Jonia era Xenofano de Colofon, fundador de la primera escuela de Elea, con la que tuvo afinidades la segunda del mismo nombre, que tambien se llamó escuela metafísica de Elea. Jonios eran tambien, ó sea oriundos de la Jonia, los habitantes de la Lucania cuya capital es Elea, patria de Zenon, el fundador de esta segunda escuela. Sabido es, efectivamente, que las ciudades y paises de la costa, al E. del golfo de Tarento, que componen parte de la Lucania, fueron pobladas desde antiguo por colonias griegas, despues de la guerra de Troya.

(21)

Puede afirmarse con la historia que, bien así como se dijo del famoso Gerónimo de Vida, al principio del renacimiento de las letras, que habia bautizado las musas paganas en el jordan del cristianismo, comunicáudoles la inspiracion y la pureza de la religion divina; del mismo modo es sabido que el angélico Doctor se apoderó de la filosofia pagana, representada especialmente por la escuela peripatética; la purificó de sus errores; la elevó á la altura de su genio divino, y la bautizó en cierto modo en el jordan de la idea cristiana, fundando por este procedimiento la filosofia católica, única tabla de salvacion á que han tenido que recurrir los sabios de todos los tiempos, para no sucumbir en el naufragio de la razon, consecuencia inevitable de todo otro sistema filosófico.

(22)

San Juan Crisóstomo, Patriarca de Constantinopla.

(25)

*Dilatet Deus Japheth, et habitet in tabernaculis Sem. Genes. cap. 9. v. 27.* Esta profecía de Noé encierra grandes verdades que se han cumplido en todos tiempos, no siendo la historia de la humanidad mas que una confirmacion y cumplimiento de tau sublime vaticinio. El occidente poblado por la raza de Jafet, siempre ha sido el heredero obligado de la Religion y de la ciencia del Oriente poblado por la raza semítica que, habiendo olvidado la pureza de sus primitivas tradiciones, necesitó á su vez de la ciencia y de la religion del Occidente, para volver al camino de la verdad y del bien. El catolicismo de Occidente ha redimido y redimirá aun á muchos pueblos del panteísmo oriental.

(24)

*In brachio extento; et in furore effuso regnabo super vos. Ezech. cap. 20. v. 33.* Habla el texto sagrado de los judíos que propendian á sacudir el yugo de la ley, para gozar de las libertades gentílicas, en órden á tener y adorar sus torpes ídolos. Se creían tratados por Dios con mas rigor que los mismos pueblos paganos; y por eso manifestaban tendencias á paganizarse como ellos; persuadiéndose, que de este modo serían menos atribulados y afligidos, segun lo que ellos observaban en las naciones y pueblos alienígenas. No tenian en cuenta aquellos necios que, si Dios se manifestaba menos riguroso en su justicia con los pueblos gentiles, era porque la ignorancia les hacía menos culpables que á los judíos apóstatas, quienes, despues de los inmensos y estrepitosos beneficios que Dios les habia dispensado, y cerrando sus ojos á la luz que habian recibido y de que carecían los gentiles, eran mucho mas culpables que estos en sus prevaricaciones; y por consiguiente merecían ser tratados con mas rigor que los mismos idólatras.

Y para que no creyesen que, apostatando de la ley y adhiriéndose á las abominaciones idólatricas, serían tratados como los gentiles, y con menos rigor que lo habian sido hasta entónces, Dios les saca de este error por medio de su profeta, dándoles claramente á entender, que no creyesen se librarían de su mano y del rigor de su justicia, emancipándose de su ley y de sus santos mandamientos, pues si no reinaba sobre ellos por el suave yugo de su ley, reinaría;

á su pesar, por medio de su indignacion y su justicia que les persiguiría por todas partes. Esta es una ley eterna del orden moral que se realiza siempre y en todo tiempo, no menos en los individuos que en los pueblos, que no quebrantan jamás impunemente las leyes de la razon y de la justicia universal; ni se apartan del orden por el camino del pecado, sino para ser reducidos al orden por la ley de la espiacion y de la justicia divina. *Qui deficit per peccatum ab ordine gratiæ, incidit per iram in ordinem justitiæ.* Es aforismo del angélico Doctor, repetido muchas veces en sus obras.

(25)

Lactancio (Lucio Celio Firmiano), orador y defensor de la iglesia, estudió con Arnoveo en Sica, en Africa. Se ignora su patria y origen, pues aunque los historiadores le hacen africano, el padre carmelita Franceschini asegura que era natural de Fermo, y da para ello razones muy poderosas. Adquirió tan alta reputacion por su elocuencia, que Diocleciano le hizo pasar hácia el año 290 á Nicomedia donde se hallaba, y le instó á que enseñase la retórica. (*Diccionario histórico por la sociedad de literatos.*)

(26)

Fué consultado San Gerónimo por el grande Agustino sobre el origen del alma *de origine animæ*, y mediaron entre ambos relaciones sabias. *Illum (D. Hieronymum) ex Africa, Africæ sol illuminans alios, Augustinus, consulit et interrogat de origine animæ.* (*Ait Annatus. Apparat. Theol. Lib. 4. art. 25.*)

(27)

Águila de los doctores fué llamado San Agustin por el P. San Bernardo (*serm. 8. super cant.*); y le han reconocido este glorioso título todos los doctores posteriores, por la profundidad y la elevacion de sus ideas y doctrina acerca del gran misterio de la Santísima Trinidad; por el estudio profundísimo que nos ha dejado acerca de la naturaleza del hombre y de la gracia, y de su mutua armonía con la libertad humana; por la grande obra conocida con el título de «Ciudad de Dios» monumento inmortal de su gran genio y de su sabiduría; y por fin, por todo cuanto ha tratado esa gran lumbrera de la Iglesia, que iluminó los caminos de la ciencia al Ángel de las escuelas, en los tratados de la Trinidad y de la gracia. Sentimos que la brevedad de nuestras notas no nos permita descender á mas detalles, acerca de la importancia científica de este gran doctor del mundo y de la Iglesia.

(28)

Es bien conocido el hecho histórico á que se refiere el texto, y sólo llamamos la atención sobre el contraste que presenta un Pontífice anciano é indefenso, en presencia de un rey bárbaro que debelaba la tierra y azotaba las naciones en nombre de los cielos vengadores. Y sin embargo, la debilidad vence á la fuerza, y la elocuencia y santidad del gran gerarca es bastante á defender el paso del Mincio contra las huestes feroces de un caudillo, á quien ningun poder de la tierra hubiera osado detener el paso en su carrera triunfal. Pero Dios estaba con su ungido, y esta sola circunstancia explica lo que hay de providencial y extraordinario en este fenómeno, que debiera estudiarse y meditarse mucho en nuestros tiempos; si es que la historia sirve de algo para aleccionar al mundo, y saben leer en ella las potestades de la tierra. Unas hordas salvajes que, apellidándose á sí mismas pueblos civilizados, braman de furor contra un anciano indefenso, que sólo puede oponer á su rabia satánica la mansedumbre evangélica, ofrecen un hecho análogo al de Atila y San Leon. Hoy, como entonces tambien, la impiedad y la barbarie vienen á estrellarse juntamente á los piés de Pio IX, como las olas de un mar embravecido se estrellan contra la roca que Dios les ha puesto por barrera.

(29)

La Iglesia de Roma, madre de todas las Iglesias, como la han llamado los Santos Padres, *mater omnium ecclesiarum*, siempre ha conservado ileso el depósito sagrado de la fé. Á esta luz inextinguible, á este fuego sagrado que ardió siempre en la confesion de San Pedro, es debida la salvacion de la sociedad en la edad media, cuando, al naufragar en sangre todas las instituciones políticas y sociales del imperio romano, los pueblos volvieron instintivamente sus ojos á ese faro divino, para ver en aquel caos tenebroso, en que les habia sumido la barbarie de sus conquistadores.

(30)

*Anselmus Augustæ prope Alpes, in Italiæ finibus, honestis parentibus ortus:* dice Annato en su aparato Teológico, lib. 4. art. 41. Despues pasó á las Galias donde abrazó el estado monacal; siendo finalmente promovido á la silla Arzobispal de Cantorberi. Escribió varias obras, y sobre varias cuestiones filosóficas, dogmáticas, ascéticas y morales.

(51)

Hállase en algunas ediciones antiguas de las obras del angélico Doctor la estampa del Santo, recibiendo de lo alto cuatro rayos de luz procedentes de los cuatro doctores máximos de la Iglesia, (San Jerónimo, San Agustín, San Ambrosio y San Gregorio Magno), cuyo símbolo es fácil comprender. *La Catena aurea*, una de las muchas y admirables obras del Angélico y que, como lo indica el mismo título, es una cadena verdaderamente de oro, tejida y formada de textos paralelos, autoridades y concordancias de estos y muchos otros santos Padres sobre los evangelios, confirma cuanto se dice en el texto, en cuanto á haber reunido el Santo en la inmensidad de sus estudios y talentos la ciencia de todos los demás Doctores.

(52)

Las obras y la doctrina de Santo Tomás han atravesado las edades pasadas y atravesarán las venideras, sin sufrir eclipse alguno en la inmensa evolucion que vienen haciendo sobre el mundo. Los Papas, los Concilios y hasta la autoridad de Jesucristo, que se dignó asegurar al Santo de la pureza y de la verdad de su doctrina con aquellas célebres palabras, *bene scripsisti de me, Thoma*, dan á los siglos testimonio de esta aseveracion, y son una garantía suprema de la perpetuidad monumental de sus escritos. La historia y el sentimiento universal de las universidades, academias, institutos y de todos los centros del saber, no inficionados ni pervertidos por el filosofismo y la impiedad, hacen coro armonioso con el cuerpo docente de la Iglesia, en orden á reconocer y proclamar al angélico Doctor, como el maestro universal de las escuelas católicas.

El mismo centenario de su muerte, acordado por el colegio teológico de Roma (representado por las eminencias científicas de todas las corporaciones é institutos religiosos) con aprobacion y autorizacion del Santo Padre, converge á probar esa adhesion universal del mundo científico á los principios y á la doctrina de ese genio extraordinario que Dios ha puesto en el firmamento de su Iglesia, como un sol indeficiente, para resplandecer é irradiar todos los siglos: *in perpetuas æternitates*.

Pudo haber, y hubo con efecto, épocas mas ó menos fervorosas, respecto á ese sentimiento universal de las escuelas católicas; y no faltaron tampoco hombres de cierta entidad que, arrastrados por corrientes mas ó ménos sistemáticas, han echado por otras vias en busca de la verdad; pero como las preocupaciones consiguientes á todo espí-

ritu de sistema, no pueden prescribir jamás en el mundo intelectual que, al fin, vuelve siempre al camino de la verdad, cuando tristes desengaños le han convencido de su error; por eso es, que aun en los tiempos mas azarosos y extraviados por la perversion de las ideas, las eminencias científicas vuelven siempre sus miradas á ese astro majestuoso, que no en vano se ha llamado sol de las inteligencias, y que aparece cada dia mas radiante en la grande evolución que viene haciendo su doctrina, dominando las tinieblas y los errores filosóficos y dogmáticos de todos los centros del saber.

Nuestro siglo XIX, tan materialista y tan impío por sus tendencias sociales, religiosas y políticas, no ha podido, sin embargo, impedir que los rayos de ese astro esplendoroso penetren todas las esferas del saber; y hoy mismo asistimos á una de las reacciones intelectuales mas profundas que se conocen en la historia, debida al estudio racional de ese Salomon moderno, cuyas obras tan profundas como la inmensidad de sus talentos, revelan cada dia nuevos tesoros al que sabe y puede sondear la profundidad de sus abismos. La importancia intelectual y científica de Santo Tomás ha estado siempre en razon directa de su estudio: y cuanto más se le conoce, más se le admira y más se encuentra que saber en sus libros inmortales. Allí están en cierto modo, y por superior manera, todas las cosas, todas las ideas, todas las verdades que se hallan esparcidas en todas las inteligencias; dominándolas á todas, elevándolas, asimilándolas y agrandándolas en aquel océano sin fondo, cuyas orillas nadie ha visto jamás; porque se pierden en la inmensidad de Dios.

Y no solo tiene en sí esa importancia científica, superior á toda comprension; sino que la esposicion, no más, de su doctrina, poco conocida ciertamente del vulgo de las inteligencias, ha bastado para dar nombre y prestigio á más de un escritor, con sólo esponer las teorías que el Angel de las escuelas ha tratado y desenvuelto en sus obras magistrales con la sabiduría que le distingue.

La filosofía católica, que viene riñendo batalla colosal con las teorías racionalistas, panteistas y materialistas de nuestra época, no ha revelado al mundo ninguna nueva verdad, ni ha resuelto ningun problema científico que no conocieran de antemano todos los que han manejado y conocen, siquiera medianamente, las obras sabias del Santo.

La filosofía católica, ó sea la filosofía racional purificada de todos los errores de los tiempos, no es obra de nuestro siglo, ni de ninguno de los escritores ilustrados que se han dedicado con buen éxito á su estudio en nuestros tiempos. Les ha bastado esponer la doctrina que se encuentra en las obras monumentales de este genio, y darla á conocer

á nuestro siglo que ignoraba en cierto modo su existencia, para que se viese desde luego el alcance de sus teorías racionales que, iluminadas de lo alto por otra luz superior, presentan un sistema filosófico, acabado, profundo y descartado de toda aberracion intelectual, que se ha llamado con razon *filosofía católica*.

(35)

Véase la nota anterior. Y si á lo dicho se añade, que en las cinco partes del mundo existen ateneos, institutos y establecimientos literarios que rinden pleito homenaje al saber y á la doctrina del augélico Doctor, quedará justificada nuestra aseveracion.

(54)

Mas adelante podrá verse el sumario de sus obras, y en él aparecerán sus comentarios sobre las obras de Aristóteles, depuradas por el Santo de todo error filosófico y dogmático.

(35)

Es bien conocida la profecía del Beato Alberto acerca del genio y de la mision extraordinaria de su inmortal discípulo, cuando, apodado por sus compañeros con la calificacion de «buey mudo», á causa de su aire pensador y taciturno, volvió el maestro por su honra, anunciando en son profético, que aquel joven, á quien apodaban de «buey mudo», habia de dar, andando el tiempo, mugidos tan espantables, que se habian de oir distintamente hasta en los últimos remates de la tierra. En esta profecía del B. Alberto que admiten los biógrafos mas sabios, se funda el sueño profético que forma la parte mas principal de la máquina y estructura del poema. Advertiremos tambien, á este propósito, que en la intuicion profética los sucesos futuros se hacen presentes al vidente, cual si se realizaran ó se hubieran realizado ya á su vista, y de aquí el usar indiferentemente el tiempo presente ó futuro, y aun el pasado tambien, para espresar acontecimientos venideros, ó bien hechos históricos que realizados ya en el tiempo, tengan alguna relacion con el porvenir. Basta abrir los libros proféticos del antiguo y nuevo testamento, para convencerse de esta verdad.

(36)

El error y la ignorancia son hijos del pecado. La soberbia que perdió al hombre en el paraiso terrenal, como habia perdido antes á Lucifer en el empíreo, inspirándole el pensamiento tenebroso de emanciparse de Dios y de sus leyes, le precipitó á la rebelion que la sagrada

Escritura, de acuerdo con todas las tradiciones, nos enseña; y que fué simbolizada en la mitología pagana por la caja de Pandora, de la que salieron todos los males y dolores que afligen á la humanidad sobre la tierra.

Desde el momento en que la razon del hombre quiso emanciparse de la razon divina y se sublevó contra sus leyes, el entendimiento humano se oscureció como un astro eclipsado; la voluntad se desordenó moralmente, buscando el bien en el mal; y los apetitos se sublevaron á su vez contra la razon, demasiado débil ya para hacerse obedecer de las potencias sensitivas, que se declararon en completa anarquía, á presencia de la razon destronada por su soberbia. La sociedad experimenta en su organismo los mismos efectos que el individuo en su personalidad cuando pretende emanciparse en su impiedad y en su soberbia insensata de la soberanía universal del Sér supremo, y se atreve á profanar sus leyes y á blasfemar de su santo nombre.

(37)

El que orgulloso é insensato tratase de penetrar con su razon nebulosa en los tabernáculos sagrados de la fe, y medir la profundidad de sus misterios con su mirada miope, será oprimido y ofuscado por sus divinos resplandores. *Qui scrutator est majestatis, opprimetur à gloria. Proverb. cap. xx. v. 27.* De aquí los estragos horrorosos que ha causado el racionalismo en el mundo moral é intelectual, concluyendo por blasfemar de lo que no entiende ni comprende. *Quæcumque ignorant blasphemant. Epist. Jud. v. 10.*

(38)

Los biógrafos y los historiadores se complacen, á porfía, en notar el sublime contraste que presenta la profundísima humildad y modestia incomparable del angélico Doctor con la inmensidad de sus talentos: cosas tan difíciles de ayuntarse y reunirse en la generalidad de los mortales, dada la condicion originaria de nuestra naturaleza corrompida. Es sabido que Santo Tomás jamás se entregó al estudio y al trabajo de sus obras monumentales, sin ponerse antes en oracion, para pedir á Dios las luces que no encontraba en sí mismo; y es tambien constante, para los que conocen su historia, que jamás hablaba de sus escritos y trabajos fabulosos, sino para contestar á los que se ocupaban de este asunto en su presencia, y decirles, con la sinceridad propia del justo, que sus conocimientos no se los debia á si mismo, ni á sus talentos, ni á su genio, sino al poder de la oracion que le habia franqueado el cielo, para poder penetrar los se-



cretos de la ciencia, que sólo puede descender, como todo don perfecto, del soberano Padre de las luces. Puede verse á Turon, á Echard y á los Bolandos, sobre la vida del Santo.

(59)

El que conozca la triste historia de las heregías, su origen, su desarrollo y los infinitos subterfugios con que los hereges procuraban eludir la lógica racional y poderosa de los doctores de la Iglesia; ora concediendo, ora negando, ó bien usando con frecuencia en la polémica de un lenguaje equívoco y anfibológico, que mentía frecuentemente apariencias de verdad, allí donde sólo se ocultaba el dolo y la falsía: todo con el objeto de atraerse al adversario con su fingida ortodoxia, y volverse despues contra él por sus mismas concesiones hechas en un sentido católico, que el herege procuraba tergiversar sofisticamente en favor de sus errores: el que conozca, repetimos, esas malas artes á que suelen apelar los hereges, cuando se ven atacados por la ciencia teológica hasta en sus últimas trincheras, podrá comprender mejor el símil tomado del proteo de la fábula, que, cuando se veía atacado fuertemente por algun adversario poderoso, tomaba todas las formas posibles para desprenderse de su enemigo, y se metamorfoseaba en leon, en javalí, en dragon, en arbol, en agua, en viento, en ave, en fuego y, en fin, en otras mil figuras las más estrañas y singulares, para escaparse de las manos de su poderoso contendiente.

De nada le ha valido á la heregía y al error esta estrategia conocida, ante el poderoso ariete de la ciencia y de la lógica de Santo Tomás de Aquino. Este genio incomparable estudió el monstruo del error hasta en sus últimas fibras: halló su génesis satánico en la soberbia y en la acidia, (hija esta de los deleites carnales, particularmente los venéreos, que embrutecen al hombre y oscurecen su inteligencia) y colocado á esta altura, vió la verdadera genealogía de todos los errores humanos en el terreno de la razon y de la fe; conoció y adivinó los que aun no se habian manifestado en el estado de los tiempos, persiguiendo y destruyendo de antemano los que irian apareciendo en toda la prolongacion de las edades, y no es posible ya inventar error alguno en el terreno de la filosofía y de la ciencia teológica, que no tenga solucion anticipada en las obras inmortales de este hombre estraordinario, cuya intuicion profunda sólo es comparable á la de los ángeles. Por eso, no ménos que por su pureza inmaculada, ha merecido de los siglos el título de *Doctor angélico*.

(40)

Poco antes de morir hizo nuestro angélico Maestro la hermosa confesion, de no haber sentido jamás estímulo alguno de la carne, desde que los santos ángeles le ciñeran el cingulo de la pureza.

(41)

Símil tomado del querubin y su espada de fuego que Dios colocó en el paraíso terrenal, al espulsar del Eden á nuestros primeros padres, para custodiarlo é impedir á los desterrados el camino que conduce al árbol de la vida. *Ejecitque Adam: et collocavit ante paradisum voluptatis cherubim, et flammeum gladium atque versatilem, ad custodiendam viam ligni vitæ.* Pues bien: el pecado que obstruye los caminos de la vida, cierra asimismo á los mortales los caminos de la ciencia, segun aquellas palabras del libro de la sabiduria: *Quoniam in malevolam animam non introibit sapientia, nec habitabit in corpore subdito peccatis. Sap. cap. 1 v. 4.*

(42)

La fábula pinta á Minerva (diosa de la ciencia, de las artes y de la guerra) con una pica en la mano derecha y un escudo en la izquierda. Este escudo es la famosa *Egide*, así llamada por estar cubierta con la piel de un mónstruo conocido con el nombre *Egis*, muerto por Minerva, y que puede simbolizar la ignorancia y el error que la ciencia esta llamada á desterrar del mundo.

(43)

Licurgo, legislador de Esparta; Aristóteles, filósofo de Estagira; Solon, legislador de Atenas; y Platon, filósofo tambien ateniense; An-fion, fundador de Tebas, poeta, músico é inventor de la lira etc. etc.

(44)

Hermes, Trismegisto, representantes de la ciencia egipcia: Vyasa, filósofo de la India, autor del Vedanta, ó sea compilador y espositor de la doctrina de los Vedas.

(45)

Aunque los primeros pobladores de la tierra de Palestina, teatro principal de los profetas de Israel, fueron los hijos de Canaan y nietos de Cam, por lo que se llama frecuentemente en los libros sagrados «tierra de Canaan;» sin embargo, como esta fué la tierra prometida

por Dios al patriarca Abraham y sus descendientes, que la ocuparon efectivamente, y estos lo eran de Sem en linea recta, por Heber, Phaleg, Reu, Sarug, Nacor y Tharé padre de Abraham, puede decirse en cierto modo tierra de Sem, por haber sido ocupada y poseida por sus hijos en virtud de las promesas hechas por Dios al gran patriarca citado.

(46)

Es alusion y antitesis á los versos de Quintana, en su oda impía «Á la imprenta»

«Ay del alcázar que al error fundaron

La estúpida ignorancia y tiranía»,

que él aplica á la Roma cristiana, ó mejor dicho, al supremo Pontificado de la Iglesia. Sin duda, el desgraciado poeta hubiera preferido continuase el paganismo dominando al mundo desde el capitolio, á que la religion de Jesucristo estableciese allí su centro, arrojando de la roca tarpeya á los dioses paganos, vergüenza de la humanidad y de su historia; cuando en los versos siguientes continua poseido de una inspiracion satánica:

«Qué es del mónstruo, decid, inmundo y feo

Que abortó el Dios del mal, y que, insolente,

Sobre el despedazado capitolio,

A devorar el mundo impunemente

Osó fundar su abominable solio?»

Miserable! Ni siquiera ha sabido leer la historia; ó, si la ha leído, ha cerrado voluntariamente los ojos, para no ver que el mundo debe su civilizacion y su desbarbarizacion, si así se puede decir, á esa Religion y á esa Iglesia que él tanto detesta y abomina, y que, sin embargo, ha desterrado del mundo el paganismo, la esclavitud, el feudalismo y todas las instituciones degradantes que nos legara la barbarie de los siglos. ¡Oh siglo IX!, y que ingrato, que ciego, que loco é insensato eres en tus impías manifestaciones, más propias de coribantes y de reuniones báquicas, que de una sociedad civilizada y decorosa! Tal te han parado tus hombres, tus ideas, tu prensa, tu disolucion social y tus maldades! Sea dicho, sin embargo, todo esto, hechas las salvedades y escepciones que dictan la justicia universal y el buen sentido. Y en prueba de esto mismo, nos hacemos un deber de conciencia el advertir, que el gran poeta citado no llevó hasta el sepulcro la impiedad que le inspirára su oda funesta; pues todo induce á creer que murió verdaderamente arrepentido de sus aberraciones y extravíos, y lloró sobre el borde de la tumba sus arrebatos impíos.

(47)

La iglesia, fundada por Jesucristo sobre la piedra angular de su eterno sacerdocio, base inmóvil é incontrastable de ese gran edificio social cuya techumbre toca al cielo, descansa visiblemente sobre el pontificado de San Pedro y de sus legítimos sucesores en el gobierno de la misma.

A estos, cómo á Céfás y cómo á la Iglesia universal, les ha prometido Jesucristo su asistencia y su triunfo definitivo del infierno, por más que se conjuren contra esa institución divina las potestades de la tierra. *Tu est Petrus, et super hanc petram ædificabo ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam. Math. cap. 16. v. 18.* Cerca de veinte siglos han transcurrido desde que estas palabras cayeron sobre la tierra de la boca de Dios mismo, y á través de las tormentas que han azotado y combatido en todas direcciones la nave de la Iglesia, esas palabras se cumplen, y la Iglesia sigue á flote y seguirá aun flotando sobre todas las ruinas de los siglos. El paganismo le opuso su filosofía, sus pasiones, sus bacanales, sus fieras, sus parrillas, sus lictores; y la Iglesia, relegada por la violencia á vivir en los sepulcros, venció desde los sepulcros la filosofía pagana, las pasiones, las bacanales las fieras, las parrillas y los lictores romanos, armados de sus hachas y segures. La barbarie desprendida de los hielos boreales, le opuso la ferocidad de sus instintos, sus costumbres salvajes, sus inaplacables odios y sus venganzas sangrientas; y la Iglesia triunfó de la barbarie y de la ferocidad de sus instintos, y de sus costumbres bárbaras, de sus eternos odios y de sus venganzas perdurables. La herejía le opuso sus sofismas, sus impiedades, sus furores; y la Iglesia triunfó de las herejías, y de sus sofismas, impiedades y furores. Las potestades de la tierra, los vicios y la corrupción de las costumbres, la perversión de las ideas, la aberración absoluta del corazón y el pensamiento, se han conjurado contra ella en nuestro siglo; y ella triunfará también de las potestades de la tierra, de los vicios y de la corrupción de las costumbres, de la perversión de las ideas y de todas las aberraciones del corazón y el pensamiento. Vomite el infierno contra ella cuanto de impío y de satánico se encierra en sus antros tenebrosos; que ella triunfará á la vez de las potestades de la tierra y del infierno, y saldrá más hermosa aun y rogante de las persecuciones, odios, y violencias que susciten contra ella los hombres y los demonios juntamente. Y así seguirá triunfando y sobrenadando felizmente á la ruina de los imperios, y al reinado fugaz de los impíos, hasta que se cumplan los destinos de la humanidad sobre la tierra.

(48)

*Et animal primum simile leoni, et secundum animal simile vitulo, et tertium animal habens faciem quasi hominis, et quartum animal simile aquilæ volanti. Apocalip. cap. 4 v. 7.*

«Los Griegos y Latinos, y aun los Latinos entre sí, no concuerdan en la aplicacion que hacen de estos animales simbólicos á cada uno de los Evangelistas. Nosotros seguimos en esta parte la opinion más recibida. San Mateo es figurado en el *Hombre*, porque comienza su Evangelio descubriendo el nacimiento de Jesucristo segun la carne: *Libro de la generacion de Jesucristo*. San Márcos en el *Leon*; porque dió principio á su historia por la predicacion del Bautismo con estas palabras: «Voz del que clama en el desierto». San Lucas en el *Becerro*, en el que se significa con mucha propiedad *el sacrificio, y por él, el sacerdocio*. Este santo dió principio á su Evangelio por la vision que tuvo Zacharías, cuando ejercia en el templo su ministerio, para entrar despues á la narracion maravillosa de los hechos de Jesucristo. Y últimamente San Juan en el *Aguila*; porque ninguno de los sagrados historiadores se remontó mas alto, comenzando su Evangelio por la divina naturaleza del Verbo.» (Scio, sobre el lugar citado.)

(49)

Ya hemos hecho notar que el Occidente heredó la ciencia del oriente; y los Padres latinos, á los que se refiere el texto en la presente estancia y en la siguiente, hicieron suya la ciencia de los Padres griegos á que se alude en la estancia anterior, asimilando á su genio grave, noble y majestuoso, las formas abrigantadas de que supiera revestirla la imaginacion hermosa de estos últimos. San Ambrosio, San Agustin San Gerónimo, San Leon, San Isidoro y San Gregorio Magno, (inferior este en la forma, mas de ningun modo en la doctrina) dan al mundo testimonio de esta verdad.

(50)

San Isidoro, San Leandro, San Fulgencio, San Ildefonso, San Prudencio etc. (Vease la Biblioteca de los Padres, tomo 5.)

(51)

Supónese aquí á la ciencia personificada y en comunicacion con Dios, ó sea en estado de intuicion que le permite leer en lo futuro.

(52)

San Bernardo, San Hilario, San Gregorio de Turon, etc.

(53)

Lactancio, San Cipriano, San Agustin, San Fulgencio, distinto del español de este mismo nombre, etc.

(54)

Es corriente entre los historiadores y biógrafos del Santo, mejor dicho, se desprende de las circunstancias extraordinarias de su vida, que presintió realmente la mision providencial y sublime de su genio, y sobre este dato histórico estriba la contestacion que el texto pone en boca del mismo.

(55)

Osir, ú Osiris, era la divinidad superior de los egipcios que le daban diferentes nombres. Representaba el principio bueno en su dualismo religioso y filosófico, y lo reconocian como contrario á Tifon que era el principio malo. La mitología se apoderó tambien de estas aberraciones, para vestirlas con sus galas y efímeros atavíos.

(56)

El Zend-Avesta, libro sagrado de los Persas, atribuido comunmente á Zoroastro, (aunque es muy dudoso) admite y reconoce un Sér supremo, eterno, infinito, sabio y justo, fuente de toda belleza, y de toda justicia y santidad. Como Hacedor soberano, salieron de su seno, al absurdo decir de aquel filósofo, Ormuzd, principio y causa eficiente de todo lo bueno, y Ahriman, origen primordial de todo lo malo. Los genios buenos y malos que, segun la teogonia persa, se disputan el imperio del mundo, reconocen respectivamente á Ormuzd y Ahriman, por causa y razon de su existencia. De aquí la lucha constante en el órden físico y moral del universo. Se reconoce en el Zend-Avesta la existencia del pecado original, que juega y entra por mucho en su sistema moral: lo que prueba, á toda luz, la universalidad de esta tradicion divina, que sube indudablemente hasta la cuna del género humano. La lucha entre Ormuzd y Ahriman tendrá su fin, y el triunfo definitivo quedará por Ormuzd, principio y causa del bien.

Empero sobre el dualismo religioso y filosófico de dicho libro sagrado, campean la unidad de Dios, la inmortalidad del alma, los premios y castigos de una vida futura, y los vestigios mas profundos de las tradiciones y enseñanzas que alumbraron los primeros pasos de la humanidad sobre la tierra, si bien desnaturalizadas y corrompidas por absurdos fabulosos.

(57)

Kong-futzee, ó Confucio, es apellidado con frecuencia el Sócrates de la China, por el caracter moral que predomina en su sistema filosófico. Toda su ciencia se limita á estudiar y conocer al hombre, como ser moral.

(58)

No se debe formar juicio de la filosofía sínica por las preocupaciones del vulgo que allí, como en todas partes, son insensatas y ridículas. Una de las fórmulas, notables por más de un concepto, que se encuentran en las obras filosóficas del famoso Laokiun, (sábío chino muy anterior á Confucio, y apellidado tambien el Platon del imperio celeste, por sus afinidades respetables con la revelacion primitiva) es la que consigna Abel Remusat «Misceláneas asiáticas» en los términos siguientes: «La razon ha producido *uno*; *uno* ha producido *dos*; *dos* ha producido *tres*; *tres* ha producido todas las cosas. El que mirais, y no veis, se llama J. El que escuchais, y no oís, se llama H. El que vuestra mano busca, y no puede tocar, se llama V. Estos son tres seres incomprensibles, que no forman más que uno. El primero no es más brillante, y el último no es más oscuro.»

Sobre esta fórmula singular, que simboliza claramente el misterio de la Santísima Trinidad, observa el mismo Remusat que las tres letras J. H. V. no pertenecen á la lengua china, y que las sílabas del texto chino no tienen ni hacen sentido alguno en este idioma. Si además se tiene en cuenta, que las tres letras casi vienen á formar el Je-Ho-Va de los hebreos, hay motivo para creer que de estos han recibido los chinos tan sublime fórmula, cuyo sentido profundo no han sabido desenvolver, y ha degenerado tristemente en un confuso juego de letras y palabras sin valor.

(59)

Es constante en la historia de los pueblos paganos la existencia de tradiciones primitivas, cuyo origen se remonta á la cuna del género humano y á las primeras revelaciones de la divinidad. Conservadas en la familia de Noe esas manifestaciones divinas por una tradicion no interrumpida, y en su pureza primitiva, las llevaron consigo á todas partes sus numerosos descendientes, al dispersarse en las llanuras de Sennaar; mas al poco tiempo, sólo se conservaban y se conservaron puras en los hijos de Sem y en la rama de Heber, de la que procedía Abraam, que mereció apellidarse justamente «el Padre de los

creyentes.» Todos los demás pueblos corrompieron más ó menos las tradiciones primordiales, mezclándolas y desnaturalizándolas con mil creaciones fabulosas, que la mitología se ha encargado de multiplicar á su placer, revistiéndolas de mil formas diferentes, segun fueron diferentes las costumbres y las condiciones morales y religiosas de los pueblos.

El paganismo y la idolatría que tuvo ya origen á la raíz de esa misma dispersion, y apenas saliera de las aguas del diluvio la soberbia Babilonia, conservó tambien en todas partes la memoria de esas tradiciones primordiales, si bien desfigurada y descompuesta por las invenciones de la fábula. Este hecho que se observa en la historia de todos los pueblos, es un dato precioso que la Teología no puede menos de apreciar en su valor, para probar la existencia de una revelacion primitiva que, siquiera adulterada por las abominaciones y las fábulas de los pueblos idólatras, suministran, sin embargo, un fondo de verdad incontestable en apoyo de esa revelacion originaria, y de la unidad é identidad del género humano.

Sí á esto se añaden las ráfagas de luz que han iluminado á ciertos hombres extraordinarios que tuvieron la desgracia de nacer y de vivir en medio del paganismo, se tendrá una prueba más, de que no ha sido vano en ningun tiempo para el teólogo el estudio de esos hombres y de sus obras filosóficas que, si bien abundan desgraciadamente en errores lamentables, ofrecen, sin embargo, algunos puntos luminosos que, descendiendo de lo alto cómo toda verdad participada, se pueden y deben utilizar en apoyo de las ciencias; pues todas tienen entre sí un parentesco nativo, por la identidad de su origen que es la primera verdad.

(60)

Babilonia, capital de la Caldea, y corte del rey Nabucodonosor que llevó á cabo el cautiverio de los judíos, estaba al norte de Jerusalem en cuyas cercanías corre el torrente Cedron.

(61)

Fácilmente se comprenderá que no tomamos aquí la esclavitud, en el sentido que la toma el Sr. Castelar, en su obra titulada «La redencion del esclavo»: ni mucho menos queremos significar, que Jesucristo vi-niese al mundo para emancipar á la humanidad de toda autoridad constituida, y desligar á los hombres de toda ley y de todo vínculo social. Muy al contrario de esto; Jesucristo vino al mundo para darle ejemplo de sumision á las leyes y á las potestades de la tierra, y para dar al Cesar lo que es del Cesar, despues de á dar Dios lo que es de Dios. *Red-*



*dite ergo que sunt Cæsaris, Cæsari; et quæ sunt Dei, Deo. Math. cap. 22. v. 21.* Por consiguiente, blasfema el que pretende representar á Jesucristo como el libertador de la humanidad, en el sentido de la emancipacion y libertad insensata que algunos han osado predicar en nombre de Jesucristo, para hacer viables sus ideas subversivas y disolventes sobre este particular. La servidumbre del pecado, y aun la esclavitud considerada como institucion política, que ha pesado tantos siglos sobre la humanidad y sobre el mundo, es la que vino Jesucristo á destruir con su doctrina y con su ejemplo.

(62)

En el Cantar de los cantares se compara el alma pura á una paloma que habita en las aberturas de una roca, y cuyos dulces arrullos cautivan el corazon del esposo y de su celestial sabiduría. *Columba mea in foraminibus petræ.... ostende mihi faciem tuam; sonet vox tua in auribus meis. Cant. cap. 2. v. 14.*

(63)

*Ecce ego vobiscum sum, usque ad consummationem sæculi. Matth. cap. 28. v. 20.* «Sobre la eternidad de esta palabra descansa la Iglesia de Jesucristo, que está asegurada por todos los siglos contra las potestades del infierno, y sobrevivirá á la ruina de los imperios y á las cenizas execrables del impío, que se gloriaba vanamente de su triunfo.

(64)

Las obras inmortales de este genio divino que atestiguan su inmenso saber, y prueban que no son ni pueden ser el producto del talento humano, abandonado meramente á sus esfuerzos, aparecen en el sumario siguiente, conforme con las ediciones de Roma y de Amberes: la primera de 1570, por mandamiento de San Pio V, y la segunda de 1612, dispuesta y arreglada por el P. Morelles Valentini. (Todos son volúmenes en folio).

1. TOMUS. *Continet 1. Vitam Sancti Thomæ ex diversis collectam. 2. Commentarium seu expositionem in 1. et 2. Perihermenias, cum duplici textús interpretatione antiqua et Argyropili. 3. Commentarium, seu expositionem in 1. et 2. posteriorum Analyticorum, cum interpretatione antiqua et Argyropoli.*
2. TOMUS. 1. *Commentaria in 8. Physicorum libros. 2. In quatuor libros de Cælo et mundo, et 3. In duos de generatione.*
3. TOMUS. 1. *Commentaria in 4. Meteororum libros. 2. In 3. de anima, et 3. In parva naturalia.*

4. TOMUS. 1. *Commentaria in 12. Metaphysicorum libros.* 2. *Tractatum de ente et essentia, cum Commentariis Thomæ de Vio Cajetani, Cardinalis S. Sixti.*
5. TOMUS. 1. *Commentaria in decem Ethicorum libros, ad Nicomachum.* 2. *In octo Politicorum libros.*
6. TOMUS. *Commentarium in 1. et 2. Sententiarum librum, Petri Lombardi, Magistri Sententiarum vulgò nuncupati.*
7. TOMUS. *Commentaria in 3. et 4. Sententiarum, ejusdem Magistri librum.*
8. TOMUS. 1. *Quæstiones disputatas, seu quæ à S. Thoma disputatæ sunt.* 2. *Quodlibetales, seu quodlibeta, sive de quolibet.*
9. TOMUS. *Summam fidei Catholicæ contra Gentiles, in 4. libros distributam, cum luculentissimis in eam Commentariis Francisci Ferrariensis, Ordinis FF. Prædicatorum.*
10. TOMUS. *Primam partem. Summæ Theologicæ, cum Commentariis Cajetani Cardinalis.*
11. TOMUS. *Primam et secundam 2. partis, cum ejusdem Cajetani Commentariis.*
12. TOMUS. 3. *Partem ejusdem Summæ, cum ejusdem Auctoris Commentariis.*
13. TOMUS. *Continet 1. Commentaria in Job. 2. In primam quinquagenam Psalmorum Davidis. 3. In Canticum Canticorum. 4. In Isaiam. 5. In Jeremiam, et 6. In ejusdem Jeremiæ Lamentationes, seu Threnos.*
14. TOMUS. *Commentaria in sanctum Jesu Christi Evangelium, secundum Matthæum, et Joannem.*
15. TOMUS. *Catenam auream in 4. Evangelia, ex SS. PP. dictis, miro artificio contextam.*
16. TOMUS. 1. *Commentaria in omnes S. Pauli epistolas, et 2. varios pro Dominicis diebus, Sanctorumque per annum occurrentibus festis sermones.*
17. TOMUS. *Continet 1. opuscula omnia; et 2. scriptum secundum in 4. Sententiarum libros, ad Annibaldum Cardinalem, in cujus gratiam elucubratum.*
18. TOMUS *supradditus. Continet 1. auream in omnia S. Thomæ opera tabulam, Fr. Petri de Bergamo, Ordin. FF. PP. 2. Dictorum et Conclusionum S. Thomæ Concordantias, ordine alphabetico dispositas, ejusdem Auctoris. 5. Indicem auctoritatum Scripturæ, cum repertorio dictorum omnium præcipuorum; in editione vero Antuerpiensi, idem tomus continet Commentaria in Genesim, in Daniele, in Machabæos, et in epistolas Canonicas.*

Aunque en el tomo 17 de la edicion romana aparecen muchos opúsculos bajo el nombre del Santo, sin embargo, habiendo sido examinada rigurosamente su autenticidad y procedencia por mandamiento de San Pio V, sólo resultaron algunos como propios y genuinos del Angélico, siendo los restantes apócrifos ó dudosos. Para distinguir los ciertos de los dudosos en la espresada edicion, aparecen los primeros en caracteres mayores, y los inciertos en letra mas diminuta. He aquí los que han sido reconocidos como auténticos.

1. *Contra errores Græcorum*, opusculum primum, ad Urbanum IV. Rom. Pont.
2. *Compendium Theologiæ*, opusculum secundum, ad fratrem Reginaldum socium suum.
3. *Declaratio quorundam articulorum contra Græcos, Armenos, et Saracenos*; ad Cantorem Antiochenum, opusculum tertium.
4. *De duobus charitatis præceptis, et decem legis præceptis*, opusculum quartum.
5. *De articulis fidei, et Sacramentis Ecclesiæ*, ad Archiepiscopum Panormitanum, opusculum quintum.
6. *Devotissima expositio super Symbolum Apostolorum*, opusculum sextum.
7. *Expositio devotissima orationis Dominicæ*, opusculum 7.
8. *Devotissima expositio Salutationis Angelicæ, scilicet Ave Maria*, opusculum 8.
9. *Reponsio de 42. articulis*, ad Joannem Vercellensem Magistrum Generalem Ord. FF. PP., opusculum 10.
10. *Responsio ad Lectorem Venetum de articulis 36*, opusculum 11.
11. *Responsio ad Gerardum Lectorem Bizantinum de sex articulis*, opusculum 12.
12. *De differentia Verbi divini et humani*, opusculum 13.
13. *De natura et origine verbi intellectus*, opusculum 14.
14. *De substantiis separatis, seu de natura Angelorum*, ad F. Reginaldum socium suum charissimum, opusculum 15.
15. *De unitate intellectus contra Averroistas*, opusculum 16.
16. *Contra pestiferam doctrinam retrahentium homines à Religionis ingressu*, opusculum 17.
17. *De perfectione vitæ spiritualis*, opusculum 18.
18. *Contra impugnantes Dei cultum, et Religionem, præsertimque Mendicantium*, opusculum 19.
19. *De regimine Principum ad Regem Cypri libri 4.*, opusculum 20.
20. *De regimine judæorum*, ad Ducissam Brabantæ, opusculum 21.

21. *De forma absolutionis sacramentalis*, ad Generalem Magistrum sui Ord., opusculum 22.
22. *Expositio primæ Decretalis de summa Trinitate, et fide Catholica*, ad Archiepiscopum Cudetinum, opusculum 23.
23. *Expositio super secundam Decretalem*, ad eundem, opusculum 24.
24. *Tractatus de sortibus*, ad Dominum Jacobum de Burgo, opusculum 25.
25. *De judiciis astrorum*, ad fratrem Reginaldum, opusculum 26.
26. *De æternitate mundi contra murmurantes*, opusculum 27.
27. *De fato*, opusculum 28.
28. *De principio individuationis*, opusculum 29.
29. *De ente et essentia*, seu de quidditate entium, opusculum 30.
30. *De principiis naturæ*, ad fratrem Silvestrum, opusculum 31.
31. *De occultis operibus naturæ*, ad quemdam militem, opusculum 34.
32. *De motu cordis*, ad Magistrum Philippum, opusculum 35.
33. *De instantibus*, seu de natura instantis, opusculum 36.
34. *De oppositis*, opusculum 37.
35. *De fallaciis*, ad quosdam nobiles artistas, opusculum 39.
36. *De propositionibus modalibus*, opusculum 40.
37. *De eruditione Principum libri 7*. hoc est opusculum in Bibliotheca Vaticana repertum, at primo in lucem editum in editione Romana, et 7. in libros partitum.
38. *De natura accidentis*, opusculum 41.
39. *Officium Corporis Christi*, opusculum 57. à S. Thoma, jussu Urbani IV. summi Pontificis conscriptum.
40. *De venerabili Sacramento altaris*, opusculum 58.
41. *Expositio in librum Boetii de Hebdomadibus*, opusculum 69.
42. *Præclaræ quæstiones super librum de Trinitate ejusdem Boetii*, opusculum 70.

Los opúsculos que aparecen en dicha edicion como dudosos, son las que à continuacion se espresan.

1. Opusculum 9. *de articulis* 108. ad Magistrum Generalem.
2. Opuscul. 32. *de natura materiæ, et dimensionibus interminatis*.
3. Opuscul. 33. *de mixtione elementorum, licet genuinum reputetur* à S. Antonino.
4. Opuscul. 42. *de natura generis*.
5. Opuscul. 43. *de potentiis animæ*.
6. Opuscul. 44. *de tempore*.
7. Opuscul. 45. *de pluralitate formarum*.
8. Opuscul. 46. *de natura materiæ, et dim. interm. et 32. de quo supra*.
9. Opuscul. 47. *de natura Syllogismorum*.

10. Opuscul. 48. *totius Logicæ Aristot. summa.*
11. Opuscul. 49. *de sensu respectu singularium.*
12. Opuscul. 50. *de inventione medii.*
13. Opuscul. 51. *de natura luminis.*
14. Opuscul. 52. *de natura lucis.*
15. Opuscul. 53. *de intellectu et intelligibili.*
16. Opuscul. 54. *de quo est, et quod est.*
17. Opuscul. 55. *de universalibus.*
18. Opuscul. 56. *de universalibus, tractatus secundus.*
19. Opuscul. 60. *de humanitate Christi.*
20. Opuscul. 61. *de dilectione Dei et proximi.*
21. Opuscul. 62. *de divinis moribus.*
22. Opuscul. 63. *de beatitudine.*
23. Opuscul. 64. *de modo confitendi.*
24. Opuscul. 65. *de officio sacerdotis.*
25. Opuscul. 66. *expositio Missæ.*
26. Opuscul. 67. *de emptione et venditione.*
27. Opuscul. 68. *epistola brevis exhortatoria.*
28. Opuscul. 71. *de vitiis et virtutibus.*
29. Opuscul. 72. *de concordantiis dictum.*
30. Opuscul. 73. *de usuris in communi, et de usurarum contractibus.*

Véase á Echard *De Scriptoribus Ordinis Prædicat.* y al P. Annato *Apparatus theologicus, lib. 6. art. 43.*

A la edad de cuarenta y ocho años en que falleció el angelico Doctor, segun la opinion más comun de sus biógrafos, no parece posible humanamente haber dado cima á este asombroso cúmulo de obras sabias y monumentales, que bastarian á ocupar el estudio y la vida de muchos hombres, si un auxilio superior no interviniese en su trabajo. Ya hemos hecho notar esta intervencion sobrenatural en el estudio y en los trabajos científicos del Santo, aduciendo en apoyo de esta aseveracion la circunstancia histórica, de que este hombre extraordinario jamás se entregó al estudio y á la composicion de sus obras magistrales, sin ponerse antes en oracion, é invocar en su auxilio las luces y la asistencia del Espíritu Santo.

(65)

El simil de la pirámide de fuego se refiere precisamente á la *Suma teológica*, obra la más grande que ha salido de la cabeza de los hombres, y el primer libro despues de la Biblia, como lo sintió el concilio de Trento poniéndole sobre el tapete al lado de la sagrada Escritura, únicos libros que consultó el Concilio en sus deliberaciones.

El plan general de este libro divino aparecerá justificado en el orden y distribución de las materias que iremos anotando en sus lugares respectivos, y el texto se va desarrollando por el mismo orden.

(66)

El Santo Doctor divide su libro inmortal en tres partes principales, y abre su obra divina principiando por probar, en la primera parte, la necesidad de la revelación y de una doctrina superior, que fortalezca á la razón contra sus propias aberraciones y extravíos, no solo en el orden sobrenatural, sí que también en las ciencias racionales que nadie ha podido alcanzar jamás sin mezcla de muchos errores, á no estar guiado y fortalecido por la palabra de Dios. Prueba de ello Platon, y Aristóteles y todos los grandes hombres de la filosofía pagana.

En igual caso se hallan los filósofos de todos los tiempos, sin excluir los del siglo XIX que han prescindido enteramente de esta guía, ó han negado sin ambages la misma revelación. Sin disputar á la razón aquella luz que ilumina á todo hombre en este mundo; sin amenguar en lo más mínimo el alcance racional de nuestras nativas facultades, ni tropezar en el escollo de los modernos tradicionalistas que, por evitar el Caribdis del racionalismo, dieron en el Scila del supernaturalismo universal, Santo Tomás encontró la verdad de sus grandes teorías entre esos dos extremos peligrosos, armonizando perfectamente la razón filosófica y teológica en una síntesis suprema, que domina y señorea todos los horizontes del saber.

Después procede el Angélico á tratar de la unidad de Dios, y de sus perfecciones y atributos. Ábrenos inmediatamente el tabernáculo de la Trinidad beatísima, y penetra con su genio en las regiones inaccesibles de la divinidad, guiado siempre por una luz superior á toda luz; y apoyando su doctrina en los principios de la revelación y de la ciencia. La autoridad de la Iglesia y la de los Santos Padres, de San Agustín especialmente, es el norte que señala sus caminos en esas regiones celestiales.

(67)

A seguida desenvuelve el gran Maestro la teoría más sublime que se haya escrito jamás sobre la creación y la libertad del Criador, en orden á realizar el mundo externo, preconcebido en su mente desde los años eternos: *ab eterno*. Si los genios filosóficos de Malebranche y de Leibnitz se hubieran inspirado profundamente en la teoría de Santo Tomás, y hubieran sabido elevarse á la altura de sus principios, quizá, ó sin quizá, hubieran abandonado la teoría del *optimismo*, poco favorable ciertamente á la libertad del acto creador.

(68)

Aunque algunos Padres griegos opinaron que los ángeles habían sido criados por Dios antes del mundo corpóreo, sin embargo los Padres latinos son de contrario parecer, apoyados en aquel texto del Eclesiástico, cap. 18. v. 1. *Deus creavit omnia simul*. Hay además una decisión del concilio IV. de Letran en la que se declara, que Dios *simul ab initio temporis utramque, de nihilo condidit creaturam... angelicam videlicet et mundanam*.

Hoy sería, pues, una especie de temeridad, el sostener que los ángeles no han sido criados al mismo tiempo que la universalidad de las criaturas.

(69)

No estamos conformes con Flammalion y algunos otros filósofos, siquiera sean astrónomos, que olvidando la dignidad y la grandeza del hombre como ser intelectual, no encuentran en él la razón suficiente de la inmensidad de los cielos, y de la magnitud y muchedumbre de los astros que giran sobre su cabeza; echándose, en tal concepto, á buscar en las estrellas habitantes y pobladores numerosos que les den la razón de su existencia, y les expliquen el porqué de esas brillantes creaciones que ruedan al rededor de la tierra en concertadas armonías.

Si quisieramos reducir el hombre á la condición de un ser puramente corporal, y no viésemos en él más que un poco de materia organizada, seguiríamos de buen grado á esos señores en su viaje por los espacios imaginarios, en busca de otros seres que nos dieran la razón y la medida de esas inmensas creaciones. Mas, si no hemos de perder de vista la espiritualidad del alma humana, y su inmensa superioridad por este solo hecho, sobre la universalidad del mundo corpóreo, podemos encontrar sin esfuerzo ni violencia alguna la razón suficiente de esos cielos y de esos astros en el hombre, que, por su naturaleza y sus destinos inmortales, está muy por encima de esas maravillas materiales. No somos nosotros del número de los que, por pasar plaza de despreocupados y de sabios al gusto de nuestro siglo, admiten como probables teorías que nunca podrán pasar de simples conjeturas, y de ningún modo merecer el título de teorías racionales y sensatas, por carecer de datos para fundarlas.

Nos limitamos, pues, á admitir la mera posibilidad de que existan esos supuestos ó reales habitantes de los astros; y sin rechazar esa hipótesis en absoluto, no nos sentimos inclinados á concederle los ho-

nores de probable que algunos filósofos católicos, del género benévolo, al parecer le dispensan. Y cuenta que hablamos de los habitantes de los astros en general; pues si la cuestión se concreta á la especie humana, de ningún modo admitimos esa hipótesis, aunque se tratase de otros hombres distintos de los que habitan la tierra; (pues de estos nos enseña la sagrada escritura su procedencia y su destino) porque, dado que existieran esos seres en los astros, no pertenecerían á nuestra especie, ni podrían llamarse propiamente hombres, como podría probarse á toda luz con razones fisiológicas. Empero, si cambiando, como cambiarían en esta hipótesis, las condiciones materiales, orgánicas y fisiológicas de la naturaleza humana, y dada la diversidad de la forma racional que sería consiguiente á las diversas condiciones de la materia, aun se les quisiese llamar hombres á esos habitantes hipotéticos, no disputaríamos de nombres.

(70)

Después de la creación en todas sus partes, en las que figura el hombre como el anillo que enlaza el mundo material con el angélico, (por su doble elemento constitutivo, de espíritu y de materia, que estudia el angélico Doctor profundamente en sus relaciones físicas y morales) desciende el Santo á tratar de la gran perturbación producida en el mundo por el juego de la libertad, ó mejor dicho por su abuso. Trata del pecado, considerado en sí mismo y en todas sus consecuencias; remóntase á su origen; señala todos sus caminos, y luego busca en la virtud y en las leyes la regla, el freno moral de las pasiones, desencadenadas en el mundo por el abuso de la libertad humana. El tratado de las leyes, *de Legibus*, que forma una de las partes más importantes en el plan de la *Suma teológica*, es una obra maestra de la filosofía de las leyes, que han visto con admiración y con asombro todos los que se han hecho cargo de su estudio. No es menos admirable y profundo el estudio de las virtudes en su origen, en su objeto y en sus múltiples ramificaciones, como sólo sabe hacerlo el autor de esa obra inmortal.

(71)

Véase la nota anterior.

(72)

La expiación sigue siempre al pecado y le ataja, tarde ó temprano; en sus caminos.



(75)

Véase la nota 70.

(74)

Los justos de todos los tiempos, sin exceptuar los de la antigua ley, no fueron justos y virtuosos sino por la fe de Jesucristo, que les mereció á todos la gracia de su justificacion. Esa fe en Jesucristo bastaba que fuese implícita, en los tiempos anteriores á la venida del Mesías; mas despues de su venida, muerte y resurreccion, y promulgada ya en el mundo la revelacion del evangelio, es necesaria la fe explícita en el divino Reparador de nuestra naturaleza, para obtener dicha gracia y su consumacion en la vida futura.

(75)

Despues del estudio admirable que nos ofrece la *Suma teológica* sobre las virtudes morales é intelectuales, y sobre la filosofía profunda de las leyes, procede á tratar de la gracia, ya considerada como un auxilio ó movimiento del espíritu de Dios que nos inspira y mueve dulcemente al bien, ya como forma habitual y permanente que purifica nuestras almas de la mancha del pecado, y le comunica de hecho cómo una participacion del ser divino, que las asimila íntimamente á su principio.

Considerada la gracia bajo el punto de vista de su influjo en nuestras acciones, ó bien sea, en cuanto mocion actual y transeunte del espíritu divino, la analiza profundamente en sus elementos primitivos, la contempla en su principio, cómo lo hace en todas las cuestiones que plantea, y desde esa altura celestial descubre los mil caminos escondidos, por donde esa mocion divina suele conducir las almas á los designios de Dios.

En la necesidad de armonizar esa mocion interior con la libertad del hombre, estudia el ser humano como libre é inteligente, y moralmente degenerado por la culpa; halla la causa eficiente de su libertad en la misma causa de la gracia, y resueltos estos problemas delicados, prueba sin dificultad la armonía de la gracia y de su mocion interna con nuestro libre albedrio, en todas sus manifestaciones é influencias. Despues de los libros santos y de las decisiones de la Iglesia, San Agustín es la gran autoridad que reconoce como punto de partida en materia tan sublime, trascendental y delicada.

(76)

Como quiera que la gracia, considerada en su concepto de mocion divina, es el primer paso á la fe en aquellos que carecen todavía de

este don, y siempre que el pecado, no venga á interponerse en su camino, la lógica y el buen método conduce á Santo Tomás á establecer y abordar las cuestiones relativas á la fe y demas virtudes teologales que forman, por otra parte, el cortejo inseparable de la gracia en su calidad de hábito sobrenatural, ó sea de forma santificante y permanente. El estudio insondable y luminoso que le permitió medir con su mirada profunda los abismos del pecado y de la naturaleza racional, arruinada moralmente por un crimen primitivo, le conduce á demostrar la necesidad de esas virtudes divinas para la rehabilitación moral del hombre, y á establecer sobre anchas bases el acuerdo de la razon y de la fe.

(77)

Una vez establecida la necesidad de las virtudes teologales, y explicada su naturaleza; bien así que demostrados los vicios que las destruyen, desciende el Doctor angélico al estudio de las virtudes cardinales, sobre cuyo fundamento edifica toda la moral del hombre, construyendo un magnífico palacio á su destino, donde cada virtud tiene su asiento y su morada especial. Las virtudes teologales proyectan su luz hermosa á todos sus aposentos, animando con su divino aliento, y resolviendo en principio, de acuerdo con la razon natural, todos los problemas referentes á la sociedad, á la religion y á la familia.

(78)

Véase la nota 61.

Hasta aquí el estudio de Dios en sí mismo, y en sus manifestaciones exteriores. La creacion universal, el mundo angélico, el hombre y su naturaleza, su degradacion moral, sus pasiones, sus vicios, sus virtudes y los dones sobrenaturales que necesita para la rehabilitación de sus destinos. Mas, despues de todo esto, era necesario presentar en la escena al Reparador divino, de quien debia proceder esa rehabilitación, y que habia de ser por consiguiente la piedra angular de ese magnífico edificio que se llama Iglesia de Jesucristo.

El solo podia restablecer las relaciones y armonías del mundo moral, hondamente perturbadas por el abuso punible de la libertad humana, y en tal concepto procedia hablar en seguida del misterio de la Encarnación divina en la persona del Verbo, bajo todas las fases y conceptos que permite á la razon, iluminada por la fé, la union de la naturaleza divina con la humana, salva la unidad inalterable de su personalidad divina, y la distincion siempre inconfusa de las dos naturalezas.

(79)

Consumada ya la obra de nuestra reparacion en el cruento sacrificio del Calvario, era lógico seguir la corriente de las aguas que manáran de las fuentes del Salvador (*de fontibus Salvatoris*), y estudiar uno por uno los Sacramentos que Jesucristo instituyera como medios é instrumentos de su gracia, y que dejó en el seno de su Iglesia para dispensarlos á los fieles de la gran asociacion católica. Por medio de esas divinas corrientes, descienden hasta nosotros los méritos del Salvador que nos reconcilian con su gracia; y no hay debajo del cielo otra esperanza ni otro nombre por quien podamos ser salvos. *Act. 4. 12.*

Al tratar de la materia con la profundidad propia de su genio, fué sorprendido nuestro Santo en su trabajo por la última enfermedad, que no le permitió poner la última piedra en ese gran monumento de la ciencia que se levanta en medio de los siglos, cómo un inmenso obelisco que desafía las edades y las revoluciones de los tiempos. Sus discípulos continuaron, sin embargo, la obra comenzada, y casi ya terminada, con los materiales recogidos en las demás obras y códices voluminosos del Angélico, y con arreglo al mismo plan de la *Suma teológica*. Y como quiera que, al fin, se ha coronado la obra con la misma doctrina del Angélico y con sujecion á su modelo, aparece este gran monumento de la ciencia perfecto en todas sus partes, como la obra más acabada del saber humano.

(80)

Alúdese á varios himnos sagrados del Angélico, especialmente á los que compuso en honor del Santísimo Sacramento, llenos de uncion arrobadora y celestial.

(81)

Para completar el plan de la *Suma teológica*, que es la solucion mas elevada de todos los problemas relativos al destino humano, en sus relaciones con la Divinidad y con el mundo, sólo restaba ya hablar de las postrimerías de los tiempos, y de las grandes catástrofes que han de acompañar al mundo en su última agonía. La suerte que ha de caer á esas dos grandes ciudades de predestinados y de réprobos, que San Agustin apellidó «Ciudad de Dios, y ciudad del mundo», segun los caminos que han andado durante su peregrinacion sobre la tierra, forma el último remate de esa gran pirámide divina que, teniendo por base profundísima la eternidad de la pala-

bra revelada, esconde su vértice luminoso en el seno de Dios mismo, que viene á ser, en cierto modo, como el alfa y el omega de esa inmensa creacion humana.

No terminaremos estas notas sobre la *Suma teológica*, sin dirigir una mirada retrospectiva y sintética sobre este libro inmortal.

Despues de inmensos estudios, y de haber dado cima á muchas obras y trabajos que bastarian á ocupar la vida de muchos hombres asociados al objeto, segun se desprende facilmente del sumario que dejamos anotado, concibió el angélico Doctor la grande idea de resumir toda la ciencia que habia derramado en sus escritos, en una sola obra, que fuese como la síntesis de sus estudios profundos, y erigir con ella un monumento inmortal á la ciencia teológica; que es la ciencia de todos los siglos y de todas las cosas, por lo mismo que es la ciencia de Dios en quien están por soberana manera todas ellas.

Inspirado por la fe, y guiado por la antorcha de la revelacion en sus múltiples y varias manifestaciones, elévase el gran Maestro á las regiones de la Divinidad, y á semejanza de Moysés en la cumbre del Sinaí, contempla allí el Sér divino sobre la montaña santa, velada por los misterios de su majestad inaccesible. Desde esta altura celestial, é iluminado por los rayos de la Divinidad, descende de grado en grado la inmensa escala de la creacion, alumbrando con la luz que ha recogido en el foco de los divinos resplandores, las diferentes esferas que constituyen su armonía. Al verificar este descenso en la inmensa evolucion de su órbita divina, se le presenta en primer término el mundo de los espíritus, donde habitan las inteligencias celestiales que reflejan vivamente, y de una manera superior á todos los demás seres, la vida, la perfeccion y la felicidad del mismo Dios, en cuanto cabe el reflejo de lo infinito en lo finito.

En frente del mundo espiritual, levántase de la nada el mundo material, ó sea el mundo de los cuerpos, poblado de miriadas de seres relacionados entre sí por leyes primitivas, y dotados de atributos que tambien reflejan á su modo la soberana belleza de su divino Hacedor. En medio de estos dos mundos, aparece el de la humanidad que es, cómo el verdadero lazo que une al espíritu con la materia, y que constituye, por lo mismo, el misterio mas profundo de la creacion.

Múltiples y variadas relaciones armonizan estos mundos entre sí, segun sus leyes respectivas, ocupando cada uno en la inmensa escala de la creacion universal, el lugar y el destino que le es propio. La ley primitiva y fundamental que se destaca sobre toda otra ley constitutiva, es la subordinacion de la materia al elemento espiritual, y el acuerdo profundísimo del órden natural con el sobrenatural y positivo.

Mas en el seno de estos mundos tan concertados y armoniosos que son la obra de Dios, surge la obra del hombre por el juego y la abusion de su propia libertad; y entonces aparece el mal sobre la tierra, cómo una gran mancha que se esticnde sobre todas las bellezas de la creacion immaculada. Desde entonces principia, con efecto, la lucha del bien y el mal, y de la verdad con el error, que viene á construir toda la historia de la humanidad y sus destinos. Pero, como al decir de San Agustin, el mal no puede existir, sino porque Dios es bastante bueno y poderoso para sacar del mal el bien, ó lo que es lo mismo, á condicion de ser combatido y reparado por su bondad infinita, sólo Dios posee este secreto, y él sólo puede restaurar la humanidad arruinada moralmente por la culpa.

Santo Tomás estudia al hombre en su origen, en su naturaleza y en su destino moral: de esta ley fundamental deduce los deberes y virtudes que deben regirle y gobernarle, y aquí encuentra resueltos juntamente todos los problemas relativos á la sociedad, á la religion y á la familia, tan combatidas desgraciadamente en nuestro siglo. Mas al lado de la virtud y del bien, hállase al genio del mal, padre del vicio y del pecado. El hombre necesita efectivamente un Reparador divino que le restituya su dignidad primitiva, ajada torpemente por la culpa, y lo levante nuevamente á la altura de sus destinos inmortales, por una restauracion completa de su naturaleza corrompida. Esta necesidad, sentida y esperimentada en todos los tiempos, le conduce á tratar de los misterios de la Encarnacion divina y de la Redencion humana con todas sus consecuencias, para coronar su grande obra con las postrimerías de los tiempos y el fallo definitivo que Dios ha de pronunciar en el *gran día*, sobre los predestinados y los réprobos.

Tal es la síntesis suprema del plan mas vasto y mas sublime que ha podido abarcar jamás el pensamiento de un hombre, y lo coloca á la altura de los ángeles y de las inteligencias celestiales.

Mas no hemos de creer, por eso, que un plan tan vasto y general impida al genio profundo del Angélico el descender á los últimos detalles, en todas y en cada una de las infinitas cuestiones que se presentan espontáneamente en su camino. A semejanza del Dios que le ilumina, y por una intuicion verdaderamente angélica, registra con su mirada sintética y, á la vez, profundamente analítica, el cuadro asombroso de su obra, ya en su conjunto, ya en sus partes, sin que se escapen á su vista perspicaz los más pequeños pormenores. En este libro inmortal, que en nada se parece á los demas libros de los hombres, se tratan y se resuelven en principio todas las cuestiones del saber humano, á la luz

de un criterio enteramente trascendental y luminoso cuyo límite está en Dios, á donde van á parar todas las ciencias, *quia scientiarum Dominus est.*

Cuanto de grande y de divino han pensado y pensarán los hombres de todos los siglos, se halla indefectiblemente en este abismo sin fondo. No es dable plantear una cuestion, establecer una doctrina, discutir una opinion, ni refutar un error que no se haya estudiado, discutido, resuelto y refutado de autemano en esa obra divina, que abarca en su concepcion toda la ciencia de los tiempos y todos los pensamientos de los hombres.

El último criterio de este libro, y por el que se resuelven en principio todas las cuestiones del criterio humano, es la primera verdad, base de toda certidumbre racional; pues fuera de esa verdad no hay certidumbre. Aquí es donde el lenguaje humano se ha elevado inmensamente sobre ese caos de palabras y de ideas contradictorias que caracterizan especialmente á nuestro siglo, y que son el síntoma más funesto de su extravío social. Cuando se ha perdido el norte de la verdad, ó, lo que es peor aun, cuando se huye de ella á sabiendas, la razon se pierde miserablemente en el dédalo de la contradiccion y del error, teniendo que apelar á la armonía de la palabra y al brillo falaz de una elocuencia mentida, para esconder bajo el disfraz y la belleza de la frase, la horrible fealdad de la mentira.

Pues bien; los que han aprendido á leer en el gran libro de la *Suma teológica*, y se han acostumbrado á ver la verdad espuesta en formas precisas, sustanciales, claras y profundas á la vez, como el azul trasparente de los cielos, que derraman torrentes de luz por todas partes y descubren á nuestra vista nuevos mundos, no se dejan alucinar ni sorprender por el falso colorido del lenguaje, que suelen revestir en todos tiempos los dogmatizadores del error.

Por este procedimiento, el Ángel de las escuelas nos hace pasar sin esfuerzo ni violencia de los principios de la fe á la ciencia de la fe, eslabonando las ideas, las cuestiones, la doctrina, con tan soberano magisterio, que las unas están contenidas en las otras, y llevan en su seno el germen y la solucion de las demás. Es, por decirlo de una vez, este libro asombroso, cómo un árbol colosal que se levanta sobre un monte, crece y estiende sus ramas sobre la haz de la tierra; y estas ramas ostentan lozanamente el eterno verdor que las anima, las flores que las adornan y los frutos sazonados que sustentan. Y ese árbol, y sus ramas, y sus flores, y sus frutos, están todos contenidos en el principio generador de su semilla, que es el germen vital de su existencia. Tal es el símbolo propio de la variedad y la uni-

dad inenarrables que presiden á esa obra monumental, que forma por sí sola una evolución completa en la carrera de ese astro intelectual.

(82)

La influencia que ejerció este gran genio sobre su siglo, se dejó sentir en todas las esferas políticas, religiosas y sociales, y la historia habla de los Papas, de los Concilios, de los Reyes, de las universidades y de todos los grandes centros literarios, que se disputaban á porfía la honra de escuchar al gran oráculo, que tenía al mundo pendiente de su boca y del prestigio de su ciencia.

(83)

Hase dicho por algunos, que Santo Tomás había compuesto el Comentario sobre el Cantar de los cantares, durante su enfermedad en el monasterio de Fosanova, á petición de los monjes cistercienses. Mas siendo este Comentario una obra perfecta y completa en su género, como advierte sabiamente el erudito Echard, en su grande obra citada frecuentemente en estas notas, no pudo ser escrita en el espacio de un mes que duró su enfermedad en aquel monasterio, ni menos debe considerarse como un trabajo posible y hacedero, en el estado grave que presentó desde luego su última enfermedad. Y así opinamos con el sabio historiador citado, que deseando el Santo Doctor satisfacer de algun modo á los deseos de aquellos venerables cenobitas, les espondría algunos pasajes de aquel libro divino, al tenor del comentario que había trabajado y concluido en plena salud, y que figura en el sumario de sus obras que dejamos anotado anteriormente.

Esta version tan natural y tan fundada, no obsta á que el Santo se estasiase y prorumpiese en arrebatos de amor al Dios de la sabiduría en la esposicion verbal de dicho libro, que los santos monjes procuraron consignar en manuscritos.

(84)

La de la virginiidad y la de la ciencia; mercediendo por ambos conceptos el glorioso título de *Angel de las escuelas*, que le han reconocido con justicia todas las Academias del orbe católico, en armonía con la voz autorizada de todos los sabios, y el sentimiento universal de todos los siglos.

(85)

La naturaleza del poema exigía decir anticipadamente, por su carácter profético, lo que en composiciones de otra índole debería de-

cirse despues. En tal concepto, cuanto aquí pudiera y debiera decirse en otro caso, acerca de la revolucion intelectual que estaba llamado á producir en el mundo y á través de las edades este genio providencial y extraordinario; cuanto pudiera y debiera decirse de la nueva direccion que imprimiera al pensamiento humano este moderno Salomon de nuestra era, y de la influencia que ha venido ejerciendo su doctrina en los gimnasios, escuelas, ateneos, academias y en todos los grandes centros del saber que rinden veneracion y acatamiento á los inmensos tesoros de su ciencia; cuanto, en fin, pudiera decirse con la historia y con el testimonio de los Papas, de los concilios, de los sabios, en concierto universal con los prelados y con la Iglesia docente, en recomendacion de su doctrina que se filtró profundamente en todas las instituciones, códigos y monumentos de la sociedad cristiana; todo queda indicado anticipadamente en el poema y en sus notas respectivas, aunque sin descender á pormenores que no permite, por otra parte, la índole singular de esta composicion. En comprobacion de esto, véase particularmente lo que dejamos consignado en las notas 32, 33 y 82 con sus textos respectivos. Todo lo que pudiera añadirse, ó se añadiera á la apoteosis final de nuestro héroe, seria volver sobre nuestros pasos, y repetir lo que en son de vaticinio estaba ya dicho anticipadamente en el poema. Por lo demás hay que advertir, que sería más fácil agotar todas las corrientes de los rios y todas las aguas de la mar, que apurar la historia científica y literaria de ese rey de las inteligencias, y decir de su memoria y de la trascendencia universal de su doctrina, cuanto pudiera decirse en toda la prolongacion de las edades.





## ERRATA.

---

La nota (aa) de la página 92 que dice: *Qui sequitur me ambulat* etc., debe decir y leerse: *Qui sequitur me non ambulat* etc.

Se omiten las erratas de simples letras y acentos, por no ser tan importantes, ser mas fáciles de conocer y no afectar hasta tal punto al sentido esencial de las palabras.



# HIMNO

ALUSIVO AL MOTIVO DEL POEMA ANTERIOR,

Y DESTINADO Á CANTARSE

EN EL MISMO CENTENARIO.

---

CORO.

*Saludemos al astro de Aquino,  
Que á través de los siglos su oriente  
Hoy asoma, cual sol refulgente  
Que la noche medrosa ahuyentó.*

Seis centurias el tiempo ominoso  
Hiló raudo en el cielo estrellado,  
Sin que el orbe jamás celipsado  
Viera el sol que á Trinácria alumbró.

Sin ocaso el planeta brillante,  
Las edades saludan su aurora,  
Y cual siempre repiten ahora  
Himnos sacros dó quier en su honor.

Fuera en vano, que el orco temido  
Sus tinieblas oscuras lanzára

Contra el rayo de luz que brotára  
De su frente, dó el genio brilló.

Que si el negro Satán la mentira  
Y el error en sus alas llevando  
Combatió la verdad, el nefando  
De sus rayos heridos se huyó.

Venid sabios del mundo, y su frente  
De guirnaldas ceñid, á porfía;  
Que la ciencia le debe este dia  
En su estadio el laurel vencedor.

Que las arpas del cielo, armoniosas,  
Acompañen el canto divino,  
Que al lucero radiante de Aquino  
Hoy la tierra dirige alrededor.

Dadme, dadme azucenas y flores  
Blancos lirios y púdicas rosas,  
Con que pueda las sienas hermosas  
Adornar del que Virgen murió.

Y que el ángel me preste su acento,  
Y su lira por siempre canora,  
Para dar á los vientos sonora  
Mi cancion en su eterno loor.

Mas no al vate mortal su grandeza  
Fuera dado medir, ni en sus hinos  
Celebrar los gloriosos destinos  
Del gran genio que el mundo admiró.

¿Quién pudiera su ciencia profunda,  
Y su nombre inmortal, y su gloria,  
En son digna de eterna memoria,  
Cantar siempre á los siglos de Dios?

Las edades, los pueblos y el mundo  
Le alzarán en su amor el gran templo,  
Donde el sabio humilde, á su ejemplo,  
Huirá de Satán el error.

Que la tierra de sombras siniestras  
Hoy se cubra, y el siglo nuboso;  
Que hasta el fin de los tiempos, lumbroso  
Brillará en su zenit nuestro sol.













1002166673



05385608680